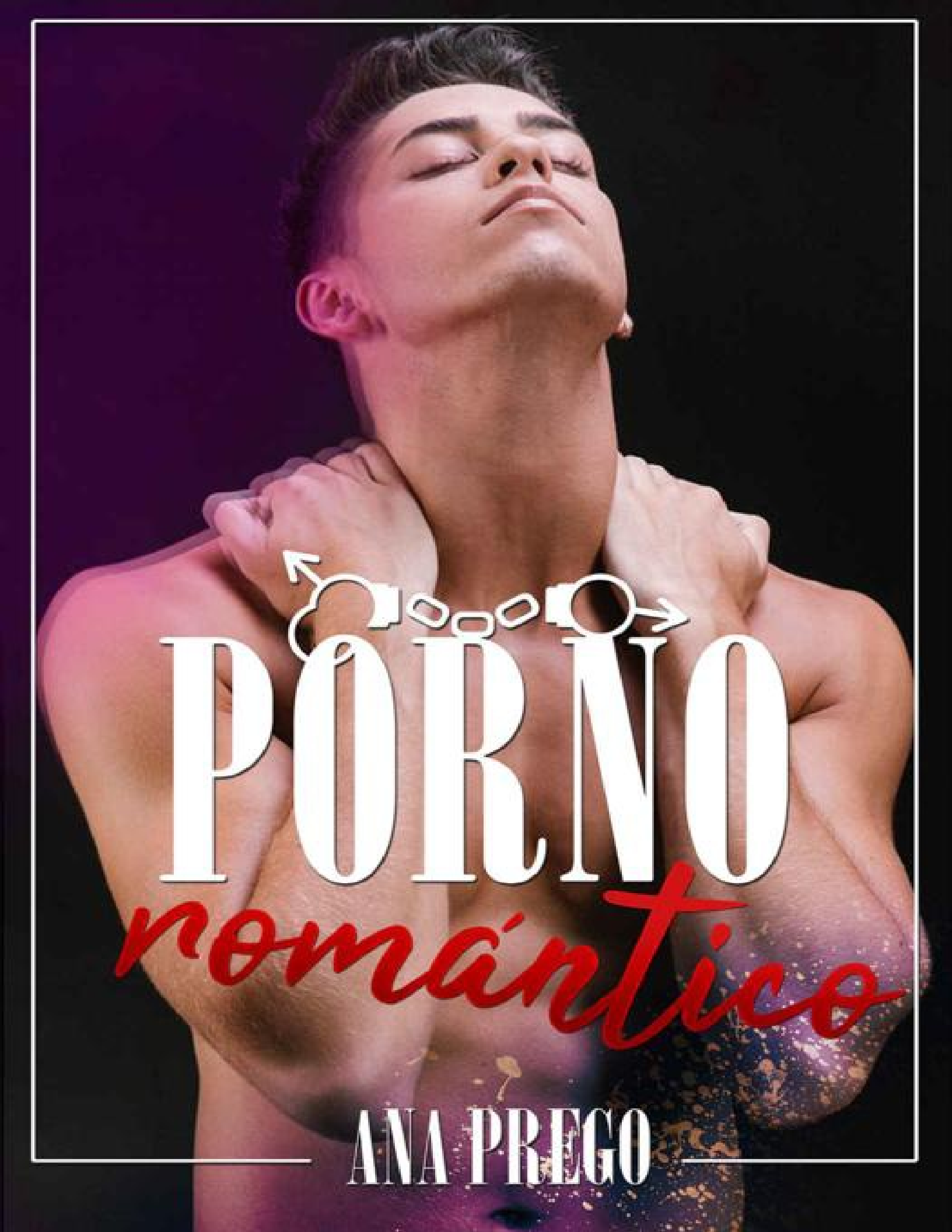




♂ ♀

PÓRNO

romântico

ANA PREGO

PORNO
romântico

— ANA PREGO —

ADVERTENCIA

Este libro contiene escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

©2024 Porno romántico

©2024, Ana Prego

Imagen de portada: Freepik

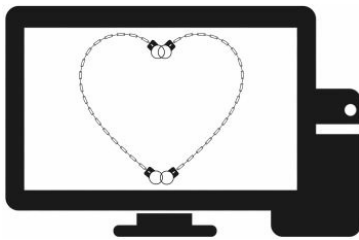
Diseño de portada: Laura Barcali

Maquetación: Ana Prego

Auto publicación. No se han cedido derechos a editoriales ni a terceros.

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.



Capítulo 1

La punta del iceberg. A Liam siempre le había hecho mucha gracia esa expresión. Él mismo la había empleado en varias ocasiones para explicarle a un profano en la materia qué era la *Dark Web* con palabras sencillas que cualquiera podría comprender. Incluso la había usado para ligar: «La red que utilizamos a diario supone la punta del iceberg y constituye menos del cinco por ciento del total. La *Deep Web* se encuentra debajo de la superficie y representa aproximadamente el noventa por ciento. Una gran parte es legal y segura, como bases de datos que no están conectadas a otras áreas o redes internas de empresas, pero existe una zona más pequeña, la *Dark Web*, a la que se accede mediante un navegador especializado. Ahí se comercia con contenido criminal y se ofrecen bienes y servicios ilícitos».

La perspectiva de lo desconocido y las connotaciones de peligro que llevaba implícitas parecían atraer a algunos hombres. Liam estaba convencido de que si sus potenciales amantes hubieran visto con sus propios ojos las atrocidades que se escondían en las cloacas de internet, habría vuelto a casa solo la mayoría de las noches. Nada mejor para aniquilar la libido que tropezarte con las peores miserias de la humanidad.

En un mundo donde nuestra vida cotidiana transcurría *online*, los ladrones de guante blanco únicamente necesitaban un ordenador para vaciarte la cuenta y el ataque de un *hacker* podía causar más daño que una bomba, las autoridades debían modernizarse y dar una respuesta acorde a los tiempos que corrían. Así nació la primera *Unidad de Delitos Informáticos de Alto Perfil* en Los Ángeles, o el *Grupo Fantasma*, como a sus integrantes les gustaba llamarse, ya que acostumbraban a ser invisibles para la sociedad; sin embargo, habían evitado numerosas tragedias sin apenas levantarse de las sillas.

Sus miembros no eran policías al uso. De hecho, casi todos habían pasado por la academia tras ser seleccionados por destacar en sus respectivos campos. A Liam lo habían reclutado en la facultad cuando estaba terminando su doctorado en *Psicología Criminal*. Algunos de sus compañeros eran ingenieros informáticos e incluso contaban con una médica que ejercía de forense si la situación lo requería. El objetivo consistía en que el *Grupo Fantasma* operase de forma independiente para eliminar filtraciones o, al menos, limitasen al máximo la cooperación con otros departamentos si no quedaba más remedio. Después de varios años trabajando codo con codo, habían demostrado ser una máquina bien engrasada y merecer hasta el último dólar que el gobierno invertía en ellos. Liam los consideraba su familia.

Por ironías del destino, «la punta del iceberg» también fue la muletilla que Harold, su capitán, escogió para hablarles de *Sueños Húmedos*, una productora de pornografía homosexual especializada en BDSM. Sospechaban que estaba vinculada de algún modo a una página de la *Dark Web* donde se retransmitían violaciones, torturas y asesinatos en directo. Los responsables eran unos auténticos maestros ocultando su rastro. Si no hubiera aparecido el cadáver mutilado de un varón flotando cerca de la costa, nadie se habría enterado de su existencia. El *Grupo Fantasma* llevaba tras la pista de esos monstruos desde entonces. Conseguir relacionarla con *Sueños Húmedos* había sido un avance. Les proporcionaba algo tangible que investigar.

Para Liam fue un jarro de agua fría. El nombre no le resultaba ajeno en absoluto. Como un

hombre gay, sano y soltero de treinta y cinco años, recurría al porno cuando las ganas apremiaban y estaba solo en casa. Un día, buscando alicientes para una paja rápida, se había tropezado con uno de sus vídeos y, a partir de ese instante, los consideró su opción predilecta durante las sesiones de amor propio.

Existían dos grandes razones de peso. La primera era la temática de BDSM destinada a gente que no tenía ni puñetera idea de BDSM, como su mejor amigo se encargaba de recordarle siempre que surgía la oportunidad. La segunda y más importante estaba encarnada por uno de los actores: Mark Allen. Aquel sujeto fascinaba a Liam desde que lo vio azotando el trasero de su coprotagonista con un ademán de chulo perdonavidas que se la habría levantado hasta a un muerto. Por esa razón, el jarro de agua fría se convirtió en un tonel al escuchar las siguientes palabras del capitán:

—Este es Ryan Clark. —Puso una diapositiva en la que aparecía un chico muy atractivo de origen hispanoamericano—. En el mundo de la pornografía, se lo conoce con el pseudónimo de Mark Allen. Veintiséis años. Sus padres murieron en un tiroteo entre bandas. Creció en hogares de acogida hasta que fue adoptado a los trece por Evelyn Clark, una mujer divorciada que tenía un hijo biológico de su anterior matrimonio: Andrew Clark. Lo interesante de esta historia es que Andrew estuvo involucrado con una rama de la mafia rusa que opera en Los Ángeles y desapareció cuando su hermano cumplió la mayoría de edad. Poco después, Ryan abandonó la universidad y empezó a grabar películas para adultos.

—Apesta a extorsión —conjeturó Rosa, una de las informáticas—. Un hermano pagando por los pecados del otro.

—Estoy de acuerdo. A pesar de que gana cantidades escandalosas con su trabajo, el dinero sale tan rápido como entra. Por lo visto, su madre padece cáncer y ha costado el tratamiento, pero deberían quedarle ahorros y no es así —intervino Christopher, el agente más joven y un niño prodigio de los ordenadores—. Me tomé la libertad de acceder a su expediente académico y era impecable. En cambio, Andrew suspendía hasta el recreo y llevaba metiéndose en líos con la justicia desde que le salió el primer pelo en los huevos. Hace cinco años que nadie sabe nada de él.

—Entonces podemos dar por hecho que está pagando una deuda que su modélico hermano le legó —concluyó Fred, un antiguo inspector de *Homicidios*, quien había aceptado poner su fino olfato resolviendo crímenes y su tres décadas de experiencia en las calles al servicio de la nueva unidad—. Y me apuesto mi testículo izquierdo a que los rusos y el responsable de la productora mantienen algún tipo de cooperación.

—Tu mujer se alegrará mucho de que hayas acertado —bromeó Rosa—. Mientras Christopher cotilleaba como una maruja, yo me he dedicado al auténtico trabajo de investigación. —Esperó a que Harold cambiara la diapositiva para proseguir—: Zac Watson es el propietario de *Sueños Húmedos*, un negocio legal de pornografía y la tapadera perfecta para blanquear dinero proveniente de actividades menos lícitas. Al igual que la mayoría en esta industria, se ubica en el Valle de San Fernando. No en vano Los Ángeles es la meca del porno en nuestro país. Me ha costado bastante seguir el rastro de la pasta a través de una docena de empresas pantalla, pero todas tienen el mismo origen: un fondo administrado por Nikolay Petrov, el jefe de una familia mafiosa.

—Mi contacto en *Crimen Organizado* me facilitó el expediente de Petrov. En algunas de las

fotografías de seguimiento, aparece reuniéndose con Watson —expuso Harold—. Los relacionamos con el cadáver de la bahía porque la víctima era un inmigrante ruso. Al parecer, dirige una red que trae ilegales a los Estados Unidos. Sin embargo, no todos llegan a su destino.

—A los guapos los traspapelan para violarlos y asesinarlos delante de un montón de degenerados —agregó Rosa con desprecio.

—A ver si lo he entendido bien —farfulló Aera, forense y mamá autoproclamada del grupo—. Tenemos a un productor de cine para adultos lavando el dinero de un mafioso que se lucra con vídeos *snuff* en la *Dark Web*. Y por si eso fuera poco, a un pobre chico prostituyéndose para pagar la deuda de su hermano.

—Hombre, no sé yo si la pornografía se puede considerar prostitución —discrepó Fred.

—Es lo mismo. Denigra a las personas.

—Liam, estás muy callado —señaló Harold—. ¿En qué piensas?

—En que es posible que Ryan Clark sea cómplice o esté metido en un lío gordísimo y ni siquiera lo sepa. —«Y en que me habéis jodido todas las pajas del último año»—. También que hemos llegado a una de esas situaciones en las que ya no podemos averiguar nada más con los ordenadores y hay que optar por métodos convencionales.

—Y ahí entras tú —indicó—. Te infiltrarás en *Sueños Húmedos* y te pegarás a Ryan y a Zac como si fueras su sombra.

—Me lo temía —suspiró, negando con la cabeza.

—No hay otro remedio. Encajas en la edad, el sexo y la apariencia. Fred y yo estamos pasados de años y Christopher no es precisamente material de pajilleros. Sin ofender.

—No me ofendo. —El informático se carcajeó—. Además, eres el único gay soltero del grupo. Al marido del capitán le daría un ataque si se entera de que alterna con jovencitos desnudos.

—Como salgan imágenes comprometedoras a la luz, os mato a todos —amenazó con el ceño fruncido—. Lo digo en serio.

—No saldrán. Christopher y yo nos encargaremos de borrar cualquier rastro de la red —garantizó Rosa, fingiendo que la situación no la divertía de lo lindo—. Tú solo debes preocuparte de menear tu sexi trasero.

—¡Eres lo peor! —refunfuñó, molesto—. De acuerdo. Creadme una buena tapadera.

—Vamos dos pasos por delante de ti. Ya lo hicimos —se jactó ella—. Te llamas Aiden Lewis y eres un aspirante a actor fracasado que necesita dinero con desesperación. El porno es un apaño temporal hasta que relances tu carrera. Hemos fabricado una historia muy convincente y, en este momento, se está aprobando tu documentación: partida de nacimiento, carné de conducir, tarjetas de crédito...

—¡Menudo topicazo! Podrías haberos estrujado más el cerebro.

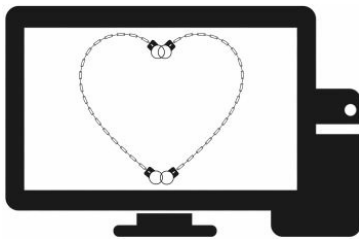
—Esto es Los Ángeles, idiota. La tapadera del actor fracasado siempre será la mejor.

—Sigo pensando que os falta imaginación.

Precisamente, la falta de imaginación nunca había sido un obstáculo en la pornografía. Apenas una semana después, Liam estaba sentado en una oficina desordenada y claustrofóbica frente a

un tipo de mediana edad con aspecto de guaperas de los noventa venido a menos. El encuentro casi se habría asemejado a una entrevista convencional si Zac no hubiera incluido un montón de preguntas indiscretas sobre sus preferencias sexuales mientras lo desnudaba con la mirada: ¿Cuánto te mide la polla? Diecinueve centímetros. ¿Activo o pasivo? Versátil. ¿Dominar o que te dominen? Me dejó llevar por las circunstancias. ¿Postura favorita? Cualquiera que me permita estar encima. ¿Algo en lo que destagues? Dicen que la chupo de maravilla. ¿Has practicado BDSM? He jugado un poco, pero no soy un experto. ¿Has visto alguna de nuestras películas? Cada vez que me masturbo. ¿Con quién te gustaría trabajar? Mark Allen me la pone dura.

—Creo que juntos quedaríais genial en la pantalla —aprobó Zac—. Te llamaremos dentro de unos días para fijar una prueba con Mark. Si te desenvuelves bien frente a las cámaras, contaremos contigo en futuros proyectos. Ahora bájate los pantalones. Necesito confirmar que estás dotado.



Capítulo 2

Hasta la punta de la polla. Era el estado de ánimo que predominaba en Ryan desde hacía un largo tiempo. Cinco años para ser exactos. Un día se despertó siendo un universitario con la nota media más alta de la clase y se acostó convertido en un actor porno. Nunca había entrado en sus planes abandonar los estudios para vender su cuerpo. Simplemente, se vio envuelto en unas circunstancias que no había buscado, atrapado en un mundo humillante y deleznable para pagar una deuda que él tampoco había contraído.

Mentiría si dijese que, en demasiadas ocasiones, no fantaseó con la idea de desaparecer, de huir a algún sitio donde nadie lo encontrara, al igual que había hecho el desgraciado de su hermano; sin embargo, lo frenaba la lealtad hacia la única familia que había conocido: una mujer cariñosa, fuerte y luchadora que lo había cuidado como a un hijo propio. Si se marchaba, ella sufriría las consecuencias. No estaba dispuesto a consentirlo.

Ahora Evelyn agonizaba en la cama de un hospital con un cáncer que la devoraba por dentro y la deuda casi estaba saldada. Cuando los dos dejaran de existir, ya no quedaría nada que lo retuviese en Los Ángeles y podría abandonar aquel maldito condado para siempre. Solo debía filmar una película más, entregar el dinero que faltaba a la sanguijuela de Zac y sería libre. *Sueños Húmedos* y Mark Allen se desvanecerían en el olvido.

Acababa de finalizar una grabación que había resultado particularmente larga y pesada. Un sinfín de percances y bajas entre sus compañeros de reparto había obligado a la productora a pausarla varias veces para realizar cambios de última hora. Su primer coprotagonista se había roto una pierna practicando escalada, el segundo había terminado en rehabilitación por una seria adicción a las drogas y el tercero había hallado el amor con un octogenario adinerado.

Tras semejante odisea, Ryan contaba con disponer de unas semanas para refugiarse en su apartamento y fingir que era un chico normal, lejos de las miradas lascivas y los hombres que se le acercaban por el retorcido morbo de acostarse con una estrella del cine para adultos. La fama indeseada había agravado una personalidad reservada e introvertida hasta el punto de que apenas salía de casa si no necesitaba desplazarse al Valle de San Fernando. Las cajeras del supermercado y su madre moribunda eran toda su vida social. Ryan aguardaba con impaciencia esos periodos de inactividad para conservar la cordura.

Recibir una llamada de Zac esa mañana lo hundió en la miseria y lo puso de un humor nefasto. En ocasiones, solicitaba su presencia para probar a un nuevo candidato y no estaba en posición de negarse. Al muy cabrón le encantaba recordarle que lo tenían cogido por los huevos. Lo único que lo consolaba era que las audiciones solían concluir deprisa. A la mayoría de los aspirantes ni siquiera se le levantaba por los nervios o se emocionaba tanto que sufría una vergonzosa eyaculación precoz. Aun así, la interrupción en su rutina diaria suponía una auténtica molestia. Había planeado pasar la tarde con Evelyn y ahora debía acortar su visita para hacer algo que detestaba profundamente. Antes de que Zac y *Sueños Húmedos* se cruzaran en su camino, jamás imaginó que llegaría a odiar el sexo.

—¿Estás bien, cariño? Pareces distraído —comentó Evelyn, examinándolo con preocupación desde el lecho.

—Sí, mamá. Un poco cansado —aseguró Ryan, y tomó su mano—. Hoy me iré pronto. Conseguí un empleo como extra en un restaurante —mintió. Nunca le había confesado a qué se dedicaba en realidad.

—Trabajas demasiado. A tu edad, no deberías llevar una carga tan pesada. No es justo —se lamentó, apesadumbrada—. Prométeme que invertirás tiempo en divertirte —imploró, dándole un débil apretón—. Me gustaría que conocieses a buen chico con quien construir un futuro en común. No quiero que te quedes desamparado cuando yo muera.

—Lo prometo. —Depositó un beso en su frente—. Volveré mañana.

Conocer a un buen chico estaba al final de la lista de prioridades para Ryan. La pornografía no solo había ocasionado que aborreciera el sexo, sino que lo había convertido en un desconfiado patológico. A los hombres que lo abordaban les interesaba Mark Allen, no Ryan Clark. En cuanto descubrían a la persona real que se ocultaba tras el personaje, acostumbraban a llevarse una decepción. Dos experiencias nefastas durante su primer año en *Sueños Húmedos* habían bastado para que renunciara a las citas y levantase una muralla a su alrededor. Si no lograban atravesarla, tampoco podían causarle daño. Sin embargo, no se veía capaz de destrozarse las esperanzas de su madre. Apenas le quedaban unos meses de vida y él hacía todo lo posible para que se marchara en paz. Incluso si eso implicaba engañar a una mujer que siempre lo había amado de manera incondicional.

El trayecto en su vieja motocicleta lo ayudó a reunir las fuerzas para seguir interpretando un papel. Con suerte, le tocaría uno de los que se acobardaban y estaría en casa a la hora de la cena. Cuando irrumpió en el estudio de aspecto cutre y vulgar, su rostro había adoptado un gesto indiferente. Atravesó el corredor y se dirigió a la sala de grabación. Creía que había llegado puntual hasta que encontró a Zac hablando con otro individuo. Por alguna razón, no se decidió a entrar de inmediato. En su lugar, permaneció estático en el umbral, examinando al aspirante.

Resultaba innegable que era muy atractivo. Se notaba que le llevaba varios años, quizá rondaba la mitad de la treintena. Tenía su misma estatura, un metro ochenta, y presumía de un cuerpo fibroso con una camiseta y unos vaqueros ceñidos. Pelo rubio con el flequillo peinado hacia un lado, piel pálida, una barba cuidada y los iris de un llamativo azul turquesa. Su amplia sonrisa iluminaba la habitación y unas encantadoras arruguitas se formaban bajo sus ojos cada vez que se reía. Ryan tragó saliva, incómodo, al comprender que se sentía atraído por el nuevo. Suponía un enorme contratiempo que no esperaba. Estuvo seriamente tentado a darse la vuelta y regresar por donde había venido. Por desgracia, Zac reparó en él antes de que alcanzara a escabullirse.

—¡Mark, ya estás aquí! —celebró el productor con exagerado entusiasmo—. Te presento a Aiden Lewis. Será tu compañero.

La mirada turquesa se clavó en la suya y Ryan se limitó a saludar con un leve movimiento de cabeza. Las mejillas le ardieron, su corazón se desbocó y una bola de nervios se instaló en su estómago. Sin mediar palabra, se desvistió hasta quedarse en calzoncillos y fue a acomodarse en un sofá. El otro lo observó, desconcertado, durante unos segundos y acabó imitándolo. Agradeció que eligiese sentarse a una pequeña distancia, dándole espacio para serenarse. Admitía que actuaba como un auténtico idiota. Probablemente, Aiden estaba más inquieto que él. No obstante, habían transcurrido años desde que alguien le había generado ese tipo de reacción y odiaba que hubiera sucedido en aquel sitio horrible.

—Como te explicaba, me gusta iniciar las pruebas con una entrevista para ir caldeando el ambiente. Buscamos respuestas sexis y divertidas —manifestó Zac mientras preparaba el equipo de grabación—. Luego Mark y tú os lo montaréis. Solemos empezar con besos y pajas. Si te desenvuelves bien, te llamaremos para rodar escenas más elaboradas.

—Entendido —asintió Liam, controlando a duras penas su tensión.

—Perfecto. Pues comencemos. —Puso la cámara en marcha—. Hoy nos acompaña un auténtico semental que está ansioso por protagonizar vuestros sueños húmedos. Su nombre es Aiden y, sin duda, posee un físico hecho para el pecado —expuso con voz sugerente—. Háblanos un poco de ti.

—Tengo treinta y cinco años. Soy hijo único. Nací en Sacramento, pero me mudé a Los Ángeles al cumplir la mayoría de edad —afirmó, inseguro.

—¿Qué haces para divertirte?

—Practico surf y salgo de fiesta.

—¿Sueles llevarte muchos hombres a casa?

—Lo intento.

—¿Qué te agrada en la cama?

Liam dudó. Había visto suficientes vídeos de la productora para saber que Mark Allen siempre era el activo y el dominante. Al principio, había supuesto que si realizaba la audición con él, le asignarían el rol opuesto. Por el contrario, mientras aguardaban a que se presentara, Zac había insistido en que actuase con naturalidad y fuera sincero respecto a sus preferencias. Pensaba que lo tenía controlado hasta que Ryan cruzó el umbral y le cortó el aliento.

Conocía su aspecto de sobra: un cuerpo más ancho y musculoso que el suyo, piel morena, pelo castaño oscuro, pestañas largas y tupidas, ojos casi negros y unos labios carnosos que le inspiraban un sinfín de fantasías tórridas. Sin embargo, fueron las grandes diferencias con su personaje las que consiguieron desarmarlo: Mark era descarado y provocador en pantalla; Ryan se mostraba reservado y esquivo. Mark exudaba confianza en sí mismo; Ryan no estaba cómodo con la situación. Por ese motivo, barajó la idea de mentir para aliviarle el mal trago. La desechó enseguida porque intuía que si defraudaba a Zac, arruinaría la prueba. Necesitaba infiltrarse para avanzar en el caso. Ya averiguaría después qué se proponía exactamente aquel parásito despreciable.

—Soy un todoterreno —aseveró Liam—. Disfruto igual enterrándome en un trasero apretado que con una buena polla embistiéndome. También me gusta el intercambio de poder.

—Interesante —murmuró Zac, sonriente—. En tu entrevista, me comentaste que Mark te excitaba. ¿Qué te parece ahora que lo tienes al lado?

—Es más guapo en persona.

—Entre nosotros, ¿te lo follarías? —planteó, cambiando a un tono de confidencia—. Escuché que nadie ha irrumpido ahí antes. Serías el primero.

—Solo si él quiere. Creo en el consentimiento. —No contuvo el impulso de mirar a Ryan de reojo y descubrió que este lo contemplaba con una desazón apenas disimulada.

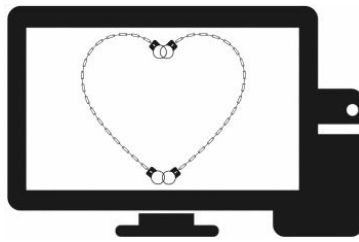
—Eso es muy considerado por tu parte. —Zac se carcajeó—. ¿Y tú qué dices, Mark?

¿Montarías la polla de nuestro nuevo amigo?

—No, pero estaré encantado de que monte la mía siempre que lo necesite —discrepó Ryan, y se amonestó mentalmente por sonar más brusco de lo que pretendía.

—¡Eres incorregible! —se pitorreó—. Bueno, chicos, ¿qué os parece si nos dejamos de cháchara y pasamos a la acción?

—¡Por fin! Pensé que no te callarías —bufó Ryan, recuperando su estoicismo. Luego buscó la boca de Liam como si llevara un largo rato muriéndose por probarla.



Capítulo 3

Estaba besando a un chico guapísimo y tenía vía libre para tocarlo a su antojo. Una oportunidad que, en circunstancias distintas, le habría parecido sublime se transformó en una situación embarazosa. Liam no se consideraba una persona tímida. Por norma general, era bastante extrovertido, alegre y decidido. Se le daba bien llenar los silencios incómodos, hacer reír a los demás y lograr que se sintieran a gusto a su lado. Sin embargo, por mucho que lo intentaba, no podía ignorar la enojosa presencia de Zac. Cuando aceptó infiltrarse en *Sueños Húmedos*, supuso que exponerse de esa manera sería desagradable, pero no imaginó que lo enervaría tanto. Si lo descartaban por sufrir un gatillazo, arruinaría la investigación.

Tras años colaborando en las audiciones, Ryan había desarrollado un olfato excelente clasificando a los aspirantes. Le bastó con percibir la extrema rigidez en el cuerpo de Aiden para deducir que era de los que se acobardaban. Estaba tan nervioso que acabaría bloqueándose. En circunstancias normales, lo habría aliviado que el encuentro finalizara. Por el contrario, ese día se sorprendió a sí mismo lamentándolo por el pobre tipo. Desconocía el motivo. Tal vez se debiera a la arrolladora atracción que le despertaba. O quizá lo impresionó su decencia al responder a la pregunta malintencionada del productor. A la mayoría de la gente no solía importarle lo que él quería. En cualquier caso, experimentó la necesidad de ayudarlo a superar el mal trago.

—Mírame, Aiden. Tienes unos ojos preciosos —murmuró Ryan, acariciándole la nuca con suavidad—. Olvida la cámara y concéntrate en mí. Solo estamos tú y yo en esta habitación.

Liam sonrió, agradecido, asintió y se abalanzó sobre los apetecibles labios. Ryan correspondió enseguida, le rodeó el cuello con un brazo para acercarlo y deslizó la otra mano por su muslo. Mientras sus lenguas se enredaban en una sensual danza, consiguió evadirse del mundo exterior, poniendo toda su atención en el hombre que lo enloquecía de deseo. El miedo a no obtener una erección se desvaneció muy deprisa. Su polla estaba dura como una piedra, se humedecía en la punta y presionaba contra la tela del bóxer. Al notar una palma acunando el prominente bulto, se le escapó un jadeo involuntario. Luego buscó la entrepierna del hispano y su lujuria se acrecentó al descubrir que él tampoco le resultaba indiferente. Sintiendo osado de pronto, coló los dedos por debajo de la cinturilla de la ropa interior y rozó el glande con las yemas. En esa ocasión, fue el otro quien gimió sin contenciones.

—¿Nos quitamos esto? —sugirió Ryan con voz ronca y fuego en las pupilas.

—Me parece una gran idea —aprobó Liam, deshaciéndose de sus calzoncillos con celeridad.

La boca de Ryan se llenó de saliva al reparar en el imponente miembro. Le costaba recordar la última vez que se había excitado así. Probablemente, había sucedido antes de entrar en la industria de la pornografía, en una vida muy lejana. No se detuvo a valorar por qué las cosas eran tan diferentes con Aiden. Prefirió vaciar su cabeza de pensamientos complejos y disfrutar de las efímeras sensaciones. Ya habría tiempo para fustigarse por su debilidad. Se bajó el bóxer, empuñó el palpitante pene y retornó a sus labios, como un viajero cansado que volvía al hogar. Su amante lo imitó y el cuarto se colmó con las exhalaciones entremezcladas de ambos.

En algún momento, Liam perdió la noción de la realidad, borrando la presencia de un tercero, la grabación y el auténtico propósito que lo había conducido al Valle de San Fernando. Aquella

misma noche, en la soledad de su dormitorio, rememoraría con perplejidad cómo Ryan se había convertido en el centro de su universo por un rato. Tacharía esa experiencia de demencial. Ni siquiera lo conocía y apenas habían hablado. Lo único que sabía con seguridad era que el Mark Allen que inspiraba sus pajas no se habría tomado la molestia de calmarlo. Percibía una dulzura y una vulnerabilidad que le gustaban más que la pose de chulo perdonavidas. Entonces cometió el error de dejarse aconsejar por la pasión. Lo empujó hasta que la espalda de Ryan chocó contra el asiento, maniobró para situarse encima y le susurró al oído:

—Abre las piernas.

Ryan le lanzó una mirada cargada de estupor, pareció dudar durante unos segundos, pero terminó accediendo. Sin pretenderlo, Liam había intercambiado sus papeles. La primera vez que ocurría en los cinco años que Mark Allen llevaba trabajando en *Sueños Húmedos*. El policía no cayó en la cuenta de tan importante detalle, pues era incapaz de ver más allá del deseo. Hincó las rodillas entre los muslos de Ryan, se cernió sobre él y alineó sus erecciones. Después rotó las caderas, meciéndose con suavidad. Mientras sus miembros se frotaban sin descanso, el actor gemía y se aferraba a su cuerpo. La idea de tomarlo allí mismo lo azotó como un huracán.

—Tiene que ser una paja —masculló Ryan, observándolo bajo unos párpados entrecerrados por el placer.

—Lo había olvidado —admitió Liam, y bebió los suspiros de su boca.

Sin dejar de besarlo, envolvió una mano alrededor de los dos penes, jadeando al dar un enérgico apretón. Un sonido idéntico emergió de la garganta de Ryan. Liam arqueó la pelvis y acometió, creando una ardiente fricción contra la polla de su compañero. Notar las uñas clavándose en su piel a medida que se acercaban al orgasmo lo enajenó por completo, exiliando cualquier rastro de cordura que aún pudiera conservar. Le aprisionó el labio inferior entre los dientes y embistió con fuerza. Ryan gritó, sus músculos se sacudieron con un intenso clímax y el pegajoso semen se esparció por sus abdómenes. Con la vista fija en el delicioso rostro saciado, el inspector esbozó una sonrisa perversa y siguió impulsándose hasta que también se corrió.

—Eres el espectáculo más erótico que he contemplado —declaró Liam, y le acarició la mejilla.

—Aiden —musitó Ryan, tratando de atesorar su nombre en la memoria.

Unos carraspeos divertidos los devolvieron de un puñetazo a la realidad. Los dos giraron la cabeza para encontrarse con la mueca socarrona del productor, quien había seguido sus movimientos detrás de la cámara. Liam percibió el segundo exacto en que Ryan se puso tenso, la calidez abandonó sus ojos y su expresión se tornó distante. Fuera lo que fuera esa conexión que habían compartido, acababa de desvanecerse y, en su lugar, únicamente quedaba una gran incomodidad teñida de arrepentimiento. El rubio se apresuró a sacarse de encima para acomodarse en un extremo del sofá. El hispano eligió el opuesto y se abrió un enorme abismo entre ellos. Cada uno se torturó por sus propias razones.

—¡Guau, chicos! Eso ha sido... ¡Guau! No tengo palabras para describirlo. ¡Alucinante! Hay mucha química entre vosotros —comentó Zac, maravillado—. ¿Qué te ha parecido la experiencia, Aiden?

—Estuvo muy bien —afirmó Liam, rehusándose a desvelarle sus pensamientos más íntimos al despreciable sujeto.

—¿Y a ti, Mark?

—Igual —refunfuñó Ryan, esquivándole la mirada.

—No vayas de difícil. —El productor se rio con malicia—. Nunca te había visto así de sumiso y entregado. ¿Seguro que no te apetece montar la polla de Aiden? Daba la impresión de que te morías de ganas. Sincérate con tus fans. Lo comprenderíamos perfectamente si tu fantasía fuese que un semental te abriera ese culo virgen. ¿Quién mejor que nuestra nueva incorporación para estrenarlo?

Sin mediar palabra, Ryan se levantó, recogió su ropa y abandonó el estudio a paso ligero. Atónito por lo sucedido, Liam solo acertó a permanecer sentado mientras contestaba a una docena de preguntas impertinentes y se despedía de los espectadores. Cuando Zac detuvo la grabación, ya estaba tan asqueado que las náuseas ascendían desde su estómago. Precisaba regresar a casa para restregarse gel de baño hasta borrar la sensación de suciedad y luego poner algún programa estúpido en la televisión que apagara su cerebro durante unas cuantas horas. «No volveré a consumir pornografía en mi puta vida», pensó con un regusto a bilis.

—Posees un talento innato para esto —lo felicitó Zac—. Te llamaremos pronto. Hay un vestuario enfrente por si quieres asearte.

—Gracias —se limitó a farfullar antes de enfundarse los calzoncillos y alejarse con el resto de sus pertenencias debajo del brazo.

Infiltrarse en *Sueños Húmedos* había sido una pésima idea. Liam había cruzado la línea que separaba lo profesional de lo personal al permitir que la lujuria lo desviase de su auténtico objetivo. Aunque ninguna de las imágenes que había protagonizado llegaría a ver la luz, jamás podría borrar esa sensación de repugnancia tras despertar del idílico ensueño y darse cuenta de que un extraño había presenciado algo que prefería mantener en la intimidad.

También le desagradaba el modo en que Zac hablaba a Ryan. Parecía que disfrutaba humillándolo. Si todavía le quedaba alguna duda de que el actor era una simple víctima atrapada en una complicada trama de mafiosos, productores sin escrúpulos y retransmisiones macabras en la *Dark Web*, se disipó en ese preciso instante. Su certeza fue a la vez motivo de alivio y una nueva fuente de inquietudes. Odiaría que saliera herido.

Al irrumpir en el vestuario, encontró a Ryan vistiéndose. Su cabello húmedo y el aroma a jabón indicaban que se había dado una ducha rápida. El ceño fruncido se suavizó mientras lo contemplaba en silencio desde la puerta. Indiscutiblemente, se trataba de un hombre muy atractivo, pero su fuente de fascinación eran los retazos de personalidad que se entreveían a través de las fisuras.

Lo único bueno de aquel día había sido disfrutar del privilegio de tenerlo entre sus brazos. Ardía en deseos de repetirlo sin testigos que enturbiaran el recuerdo y tomarse su tiempo para descubrir al auténtico Ryan Clark. Intuía que no iba a defraudarlo. El objeto de su interés terminó de atarse los cordones de las deportivas, levantó la vista y reparó en que lo observaban. Su semblante osciló tan deprisa de la esperanza, al miedo y, por último, a la rabia que la confusión que lo atormentaba habría pasado inadvertida para la mayoría de la gente. No lo hizo para un inspector con una licenciatura y un doctorado en psicología.

—¡Menos mal que sigues aquí! —exclamó Liam, acercándose—. Necesitaba asegurarme de que estabas bien. Parecías afectado cuando te marchaste y me preocupé. Zac soltó un montón de

mierda sin venir a cuento.

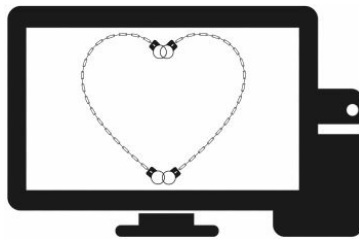
—¡Por favor! Ahórrame la hipocresía de fingir que te importo. No me conoces, no sabes nada de mí. Te extralimitaste ahí dentro porque pretendías lucirte. No tuviste ningún reparo en arrastrarme a tu juego enfermizo —escupió Ryan con desprecio—. Seguro que lo pactaste con Zac de antemano. Ese cerdo lleva años deseando que me deje follar delante de las cámaras. Si piensa que un guaperas barato va a engatusarme, sufrirá una gran decepción.

—Te equivocas conmigo. No lo planeé. Ni siquiera habría sido capaz de continuar si tú no me hubieras ayudado —se defendió sin ocultar el desconcierto—. Lamento que mi forma de comportarme te haya disgustado. Prometo que no volverá a ocurrir. Comencemos de nuevo.

—Guárdate las promesas para quien le interesen. No quiero ser tu amante, ni tampoco tu amigo. No me agradas y no confío en ti. A partir de ahora, preferiría que te abstuvieras de dirigirme la palabra fuera de los rodajes.

—¿Sabes qué es lo que más me cabrea? Éramos dos en ese sofá. Quizá me sobrepasé, pero tú no me detuviste. Estoy convencido de que no imaginé la fuerte atracción que existe entre nosotros. Sin embargo, temes que alguien se acerque demasiado. Podría averiguar que ese personaje que interpretas es una fachada para esconder a un niño inseguro —apuntó con una creciente molestia—. Y solo para que conste: estaré encantado de ser yo quien monte tu polla. No tengo una masculinidad frágil que proteger. Pasa un buen día, Mark —agregó, y se encaminó hacia la ducha sin darle opción a réplica.

Ryan se tragó un suspiro. Al abandonar el estudio, había visto tan clara la teoría de la encerrona que, de repente, se sentía como un idiota por dudar. Tal vez sus miedos arraigados lo habían empujado a ser injusto con Aiden. Inspiró hondo, negó con la cabeza y puso rumbo a la salida. Daba igual si el otro decía la verdad. Debía mantener las distancias por su propio bien. Aquel hombre resultaba muy peligroso. Removía emociones que creía muertas y enterradas, lo hacía perder el control y resucitaba una esperanza que no estaba en posición de permitirse. Aun así, le había parecido la experiencia sexual más sublime de su vida. Si al menos el imbécil de Zac hubiera aguardado unos minutos para arrojarle las porquerías acostumbradas, habría disfrutado por un ratito del espejismo de la felicidad. «Es mejor así», se recordó.



Capítulo 4

Maldijo su decisión de darse una ducha en cuanto vio salir a Zac del estudio. La sonrisa ladina no auguraba nada bueno. Ryan se despidió con un movimiento de cabeza y aceleró el paso, pero la voz del productor llamándolo lo detuvo. Inspiró hondo, apretó los párpados unos segundos y se dio la vuelta para enfrentarlo. Tendría que haberse marchado al concluir la audición, ahora ya era demasiado tarde.

—Acompáñame a mi oficina. Hay un asunto que quiero tratar contigo —invitó Zac, recurriendo al tono firme que empleaba cada vez que pretendía recordarle quién mandaba. «Tú enseñas el culo y yo gano pasta a tu costa», lo resumía bastante bien—. No te entretendré mucho tiempo.

Conteniendo un resoplido de frustración, Ryan se limitó a asentir. Lo siguió hasta el cuarto sucio y destartalado al que su jefe le gustaba llamar despacho. Tomó asiento, cruzó los brazos y aguardó a que el cretino soltara la mierda de rigor para volver a casa. Necesitaba aislarse del mundo. Había sido un día muy largo.

—Doy por sentado que participarás en el próximo rodaje —manifestó Zac, y continuó hablando antes de que el otro acertase a confirmarlo—: Estoy pensando en algo un poco diferente a lo acostumbrado. Aunque conservaría la esencia de *Sueños Húmedos*, meteríamos cambios que atraerían a más suscriptores a nuestra página. Últimamente, hemos sufrido un pequeño descenso y debemos ofertar productos atractivos para no perder dinero.

—El *marketing* es cosa tuya. Yo no sé un carajo del tema —apuntó Ryan. Había aprendido por las malas que, en aquel negocio, era mejor hacerse el tonto.

—Cierto —coincidió, satisfecho—. Mezclaría a las estrellas habituales con algunas caras nuevas. Por supuesto, incluiré a Aiden y os emparejaré en las escenas principales. Juntos sois puro fuego delante de las cámaras. De hecho, la idea se me ocurrió mientras os grababa. Invertiremos los papeles de los que siempre actuáis como amos. El concepto general es que caeréis rendidos ante un dom principiante que logrará ponerlos de rodillas y descubrirlos una inédita dimensión del placer al transformarlos en los perfectos sumisos. Para despertar morbo y expectación, escenificaremos negativas, una resistencia inicial, el ardiente proceso de seducción y la plena aceptación de vuestra auténtica naturaleza. —Elevó una mano para silenciar a Ryan al advertir que este se disponía a protestar—. Te lo cuento a ti primero por el tremendo revuelo que levantas entre los espectadores. Recibimos cientos de peticiones a diario para ver a Mark Allen siendo follado y sometido. Vas a recaudar más que el resto del elenco junto. Por esa razón, considero justo ofrecerte el doble de lo que sueles cobrar por una película.

—No es el acuerdo que cerramos cuando acepté trabajar aquí —le recordó, irritado—. Mi única condición fue que nunca adoptaría ese rol.

—Lo tengo muy presente, Ryan, pero han pasado cinco años. La deuda de Andrew casi está saldada. No me chupo el dedo. Sé que eres infeliz y que planeas dejarnos en cuanto te la saques encima —expuso, mostrando una falsa compasión que no engañó ni por un segundo al hispano—. Te ofrezco la posibilidad de empezar de nuevo en cualquier otro lugar con los bolsillos llenos. No me respondas aún. Medítalo con calma y contáctame dentro de un par de días.

—¿Eso es todo?

—Sí, puedes irte.

Ryan se levantó y abandonó la oficina en silencio. La noticia no lo había sorprendido ni un poco. Hacía meses que se temía alguna jugarreta similar. Zac no era tan inteligente como pensaba y poseía la sutileza de una apisonadora. Se había percatado de que el retorcido control que ejercía sobre él iba a expirar y buscaba un modo de exprimirlo al máximo antes de renunciar a la gallina de los huevos de oro. Tampoco se tragó que hubiese alcanzado una epifanía en la audición. Llevaba tiempo abonando el terreno y plantando la semilla en los cerebros de los pajilleros que consumían sus vídeos con asiduidad. Él había comenzado e incitado esas peticiones de las que hablaba. Además, mentía al asegurar que perdía dinero, la cifra de suscriptores no dejaba de crecer. Agachar la cabeza y fingir ignorancia lo había ayudado a colarse en sitios que, por norma general, estaban vetados a los actores.

A pesar de que Zac se lo había planteado como una propuesta, creando la falsa ilusión de que podía elegir, Ryan sabía que carecía de alternativas. Si no aceptaba, hallaría la manera de presionarlo. Le recortaría la paga con alguna excusa absurda para alargar su permanencia en *Sueños Húmedos* o cualquier cabronada por el estilo. Dudaba de que el comportamiento de Aiden estuviera pactado de antemano, su enfado le había parecido muy real; sin embargo, resultaba obvio que el productor lo había preseleccionado debido a que mostraba un carácter dominante. Si no se hubiera impuesto durante la prueba, habría seguido buscando al candidato ideal.

Recordar a Aiden le generó un aluvión de sentimientos confusos. Hasta que sus caminos se cruzaron, estaba convencido de que había desarrollado una fuerte animadversión hacia la intimidad. Aquel rubio de ojos espectaculares le demostró que era más una cuestión de la persona con quien la compartía. Había transcurrido una eternidad desde la última vez que se acostó con alguien por amor o lujuria. Su vida sexual se limitaba a las escenas que rodaba en un estudio de cine para adultos. No odiaba el sexo, odiaba el horrible mundo en que había quedado atrapado y la imposibilidad de ser el dueño de su destino. «Ojalá nos hubieran presentado en otra época», se lamentó. Suponía que, después de lo mal que lo había tratado, no volvería a dirigirle la palabra. Se lo merecía. Por eso fue incapaz de ocultar su asombro cuando se lo encontró esperándolo en la calle.

—Vengo en son de paz —aseveró Liam, y ondeó una bandera blanca imaginaria—. Quería disculparme por los comentarios desagradables que te solté en el vestuario. Estaba cabreado, pero no es excusa. Detesto que la gente presuponga cosas de mí sin conocerme y te hice lo mismo. ¿Empezamos de cero?

—¿Por qué te preocupa tanto lo que opine de ti? —cuestionó Ryan, poniéndose en guardia de forma instintiva—. Como bien has dicho, no nos conocemos. Sé que eres nuevo, así que voy a simplificártelo al máximo: follar delante de una cámara no nos compromete en ningún aspecto. Dentro de unas semanas, vamos a hacerlo durante horas y seguirá sin importar una mierda.

—Me preocupa porque se notaba un montón que no querías estar allí y, aun así, te tomaste la molestia de tranquilizarme. Podrías haber aguantado a que los nervios me comieran vivo. En cambio, optaste por intervenir —contestó, resintiéndose a caer en sus provocaciones—. Me preocupa porque sospecho que tienes un problema con el productor y desearía ayudarte. La forma en que te habla me parece repulsiva. Y me preocupa porque compartimos un momento

especial, aunque te niegues a admitirlo. Entiendo que no busques un amante, pero al menos permíteme ser tu amigo.

—Extrañas apreciaciones para un aspirante a actor porno —ironizó, enarcando una ceja—. Aplícate tus propios consejos y lárgate antes de que sea demasiado tarde.

—No planeo quedarme mucho. Solo me sacaré un dinerillo extra. Si vamos a trabajar juntos, preferiría que nos llevásemos bien. Imagino que habrá razones de peso para que siempre estés a la defensiva; sin embargo, yo no soy el enemigo. —Sacó la hoja de un bloc de notas del bolsillo y se la tendió—. Anoté mi número de teléfono. Llámame si me necesitas.

—Todavía no he decidido si eres un iluso o un cabrón embustero —declaró, cogiendo el papel.

—Supongo que tendrás que tomarte tu tiempo para descubrirlo —señaló, risueño, y echó a andar.



Temía el instante en que debería informar de sus avances desde que había abandonado el Valle de San Fernando el día anterior. Liam opinaba que no había manejado la situación correctamente. Había perdido la compostura y se había implicado a un nivel personal con un sospechoso. No había podido evitarlo al deducir que Ryan estaba siendo extorsionado para filmar pornografía en contra de su voluntad. Su madre acostumbraba a reprocharle que padecía un complejo de salvador de manual. Inconvenientes de pertenecer a una familia de reputados psiquiatras. Pese a que lo amaban, no entendía su elección de carrera o que malgastara su talento en la policía. El *Grupo Fantasma* era la familia escogida que lo apoyaba sin condiciones y ahora le preocupaba fallarles.

Tras una larga noche de insomnio, se levantó de madrugada para revisar con detenimiento la información que su unidad había recopilado sobre el caso, salió a correr y llegó al centro de operaciones mucho antes de su hora. El lugar seguía vacío e imperaba un silencio apacible. Estaba tomando un café recién hecho cuando Rosa entró en la sala de descanso. Arrastraba los pies al andar y lucía unas ojeras que combinaban a la perfección con las de su compañero. Ella le dirigió un gruñido a modo de saludo y se sirvió un tazón a rebosar.

—Tienes una pinta horrible —afirmó Liam, divertido.

—Le dijo la sartén al cazo —replicó Rosa, frunciéndole el ceño—. Me pasé toda la noche limpiando tus pinitos en el porno de la red. Nuestro proxeneta favorito subió el video a las ocho y, en cuestión de minutos, el enlace estaba en media docena de sitios. Los eliminé, lancé un rastreador por si aparecen más y creé una especie de bloqueo en la página de *Sueños Húmedos*. Sigue en línea, pero nadie puede encontrarlo ni acceder a él.

—Sospecharán que sucede algo raro si no registra visualizaciones —objetó, inseguro.

—¡Me ofendes! ¿Te crees que soy una aficionada? —Arrugó la nariz con disgusto—. Hay centenares de *bots* reproduciéndolo en bucle y comentando las guarradas típicas en este preciso momento. Tardarán en darse cuenta.

—Te pido mil perdones, mi pequeño genio barra diosa de los ordenadores. No debí dudar de tus habilidades mágicas —se mofó entre jocosas carcajadas.

—No, no debiste. Me pegué una buena paliza por tu culpa. —Lo señaló con un dedo acusador y, aun así, su sonrisa la delataba.

—¿Por qué no le pediste ayuda a Christopher?

—Lo echamos a suertes y perdí. Ninguno quería hacerlo.

—¿Lo has visto? —indagó, recuperando la seriedad.

—Solo algunos fotogramas del principio para confirmar que eras tú. No me sentiría cómoda trabajando contigo tras husmear en tu intimidad. Porque somos amigos y eso. —Se encogió de hombros y dio un sorbo a su café—. ¿Qué tal fue?

—¿El polvo?

—¡No, idiota! —bufó—. La audición.

—Bien, estoy dentro —suspiró con pesar.

—Pues no pareces satisfecho —indicó, desconcertada—. ¿Qué ocurre?

—La he cagado con Ryan Clark. Después de mi comportamiento de ayer, no permitirá que me acerque a él. Digamos que me pasé de intensito —reveló—. Dudo que esté involucrado, pero necesitamos averiguar si sabe algo de su hermano.

—Lo solucionarás. Nadie se resiste a tus encantos.

—Créeme, ese hombre es inmune a mis encantos.

—Te considero la persona más intuitiva que conozco. Seguro que ya te has formado una impresión de Ryan. ¿Qué perciben tus superpoderes de genio barra dios de la psicología?

—Le han causado mucho daño, está muy asustado y no se fía de nadie.

—Entonces preséntale al Liam bueno y amable que todos adoramos. Caerá rendido a tus pies.

—Me preocupa implicarme demasiado —admitió, cabizbajo.

—A juzgar por tu expresión de bobo al hablar de él, ya lo has hecho. Te gusta —expuso, palmeándole el hombro con afecto—. Confío plenamente en tu criterio; sin embargo, quiero que me prometas que irás con cuidado. Aunque Ryan sea inocente, lo rodea un montón de mierda.

—Sí, mamá —se rio.

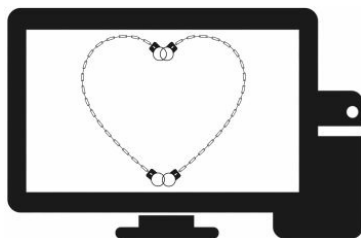
—¿A quién llamas mamá, imbécil? Soy más joven que tú —refunfuñó, airada.

—Eres un alma vieja.

—Y tú el tipo que depende de mí para que medio mundo no le vea la colita en internet.

—Vale, vale... ¡Me rindo! —Levantó las manos—. Gracias, *minifriki*. Charlar contigo me ha ayudado a poner la situación en perspectiva.

—De nada, mi estimado comecocos. Ha sido un placer. Y ahora, si me disculpas, me voy a dormir. Estoy reventada.



Capítulo 5

Tenía trece años cuando la conoció. La infancia de Ryan no había sido fácil y le costaba mucho bajar la guardia con los extraños. Apenas recordaba a sus padres biológicos. Sabía de su ascendencia hispana por parte de madre y que su padre no era buena gente. Estaba metido en temas turbios y eso los había conducido a la tumba. Tras su muerte, pasó por varios centros y casas de acogida. En algunos sitios, lo trataron mejor que en otros, pero siempre le faltó el calor de un auténtico hogar. Un par de familias mostraron interés en adoptarlo. Desistieron enseguida al reparar en su comportamiento extremadamente arisco y retraído. Quizá pensaron que el esfuerzo no merecía la pena. Había opciones menos complicadas. Entonces apareció Evelyn.

A pesar de que él no se lo puso fácil, ella jamás se rindió. Luchó como una leona para ganarse su confianza y su cariño hasta que logró que se abriera por completo. Resultó que Ryan también podía ser un niño alegre y afable en el lugar adecuado. A Evelyn la acompañaba un hijo de su anterior matrimonio: Andrew. Este le sacaba tres años y, desde el primer día, se convirtió en una fuente inagotable de fascinación y quebraderos de cabeza. En esa época, Ryan todavía estaba descubriendo su sexualidad. La mayoría de las reacciones de su cuerpo le parecían ajenas y confusas. Tardó en entender la razón de que considerase a Evelyn una madre y, sin embargo, fuese incapaz de llamar «hermano» a Andrew.

Aquel chico era tan cautivador como problemático. Su carácter rebelde atraía a Ryan y colmaba de preocupaciones a Evelyn. Solía lidiar a menudo con las quejas del instituto o las visitas de algún agente de policía por sus constantes transgresiones de la ley. Pronto las travesuras derivaron en una conducta delictiva. Ella hizo todo cuanto estuvo en su mano para encauzarlo. No solo fue en vano, sino que además casi arrastró a Ryan con él.

Andrew adolecía de una personalidad narcisista y manipuladora. Había reparado en el enamoramiento del pequeño y decidió usarlo en su beneficio. Aunque ni siquiera le gustaban los hombres, no tuvo ningún pudor en fingir que le correspondía para pedirle favores: distrae a la cajera mientras meto unas botellas en la mochila; coge el bolso de esa señora; guárdame este paquete en tu taquilla... Si encontraba resistencia, lo besaba y lo tocaba por encima de la ropa para que obedeciera. A medida que los crímenes que le encargaba se tornaron más peligrosos, también se vio obligado a aumentar las gratificaciones. Hacerle una paja y consentir que se la chupara un rato era un minúsculo precio a pagar a cambio de un lacayo servil que manejaba a su antojo.

Ryan fue arrestado a los quince y eso lo salvó. Alertó a Evelyn de que algo andaba mal. Ella no detuvo las pesquisas hasta averiguar qué sucedía bajo su propio techo. Horrorizada ante el deplorable comportamiento del hijo que había engendrado, resolvió enviarlo con unos tíos que vivían en Phoenix para alejarlo del menor. Al principio, Ryan la odió por ello. Pensaba que los había separado porque eran dos chicos o por el parentesco que los unía. Evelyn soportó cada uno de sus gritos y reproches con paciencia. Se esforzó por dialogar. Evitó un intento de fuga. Y finalmente, permaneció a su lado y le ofreció un hombro en el que llorar en cuanto él comprendió la verdad.

Tuvieron que transcurrir seis meses para eso. Andrew no había vuelto a cogerle el teléfono ni

respondía a los *emails* que le escribía desde su partida. Ryan había pasado de responsabilizar a Evelyn a echarse la culpa por confesarle que mantenían una relación en un momento de debilidad. El tiempo y la distancia le dieron la perspectiva que necesitaba para identificar las señales del engaño. Siempre habían sido muy evidentes, pero el amor lo cegaba. Una tarde llegó a casa del instituto, entró en su correo electrónico por costumbre, lo halló vacío y se derrumbó. La única madre que había conocido estuvo allí para sostenerlo. Ella lo había escogido por encima de su propia sangre.

Ahora se iba. Mientras contemplaba la cáscara marchita en la que se había convertido la mujer hermosa de sus recuerdos, Ryan se rompía por dentro. Había hecho lo imposible por salvarla, pagando costosos tratamientos y clínicas que se llevaban la mayor parte de sus ingresos y no cesaban de dilatar su permanencia en *Sueños Húmedos*. Dos años se transformaron en tres y luego en cinco. Aun así, no consiguió marcar la diferencia. El cáncer se había extendido por su cuerpo y estaba a las puertas de la muerte. Cuando Evelyn falleciera, las insignificantes migajas que quedaban de su esperanza se desvanecerían con ella. Ryan se preguntó por qué continuaba aferrándose a una fantasía.

Aguardar carecía de sentido. No había un hombre especial en su futuro. Renunció al amor el día que aceptó convertirse en Mark Allen. Debía ser práctico y asegurarse los medios para encarrilar su vida. Las maquinaciones despreciables del productor le habían brindado una excelente oportunidad. Con la exorbitada paga que recibiría por vender el último fragmento de su alma, saldaría la deuda, liquidaría las facturas del hospital y comenzaría de nuevo sin preocuparse por el dinero en una larga temporada. Había tomado una decisión. Se despidió de su madre con un beso en la mejilla, abandonó el cuarto, sacó su móvil y marcó el número que había estado a punto de tirar en infinidad de ocasiones. Al oír una voz masculina al otro lado de la línea, anunció con voz insegura:

—Soy Mark. Quería saber si podemos vernos en algún sitio.



Los nervios lo mataban. Tenía treinta y cinco años y parecía un adolescente inexperto en su primera cita. Liam se rio de sí mismo. Aquello no era una cita. Ignoraba por qué Ryan lo había llamado en realidad. No le había facilitado muchos detalles por teléfono. Solo que necesitaba hablar con él en persona. Habían quedado en un bar y ya llegaba quince minutos tarde. Tal vez ni siquiera se presentara. Liam jugaba con la etiqueta de su botellín de cerveza, planteándose cuánto margen debía darle antes de marcharse. Entonces lo vio cruzar el umbral y se alegró de haber esperado. Estaba guapísimo con la chaqueta de cuero que resaltaba su piel morena, unos vaqueros rotos, el cabello revuelto y el casco de motorista colgando del codo.

Ryan sondeó el local hasta que detectó a Aiden en una de las mesas del fondo. Lo saludaba con la mano para captar su atención y sintió que los ojos turquesa lo atravesaban. Llevaba una indumentaria informal de estilo *hipster*. En cualquier otro, la habría tachado de ridícula. A él le sentaba como un guante. «Esto ha sido un error», se dijo. Barajó seriamente la idea de girarse y volver sobre sus pasos, pero se obligó a desecharla, pues su impulso irracional lo dejaría con un problema sin resolver. Había decidido ser pragmático y no permitir que las emociones lo frenaran. Aiden era la opción lógica. Armándose de valor, fue a su encuentro.

—Perdona por el retraso. Había un tráfico horrible —se excusó Ryan, sentándose frente a su compañero—. Gracias por venir.

—Descuida —respondió Liam, dedicándole una sonrisa—. Te confieso que estoy intrigado. Pensaba que no querías verme ni en pintura.

—Sí, también te debo una disculpa por eso. No me porté bien contigo —admitió, avergonzado—. Necesito pedirte un favor.

—Por supuesto. —Lo observó con desasosiego—. ¿Qué ocurre?

—Zac me propuso pagarme el doble por cambiar de rol. Serás el dom —informó, esforzándose por emplear un tono casual.

—¡Joder! —exclamó, atónito—. ¿Fue por mi comportamiento en la audición?

—No, no... Tú no lo causaste —se apresuró a puntualizar—. Los suscriptores lo solicitaron.

—Sabes que no tienes que hacer nada que tú no desees, ¿verdad? —le recordó—. No permitas que te presionen.

—Nadie me presiona. Voy a acceder por el dinero. Planeo retirarme al terminar esta película y preferiría marcharme con algunos ahorros.

—Entiendo.

—El problema es que carezco de experiencia como sumiso y... Bueno, nunca me han penetrado —desveló, experimentando una gran incomodidad al confiarle un asunto tan íntimo—. No guarda relación con una masculinidad frágil. Siempre he querido probarlo, pero empecé muy joven en *Sueños Húmedos*. No me apetecía que mi primera vez fuera delante de una cámara. Después los hombres que se acercaban a mí solo buscaban follarse a una estrella del porno para presumir con sus amigos.

—Ya... —Liam frunció los labios con desagrado. En ocasiones, el ser humano le parecía repulsivo.

—Como vamos a coincidir en las escenas principales, he pensado que quizá te interesaría practicar un poco —sugirió, bajando la mirada con timidez—. Me ayudaría a actuar con más desenvoltura cuando filmemos.

—¿Me estás proponiendo que sea el primero? —inquirió, descolocado—. Mark... Creo que ha quedado bastante claro que me siento atraído por ti; sin embargo, apenas nos conocemos. Deberías compartir esa experiencia con alguien que te ofrezca confianza.

—No tengo a nadie en mi vida ahora mismo.

—Vale... —murmuró—. ¿Y te has planteado usar un juguete? La sensación es distinta que con una polla real, pero te serviría para acostumbrarte.

—Un juguete no puede someterme. He presenciado cómo muchos sumisos novatos se rompían mientras los grababan, ya que eran incapaces de soportar la presión. No le daré el gusto a Zac de verme así —adujo, perdiendo la calma, y luego se puso de pie—. Olvídalo. Llamarte ha sido una mala idea.

—Espera, por favor. —Lo sujetó por el brazo—. Accederé con una condición: si lo hacemos, será a mi manera y yo marcaré el ritmo. Sin discusiones ni reproches. Lo tomas o lo dejas.

—Lo tomo. Gracias —suspiró, aliviado.

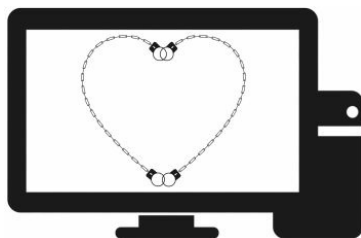
—Pues empieza por sentarte y decirme qué te apetece beber.

—Una cerveza estaría genial.

—Regreso enseguida.

Liam se dirigió a la barra preguntándose qué demonios acababa de suceder. ¿Se había vuelto completamente loco? ¿Qué mierda se le pasaba por la cabeza para responderle que sí? Aquello cruzaba la barrera de lo profesional a tantos niveles que ni siquiera sabía por dónde comenzar a enumerarlos: quebrantaba un millón de normas, no era ético, estaba mal e incluso le parecía cruel y mezquino. Había planeado acercarse a Ryan como un amigo, no convertirse en su profesor de sexo sdomasquista. ¿Qué se suponía que iba a enseñarle? Apenas tenía unas nociones básicas sobre el tema. Nunca imaginó que precisaría más. No obstante, había reaccionado por un impulso. Al reparar en que se disponía a marcharse, presintió que no contaría con otra oportunidad de ganarse su confianza. El actor se había tragado el orgullo para pedirle ayuda. Si lo rechazaba, su personalidad introvertida causaría que se cerrara en banda.

Además, había detalles que no le cuadraban y necesitaba llegar al fondo del asunto para recuperar la tranquilidad. Ryan sostenía que no lo presionaban, pero Liam recordaba las impertinencias que Zac le había soltado y la incomodidad de su compañero. En ese momento, no daba la impresión de ser el tipo de chico que vendería su primera vez a cambio de una paga doble. La había reservado durante años porque no hallaba a alguien especial y, de repente, elegía a un desconocido al azar para que lo iniciase. Sospechaba que había ocurrido algo muy grave y no descansaría hasta averiguarlo. Al menos, estando en sus manos, lo consolaba la certeza de que se esforzaría por tratarlo con decencia.



Capítulo 6

En menudo embrollo se había metido. La impulsividad no era una buena consejera. Liam notaba una presión en el pecho desde el preciso instante en que accedió a la propuesta de Ryan. Tras mantener la conversación más surrealista de su historia, fue incapaz de desenvolverse con el desparpajo habitual. Ambos bebieron sus respectivas cervezas mientras se esforzaban por encontrar temas banales que acortaran los silencios incómodos. Al reparar en que el actor buscaba la manera de sugerirle que lo acompañara a un lugar privado, Liam recurrió a una excusa improvisada para marcharse solo. Esa noche ni siquiera sabía por dónde empezar a ejercer su nuevo papel de dom.

El aturdimiento no desapareció en casa. Pasó horas navegando por la red, pero únicamente le sirvió para atraer a una molesta migraña. Existían demasiadas informaciones contradictorias y aterradoras sobre el BDSM. Al final, optó por rendirse y meterse en la cama. No sacaría nada en claro de internet. Por suerte, conocía al hombre adecuado para asesorarlo. Su mejor amigo no dejaba de despotricar acerca de los mensajes erróneos y nocivos que lanzaban productoras como *Sueños Húmedos*. Ahora necesitaba que le impartiera un cursillo acelerado para practicarlo con seguridad. Estaba convencido de que el cabrón disfrutaría de lo lindo cuando se lo pidiera.

Coincidió con Zane en la facultad y se cayeron bien desde el principio. Tenían muchos rasgos de personalidad en común, gustos afines y similares formas de ver el mundo. Procedían de familias que les exigían más de lo que ellos estaban dispuestos a dar y ambos se atrevieron a rebelarse. Uno ingresando en la policía y el otro montando su propio negocio. Al poco de concluir la carrera, Zane incursionó en el BDSM de la mano de una chica con la que tonteaba. Lo que descubrió en esa comunidad lo sedujo tanto que no la abandonó después de romper con su ligue. Al contrario, adoptó sus preceptos como una filosofía de vida y halló un modo de rentabilizarla, pues regentaba una tienda erótica especializada en BDSM.

Esa tarde Liam se acercó al establecimiento para charlar un rato con él. Una mujer con los brazos cubiertos de tatuajes y el pelo teñido de un rojo intenso apartó la vista de los artículos que estaba organizando y lo saludó con familiaridad. Se llamaba Tris. Era la novia de Zane desde hacía seis años y, por lo que sabía, también su sumisa. Aunque el inspector ignoraba lo que sucedía en la intimidad, pocas veces había conocido a una pareja así de compenetrada. Le daban cierta envidia. A lo largo de su etapa adulta, había mantenido varias relaciones y jamás compartió un vínculo tan profundo con nadie.

—¡Hola, preciosa! —Liam le dedicó una gran sonrisa—. ¿Dónde escondiste al feo de tu jefe?

—En el almacén —informó Tris, riéndose—. Espantaba a los clientes y lo mandé a por mercancía.

—¡Normal! Deberías abandonarlo y fugarte conmigo. Seríamos los nuevos Brangelina de Los Ángeles —bromeó al reparar en que su colega regresaba con una caja.

—Lo haría, pero me temo que no dispongo del equipamiento adecuado —repuso con un ademán guasón.

—Igual vendéis algún juguete que lo remediaría.

—De hecho, sí. Contamos con una extensa variedad de arneses. Tú ve eligiendo uno y yo recojo mis cosas. —Intercambió una mirada burlona con su chico—. ¡Ups! Nos ha pillado. Lo lamento, Liam. Tenemos que romper.

—Fue bonito mientras duró —suspiró con falso pesar.

—Me descuido un minuto y ya estás coqueteando con el primer chulito de playa que se cuele —le recriminó Zane, jocoso—. ¡Bienvenido, rubiales! ¡Dichosos los ojos! No te dejabas ver por aquí desde la inauguración. ¿Quieres comprar algo o solo te has pasado para robarme a mi novia?

—En realidad, vengo a hablar contigo. Necesito que me aconsejes sobre un tema delicado.

—Acompáñame a mi oficina. Estaremos más tranquilos —invitó, recuperando la seriedad.

En cuanto se encontraron arropados por la privacidad que les ofrecían las paredes del pequeño despacho, Liam no malgastó ni un segundo y se apresuró a contarle su problema sin entrar en detalles que pusieran en peligro la misión. Zane lo escuchó atentamente y no intervino hasta que su amigo terminó de explicarse. El desconcierto en su rostro era notorio al señalar:

—Nunca has mostrado ningún interés por el BDSM. Un día te propuse que me acompañaras a un evento y me miraste como si me hubiera aterrizado un ovni en la cara. ¿Por qué ahora?

—Él me preocupa y no quiero que le hagan daño. Prefiero que esté en mis manos antes que en las de algún desaprensivo —confesó Liam.

—¡Uf! Me has puesto la piel de gallina —afirmó, conmovido—. Si fuera gay y sumiso, te escogería como mi dom sin dudarlo.

—Gracias por meter esa imagen perturbadora en mi cabeza. —Fingió un escalofrío—. ¿Vas a ayudarme o piensas seguir riéndote de mí?

—No me reía. El anhelo de cuidar es uno de los pilares fundamentales de un buen dom —puntualizó—. Por supuesto que te ayudaré. Primero, olvídate de la mierda tóxica de *Sueños Húmedos* con la que sueles masturbarte. Ya te he dicho un millón de veces que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

—Empiezo a entender a qué te refieres. El porno es un negocio asqueroso.

—Y se limita a escenificar situaciones de abuso porque atrae a más pajilleros —agregó—. Para que sea auténtico BDSM, debe ser libre, consensuado, consentido, deseado e informado. La relación entre un dom y su sum se basa en el respeto, la honestidad, la comunicación, los cuidados, la confianza y la reciprocidad.

—Sin embargo, hay un componente muy importante de dolor y humillación —discrepó—. Incluso si se hace de mutuo acuerdo, herir a otro ser humano me genera incomodidad.

—¿Ves? Ahí es donde la mayoría de la gente vainilla os equivocáis. Engloba diversos tipos de dinámicas. No todo es sadismo y masoquismo. Tampoco consiste en sexo con violencia. Hay sumisos que no disfrutan con el dolor y dominantes que son masoquistas.

—Me he perdido. ¿Entonces qué hago? ¿Le leo a Paulo Coelho?

—¡Eso sí que sería una tortura! —Zane se carcajeó—. Antes de ponerte a sesionar, es imprescindible que construyas una relación de confianza. El BDSM no solo juega con lo físico, sino también con lo psicológico. El sum precisa confiar ciegamente en la persona a la que

entrega el control de su cuerpo y sus emociones. Eso lo mantendrá a salvo y sin miedo. Hablad mucho. Definid vuestros límites. Pactad las prácticas de antemano. Los límites jamás se sobrepasan y las prácticas siempre se respetan. En caso contrario, no es BDSM, es un abuso. Acordad una palabra de seguridad. Como sois primerizos, os recomiendo que uséis el código de colores de un semáforo: verde para continuar, naranja advierte que se está acercando al límite y rojo detiene la sesión. El sum puede interrumpirla y tienes que aceptarlo.

—De lo contrario, es un abuso. Lo he pillado. —Sonrió con alivio—. Las bases me gustan. Son las dinámicas las que me inquietan un poco.

—Comenzad con cosas suaves e id probando para descubrir qué os agrada y qué no. Estoy convencido de que, en alguna ocasión, habrás atado a tu pareja o utilizado un juguete en la cama porque os pareció divertido y emocionante. —Liam asintió—. Pues es un buen punto de partida. Ya subiréis de nivel a medida que os vayáis sintiendo cómodos en vuestras relaciones. Quiero regalarte uno de los libros que vendemos para que saques ideas.

»Por ahora, quédate con lo básico. La comunicación resulta clave antes, durante y después. Hay tres clases de límites: los «duros» no se traspasan bajo ningún concepto, los «blandos» se pueden practicar en momentos concretos si ambos estáis de acuerdo y los «de tiempo» cuando ya existe la confianza indispensable para hacer algo que, de entrada, os generaba aprensión. Los castigos son una parte importante de la disciplina que se impone en el BDSM. Se aplican si el sum infringe alguna de las normas de obligado cumplimiento que ha establecido su dom o desobedece una orden. Requieren el consentimiento del sumiso y deben ser proporcionales a la falta. Asimismo, presta atención a sus necesidades y deseos para recompensarlo si se lo merece. Y no descuides los cuidados posteriores: abrazos, besos, charlas, ducharse juntos... El *aftercare* sirve para terminar con un buen estado mental si el sexo fue muy intenso.

—Al fin comprendo por qué ese mundo te atrajo tanto. Seguro que es genial si lo compartes con la persona adecuada —expresó, maravillado.

—Sí, no lo disfruté plenamente hasta que encontré a Tris. Ella es perfecta para mí. —Curvó las comisuras de los labios—. Ryan también será afortunado. Te considero el tipo más decente que conozco y confío en que te convertirás en un magnífico dom. En cuanto marquéis las pautas, acércate a la tienda y te haré un descuento en los artículos que te apetezca llevarte. Y si te surge cualquier duda, ya sabes cómo contactarme.

—Gracias, Zane. Me has ayudado muchísimo. Ya tengo una idea clara de por dónde empezar.

Tras despedirse de sus amigos, abandonó el establecimiento con un libro nuevo debajo del brazo y una sensación de ligereza que no experimentaba al llegar. Había iniciado el día pensando que estaba metido en un entuerto que le venía grande e iba a concluirlo ilusionado. Esperó a entrar en su coche para llamar a Ryan. El hispano respondió al tercer tono. Su voz sonó ansiosa al declarar:

—Temía que no volvería a recibir noticias tuyas hasta la grabación.

—Ayer me comprometí a practicar contigo —le recordó Liam, risueño.

—Sí, pero parecías incómodo —apuntó con recelo—. Supuse que acabarías arrepintiéndote. No te lo reprocharía. Es un favor demasiado extraño para pedirle a alguien que apenas conozco.

—No me he arrepentido. Solo necesitaba hallar la manera adecuada de enfocararlo y creo que lo

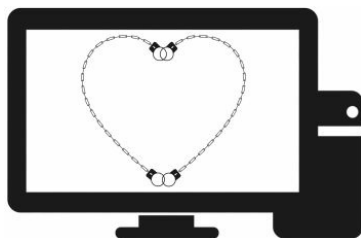
he logrado —matizó—. ¿Estás libre esta noche?

—Sí.

—Pues reúnete conmigo a las ocho en la dirección que voy a enviarte.

—¿Quieres que haga algún preparativo especial? ¿Una lavativa o...?

—Sí, ponte guapo y ven sin cenar.



Capítulo 7

Comprobó la dirección por enésima vez. Debía de haber algún error. Ryan había supuesto que Aiden quería que se reunieran delante de un motel. En su lugar, encontró un establecimiento de cocina italiana. La única explicación que se le ocurría era que se había confundido al escribir el nombre de la calle. Estaba a punto de llamarlo cuando lo vio doblar la esquina con una sonrisa que podría iluminar toda la ciudad y esa absurda ropa de *hispter* que solamente le quedaba bien a él. No cabía duda de que tenía una personalidad arrolladora. El hispano se mordió el labio.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —preguntó Liam, devorándolo con los ojos.

—No, acabo de llegar —respondió Ryan, cohibido por la intensidad de su escrutinio.

—Estás muy guapo. ¿Entramos?

—Es un restaurante —señaló, descolocado.

—Sí, o al menos lo era la última vez que lo comprobé.

—¿Qué vamos a hacer ahí?

—Por norma general, te sientas a la mesa y unas personas llamadas camareros te traen alimentos preparados —apuntó con una expresión jocosa—. Yo invito.

—¿Me invitas a cenar? —cuestionó, confundido—. Creo que me malinterpretaste. Ayer no te propuse que saliéramos juntos. Quería...

—Querías que te follara y te dominase. Lo entendí perfectamente; sin embargo, también accediste a dejarme marcar el ritmo. Considero necesario que nos conozcamos un poco antes de empezar a joder como conejos. Un sitio público y neutral es idóneo para un primer acercamiento —argumentó, restándole importancia—. Además, aquí se come de maravilla. Te prometo que soy mejor compañía de lo que aparento. Mis amigos me acusan de contar demasiados chistes malos, pero lo compenso con una amplia selección de datos inútiles. Por ejemplo, ¿sabías que una marmota duerme hasta siete meses seguidos?

—¡Qué bien te vendes! —no pudo evitar reírse—. Aceptaré con una condición: pagamos a medias. No es una cita.

—¡Por supuesto que no es una cita! ¿Me has tomado por un monstruo? Eso sería horrible. —Simuló un escalofrío—. Mi contraoferta: en la próxima «no cita», pagarás tú.

—Vale —accedió con una pequeña sonrisa—. Eres un tipo muy peculiar.

—Pues espera a que te diga cuánto mide la madriguera de una marmota. Caerás rendido a mis pies.

—¿Es una amenaza? —se burló.

—No, es una promesa. —Apoyó la mano en su espalda para conducirlo a la puerta—. ¿Has olvidado que pronto seré tu dom? Podré ordenarte que te arrodilles.

—En cambio, prefieres alimentarme. No consigo comprenderte.

—Forma parte de mis rarezas: me gusta hablar con hombres atractivos e inteligentes.

Ryan enmudeció mientras ingresaban al interior del local. Pese a que Aiden lo había soltado

como una broma para quitar hierro al asunto, su comportamiento resultaba más extraño de lo que imaginaba. A la mayoría de los individuos que se le acercaban lo último que les interesaba era charlar. Cualquiera de ellos lo habría llevado a un motel sin pensárselo dos veces. «Supongo que por eso lo escogí. Él es diferente», se recordó. En cierto modo, también lo convertía en una amenaza. Corría el riesgo de olvidar el verdadero propósito. No necesitaba esa clase de complicaciones en su vida. En cuanto se acomodaron en una mesa, lo ignoró y se entretuvo ojeando la carta para marcar una distancia.

—¿Ya memorizaste los entrantes? —se pitorreó Liam—. Ese trozo de papel no es una barrera tan efectiva como crees. Veo girar los engranajes de tu cerebro desde aquí. —Ryan lo observó con sorpresa—. No hay intenciones ocultas en mi invitación. No mentía. Te he traído para que nos conozcamos mejor.

—¿Por qué? ¿Qué importancia tiene? —interpeló, suspicaz.

—Nunca he practicado BDSM más allá de algún juego puntual. No sabía cómo ser un buen dom —desveló con tranquilidad—. Mi amigo lleva una década metido en la comunidad y me recomendó que construyera una relación de confianza. Es imprescindible que estés cómodo conmigo cuando me entregues el control. Así te sentirás a salvo.

—Los actores de *Sueños Húmedos* no seguimos ese procedimiento antes de filmar juntos una escena —alegó, arrojándole una mueca obstinada.

—Si no recuerdo mal, me comentaste que muchos sumisos sufrían colapsos porque no soportaban la presión. Tu productora escenifica abusos, no auténtico BDSM. Nosotros lo haremos bien o no lo haremos.

—Perdona. Me he puesto a la defensiva. En ocasiones, no puedo evitarlo —se disculpó, suavizando el tono—. Aprecio que te tomaras la molestia de investigar, pero no voy a quedarme en Los Ángeles. Planeo marcharme en cuanto finalice el rodaje.

—En ese caso, mantendremos una bonita amistad con derecho a roce. No esperes que te someta a situaciones extremas sin preocuparme por ti. Va en contra de mis principios.

—Eres demasiado bueno para el porno —declaró, curvando las comisuras de los labios con dulzura.

—Tú también.

—A mí no me dejaron alternativa —confesó sin entrar en detalles—. ¿Cuál es tu historia?

—Digamos que fue la rebeldía la que me trajo hasta este punto. Mis padres lo resumirían como una escandalosa carencia de ambición y una serie de pésimas decisiones. Son unos psiquiatras muy respetados en su campo. Pretendían que mi hermano y yo siguiéramos sus pasos. Noah no puso objeciones. Yo preferí tomar mi propio camino.

—En la prueba, afirmaste que eras hijo único.

—No quería dar información sobre mi vida privada —improvisó una excusa.

—Creaste un personaje —dedujo—. Hice lo mismo al principio. Como soy bastante introvertido, me inventé una personalidad opuesta delante de las cámaras para sobrellevarlo. Finjo tanta chulería y seguridad que incluso logro creérmelo durante unas horas. Ni siquiera me llamo Mark. Mi verdadero nombre es Ryan.

—Prefiero a Ryan. Me atrae más que Mark —aseveró, complacido porque al fin comenzaba a abrirse.

—Si no te interesa la psiquiatría, ¿a qué te gustaría dedicarte?

—Estoy en proceso de averiguarlo —expuso, negándose a emplear la trillada tapadera del actor fracasado con él. No podía revelarles datos que pusieran en peligro la investigación, pero tampoco deseaba mentirle más de lo preciso—. Aunque estudié psicología para desafiar a mis padres, no me apetece ejercer.

—Pues serías un gran psicólogo. Se te da genial leer a la gente.

—Me lo dicen a menudo. —Liam se rio—. Cuéntame algo de ti.

—No hay mucho que contar —murmuró, encorvando los hombros—. Solo tengo a mi madre adoptiva y ella es una mujer admirable. Siempre me ha apoyado.

—¿Algún hermano?

—No. —Un destello de dolor cruzó por su rostro antes de enterrarlo en la carta—. ¿Qué plato me recomiendas?

—Hasta veinte metros de largo y tres de profundidad. Es lo que mide la madriguera de una marmota —informó al reparar en que volvía a ponerse en guardia.

—Te encantan esos bichos, ¿no? —Ryan emitió una carcajada incrédula.

—Sí, son adorables —manifestó, sosteniéndole la mirada—. Al contemplar sus preciosas caras asustadas, me dan ganas de abrazarlas y susurrarles al oído que voy a protegerlas.

—Igual ellas no quieren que las abracen. ¿No te lo has planteado? —contestó con un gesto retador.

—Entonces les demostraré que no hay nada de malo en confiar en otra persona si es la adecuada.

—Aiden... —farfulló a modo de advertencia.

—Aquí preparan un *rissoto* a la parmesana delicioso.

—¡Estás como una cabra! —exclamó, incapaz de ocultar su diversión—. Supongamos por un momento que esos pobres animalitos atemorizados deciden entregarte su confianza. ¿Cómo les corresponderías?

—Cuidaría muy bien de ellos y me ocuparía de todas sus necesidades. —Le guiñó un ojo—. Puedo ser un dueño estricto y atento a la vez.

—¡Uf! —resopló, acalorado—. Quizá el coqueteo de marmotas sea excesivo para una primera «no cita».

—A mí me ha parecido perfecto.

—Eres único rompiendo el hielo —le concedió—. ¿Pedimos antes de que tu nueva mascota se muera de hambre?

—Ponte en mis manos —sugirió, levantando un brazo para llamar al camarero.

—Ya estoy en tus manos, Aiden.

—Y yo me emplearé a fondo para que no te arrepientas.

Ryan presentía que no alcanzaría a evitarlo. Habían iniciado un juego extremadamente arriesgado y no guardaba relación alguna con el BDSM. Soportaba el dolor físico; lo que de verdad le preocupaba era el emocional. Todo habría resultado más sencillo si Aiden hubiera sido otro cabrón que pretendía follar a una estrella del porno para fardar de sus hazañas. En cambio, aquel idiota había tenido la estúpida ocurrencia de invitarlo a cenar y tratarlo como a un ser humano. «Si al menos no me atrajera tanto», se lamentó.

A lo largo de la velada, continuó buscando excusas para detestarlo y el rubio no cesó de neutralizarlas. El sentido del humor y la colección de datos inútiles lo desarmaron por completo. Cuando consiguió relajarse lo suficiente, incluso disfrutó de la comida y la conversación. El postre llegó demasiado rápido y se sorprendió a sí mismo anhelando que la noche no concluyera. A pesar de sus enérgicas protestas, Aiden insistió en ocuparse de la cuenta.

—¿Dónde aparcaste la moto? —inquirió Liam, sosteniéndole la puerta para que saliese.

—Al final de la calle —indicó Ryan.

—Te acompaño. También voy en esa dirección.

—Podrías seguirme hasta mi casa o llevarme a la tuya —propuso con un ademán tímido.

—Hoy no —desechó, acariciándole el hombro.

—¿Cuándo?

—Muy pronto. Antes debemos discutir algunos puntos cruciales. Mañana te llamaré para volver a quedar y escogerás tú el sitio.

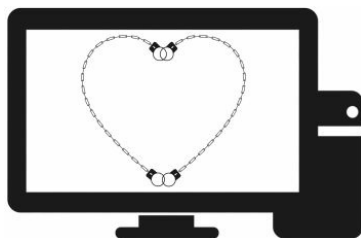
—¡Esto es ridículo! No necesitas cortejarme. Ya acepté acostarme contigo —le recordó, exasperado.

—¿Sabes? Tu falso cinismo no me engañó el primer día y tampoco lo hará ahora —repuso, inalterable, y echó a andar—. ¿Vienes?

—¿Psicoanalizas a toda los hombres que conoces?

—No, solo a los que planeo poner a mi merced —replicó, adoptando un tono travieso.

—Sin duda, tienes madera de dom —refunfuñó, y aceleró el paso para caminar a su lado—. Te chifla martirizar a los demás.



Capítulo 8

La noche anterior no había tenido una cita. Daba igual que Aiden hubiera escogido un restaurante agradable, hubiera insistido en pagar la cuenta y se hubiera despedido con un inocente beso en la mejilla y la promesa de que lo llamaría al día siguiente. No fue una cita. Solo perdían el tiempo. Ryan llevaba repitiéndose la misma cantinela desde que se separaron. Apenas pegó ojo por su culpa. El frustrante y atractivo rubio estaba empeñado en ganarse su confianza para practicar sexo duro. Una ocurrencia disparatada tras la manera en la que se habían conocido.

A Ryan no le interesaba crear un vínculo sagrado con su dom ni demás gilipollices por el estilo. Lo único que necesitaba era habituarse a los golpes, las vejaciones y a ser follado por el culo antes de ponerse delante de una cámara. La cocina italiana no ayudaría cuando Zac registrase cada instante del culmen de su humillación. Ansiaba destrozarlo psicológicamente y él no estaba dispuesto a complacerlo. Grabaría la película, mantendría la compostura y se iría con cierta dignidad.

Por supuesto, Aiden ignoraba una parte crucial de la historia. Ryan prefería no involucrarlo. No dudaba de sus buenas intenciones, pero nunca le había gustado abrirse con los extraños. El dolor por las traiciones sufridas continuaba muy nítido en su memoria. Aislarse del mundo se había convertido en un mecanismo de supervivencia. En el fondo, comprendía el argumento de su compañero: el auténtico BDSM se consensuaba. Existían normas y límites para garantizar la seguridad de los participantes. Aiden pretendía recrear ese tipo de relación. Sin embargo, *Sueños Húmedos* era otra cosa.

Ahora entendía la diferencia. Al empezar en la productora con veintiún años, no sabía nada sobre BDSM. Sus encuentros íntimos hasta la fecha habían sido bastante convencionales. Tampoco tenía demasiada idea cómo funcionaba la industria del porno. De repente, aterrizó en un negocio que le resultó nuevo y ajeno. No era un chico cándido. Nadie que hubiera pasado por sus trágicas experiencias podría serlo. Aun así, la primera grabación a la que asistió le causó un fuerte impacto.

En ocasiones, cerraba los párpados y todavía era capaz de verla. Un chaval no mucho mayor que él permanecía de rodillas en el centro de una habitación. Estaba completamente desnudo. Llevaba las manos esposadas y una mordaza de bola en la boca. Su rostro se crispaba de dolor y las lágrimas empapaban sus mejillas mientras le estampaban un látigo contra la espalda. No detectó placer en sus ojos, solo pánico y agonía. Tras una interminable sesión de tortura, cuatro individuos se turnaron para sodomizarlo sin una pizca de delicadeza.

Cuando el rodaje llegó a su fin, se quedó tirado en el suelo, inmóvil, sollozando. Ryan contuvo el aliento. Conservó la esperanza hasta el último segundo de que fuera una simple actuación. Al reparar en que tenían que levantarlo entre dos personas, ya que ni siquiera se mantenía en pie, asimiló la trágica verdad. Luego lo asearon un poco, lo vistieron y lo metieron en un taxi. No volvió por el estudio. Ryan aún se preguntaba qué fue de él. Ese día se hizo una firme promesa: jamás se sometería a un martirio similar ni trataría a otro ser humano con tanta crueldad.

Trazó líneas rojas que no cruzaría. Siempre se tomaba la molestia de charlar un rato con sus coprotagonistas para saber las suyas. Incluso se negó a participar en varias escenas por

considerarlas desproporcionadas y brutales. Al principio, su actitud enfureció al productor, quien se había acostumbrado a disponer de los actores como simples mercancías sin voluntad. No alcanzaba a concebir que precisamente un hombre que le debía una inmensa cantidad de dinero se atreviera a desafiarlo. No obstante, se vio obligado a ceder en cuanto ese enfoque comenzó a atraer suscriptores. Ryan captó a un nuevo perfil de clientes que prefería los juegos de dominación a las prácticas más salvajes.

Eso no significaba que hubiese perdonado su desobediencia. A medida que la popularidad de Ryan crecía, también aumentaba el rencor. Pese a que le llenaba los bolsillos, el cambio seguía sin complacerlo. Zac era un sádico degenerado y aborrecía la versión descafeinada en que había derivado la página. Además, la historia que lo unía a Andrew despertaba su inquina hacia el hermano menor. Recurrió a una infinidad de estratagemas despreciables para menoscabarlo como parte de una enfermiza venganza. La más dolorosa fue la desaparición de Enrique.

Enrique Santos era un chico de origen mexicano que buscaba una oportunidad de ganarse la vida y ayudar a sus padres. La juventud y el físico agraciado le abrieron las puertas de *Sueños Húmedos*. Por aquel entonces, Ryan llevaba diez meses trabajando con ellos y conocía el cenagal donde iba a meterse. Quizá se debiera a que tenían la misma edad o a sus raíces comunes, pero en cierto modo se sintió responsable de él.

Nunca existió nada romántico entre ellos. Enrique se consideraba heterosexual y Ryan no estaba disponible emocionalmente. Aun así, llegaron a construir una improbable e inusual amistad. Cuando se enteraron de que filmarían juntos, Enrique adoptó una medida que Ryan imitaría mucho tiempo después: le imploró que ensayaran detrás de las cámaras. Según le explicó, ya había mantenido relaciones sexuales con hombres a cambio de dinero; sin embargo, era un inexperto en el BDSM. En contra de su buen juicio, el veterano aceptó.

Recordaba las tardes que pasaron encerrados en su cuarto con nostalgia y cariño, pues fue la época en que Ryan se reconcilió con ese mundo. Vivió a través de Enrique la satisfacción de ceder el control y someterse a la voluntad de un amante. Contempló el placer en su cara cada vez que lo azotaba o restringía sus movimientos. Escuchó los gemidos extasiados mientras le sujetaba las muñecas por encima de la cabeza y bombeaba entre sus muslos. Y al fin entendió que el vacío en el pecho que lo atormentaba desde la adolescencia respondía a una acuciante necesidad de pertenecer a alguien. Por eso se resistía tanto a adoptar ese rol. Lo reservaba para un amo digno.

El rodaje que compartieron fue el único agradable de toda su carrera en el cine para adultos. La química que tenían traspasó la pantalla y fascinó a los espectadores. Enrique se mostraba feliz porque sus ganancias le permitirían contribuir a los gastos domésticos. La aflicción de Ryan se aligeró al hacer un amigo. Parecía que las cosas empezaban a mejorar y, de pronto, el mexicano se desvaneció sin dejar rastro.

Ryan había intentado contactarlo en numerosas ocasiones y no le cogía el teléfono. Inquieto, se desplazó al humilde edificio de apartamentos donde residía la familia Santos para cerciorarse de que se encontraba bien. Sus padres le desvelaron entre sollozos que hacía una semana que no lo veían. Nunca les comunicó que se marchaba ni tampoco se llevó ninguna de sus pertenencias. De hecho, el día de su partida debía recoger a sus hermanos pequeños en el colegio y no se presentó. Estaban preocupados, ya que ese comportamiento era impropio de su hijo. «Mi Enrique es un chavo bueno y responsable. No nos haría sufrir así», le garantizó la madre. A pesar de que

acudieron a la policía, no esperaban que movieran un dedo para localizar a un inmigrante.

Empujado por su profundo desasosiego, Ryan cometió el error de preguntarle a Zac. Como no podía ser de otra forma, este negó cualquier conocimiento sobre su paradero. No lo delató el semblante inexpresivo, ni su tono indiferente, sino el brillo de maligna complacencia en la mirada. Se asemejaba al deleite de un niño que rompía el juguete de un compañero por la mera gratificación de verlo llorar. Ryan comprendió con horror que era el responsable de su misteriosa desaparición. En ese momento, decidió que no volvería a crear vínculos mientras estuviese bajo su yugo. No le proporcionaría la excusa para dañar a más inocentes. Aprendió por las malas que si pretendía sobrevivir tenía que lograr que lo subestimase. Esa fue la parte fácil.

Jamás cesó de buscar a Enrique. A lo largo de los años, se coló varias veces en la oficina del productor durante su ausencia y desenterró suficientes trapos sucios para meterlo una temporada entre rejas. Lo único que le impedía usarlos era que el cabrón se relacionaba con gente muy peligrosa. Si iba a por él, su madre saldría herida. La pesadilla estaba a punto de concluir y consideraba absurdo correr riesgos innecesarios. Además, había renunciado a la esperanza de hallar a alguien especial con quien compartir sus anhelos. La próxima película sería la estocada definitiva que aquel cerdo propinaría a su maltrecho orgullo. Hasta que Aiden se cruzó en su camino.

Zac lo había seleccionado para ponerlo en un aprieto. Sin embargo, no contaba con que el rubio fuera un tipo decente. Tampoco con la atracción instantánea que nació entre ellos. Ryan le dejó tomar las riendas en la audición porque resucitó un deseo que casi había olvidado: el deseo de entregarse, de sentirse subyugado, mimado y protegido. Al probar una pequeña muestra, su miedo fue razón suficiente para alejarse.

Luego la situación cambió y se convenció de que no sucedería nada malo por demandarle un favor. Ahora ya no estaba tan seguro. Si permitía que lo suyo continuara evolucionando, no solo comprometería su corazón, sino también la vida de Aiden. Se planteó si no sería mejor poner distancia entre ellos antes de que fuera demasiado tarde. Como si de una retorcida broma del destino se tratara, el culpable de sus desvelos llamó en ese preciso instante.

—¡Hola, guapo! Estaba pensando en ti —lo saludó Liam—. ¿Tú pensabas en mí?

—No —respondió Ryan, cortante—. ¿Qué quieres?

—¡Auch! ¡Eso ha dolido! —se quejó sin desalentarse—. ¿Me darás cualquier cosa que solicite?

—Voy a colgar —advirtió, arrugando el entrecejo.

—¡No, aguarda! ¡Joder! Hoy estás de mal humor —señaló con asombro—. Me apetece verte. ¿Quedamos?

—¿Para qué? ¿Harás lo único que te he pedido? ¿O planeas llevarme a otra absurda «no cita» y soltarme más chorradas sobre las marmotas?

—Vale. Es obvio que te ha ocurrido algo grave —expuso, adoptando un tono cauteloso—, y me lo vas a contar. Podemos encontrarnos en un sitio neutral o me planto en tu puerta. Elige.

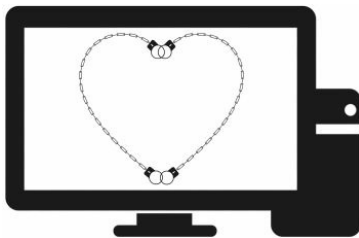
—No sabes la dirección.

—Le diré a Zac que me la facilite.

—¿Te has vuelto loco? No tienes ni puta idea de... —comenzó a protestar, alarmado, antes de

caer en la cuenta de que no debía seguir hablando. Lanzó un suspiro al aire y claudicó—: Tú ganas. ¿Te importaría desplazarte hasta mi zona? Dormí fatal y prefiero no coger la moto.

—Sin problema.



Capítulo 9

Presintió que no sería una velada sencilla en cuanto Ryan cruzó el umbral del pub irlandés donde lo había citado. Su cara de pocos amigos lo decía todo. Liam se armó de paciencia e hizo acopio de mano izquierda para tratar con él. Comprendía que se encontraba en una situación terrible y que le costaba relacionarse con los demás. Quizá le hubiera solicitado su ayuda; sin embargo, eso no significaba que fuera a bajar la guardia tan fácilmente. Lo obligaría a luchar para ganarse su confianza. Estaba dispuesto a esforzarse, pues consideraba que el chico merecía la pena.

—Hola —farfulló Ryan, y se dejó caer en una silla frente al rubio.

—Pareces agotado. —Liam lo estudió con atención—. ¿Qué ocurre?

—Yo... —comenzó a hablar antes de detenerse de manera abrupta. Inspiró hondo y reunió el valor para declarar—: Me equivoqué al involucrarte en mis problemas. No quiero complicarte la vida.

—¿Vas a rechazar el cambio de rol?

—No, pero...

—Entonces permíteme tomar mis propias decisiones —demandó, empleando un tono tranquilizador—. Explícame qué te inquieta en realidad.

—Zac es una mala persona.

—Sí, ya había llegado a esa conclusión.

—Deberías largarte de *Sueños Húmedos* —recomendó, serio—. No grabes la película.

—¿Te marcharías conmigo?

—Imposible.

—¿Por qué?

—No sigas indagando. Solo he venido a advertirte porque amenazabas con pedirle mi dirección.

—¿Qué me habría pasado si lo hubiera hecho? —insistió, rehusándose a olvidar el tema.

—Aiden, por favor —masculló, y agachó la cabeza, angustiado.

—Por algún motivo, te preocupa que se entere de que nos relacionamos fuera del estudio. No estás asustado por ti, sino por mí —especuló, y le sujetó la barbilla para forzarlo a hacer contacto visual—. Ya hirió a alguien que te importaba, ¿verdad?

—¿Cómo puedes deducir tantas cosas únicamente con mirarme? —inquirió, perplejo.

—Soy bueno interpretando las expresiones de la gente. ¿Sabes qué más se me da bien? La discreción. Nunca lo descubrirá. —Dejó una suave caricia en su mejilla antes de retirar la mano—. Si me dices que te lo has pensado mejor y que ya no necesitas practicar conmigo, tendrás todo mi apoyo, pero no esperes que me desentienda de ti. Eso no va a suceder. Somos amigos, ¿recuerdas?

—No he cambiado de idea. El dinero me facilitará empezar de cero en otra parte.

—En ese caso, imagino que todavía soy el dom titular —bromeó, logrando que Ryan curvase las comisuras de los labios—. Estás muy guapo cuando sonríes.

—¿Por qué alguien tan inteligente como tú querría meterse en las cloacas del porno?

—Tú lo hiciste. —Se encogió de hombros—. También tengo mis motivos. Algún día ambos seremos capaces de sincerarnos al respecto. Entretanto, podríamos tomarnos unas cervezas y aprovechar para conocernos. ¿Qué opinas?

—Vale.

—Excelente elección —aprobo, risueño, y llamó a la camarera.

La mujer acudió presurosa a atenderlos. Cayó tan rendida ante el encanto natural de Aiden que, en cuestión de un par de minutos, ya estaba depositando dos jarras rebosantes de la espumosa bebida sobre su mesa. Ryan lo contempló con un afecto que cada vez le costaba más ignorar. Siempre conseguía descolocarlo. Había llegado al pub con la firme determinación de poner distancia entre ellos, pero bastó una breve charla para desmontar todos los argumentos que se había expuesto a sí mismo. En su fuero interno, sabía que anhelaba que lo disuadiera desde el principio. Él tampoco deseaba alejarse. Incluso si era egoísta consentir que corriera peligro para conservarlo unas semanas a su lado. Aquel hombre le despertaba emociones que creía muertas y enterradas. Intentó convencerse de que, en esa ocasión, sería cuidadoso y eludiría las sospechas del productor. Lo mantendría a salvo.

—Deja de darle vueltas a esa preciosa cabecita tuya —sugirió Liam con el vaso a medio camino de la boca—. Nadie me hará daño.

—Me acojonas —comentó Ryan sin salir de su asombro—. ¿Lees la mente?

—No lo necesito. Eres muy obvio —se burló—. Me gusta esta zona. ¿Llevas mucho tiempo en Pasadena?

—Desde que mi madre me adoptó. Crecí aquí. De momento, me quedo en su apartamento —dilucidó—. ¿Tú dónde resides?

—En Silver Lake. Mis padres me compraron una casa a tres calles de la suya cuando terminé la universidad. Aún no sabían que me convertiría en una total decepción para ellos. Son asquerosamente elitistas.

—¡Qué maravilla! Estás cerca del parque Griffith y del observatorio. Adoro ese lugar —expresó, admirado, y dio un largo trago a su cerveza—. ¿Vives solo o tienes novio? Ahora que lo pienso, debí preguntártelo antes de proponerte que me follaras.

—Estoy soltero —desveló tras una sonora carcajada.

—¿Por qué? Eres un tipo atractivo, con cerebro y sentido del humor. Me extrañaría que te faltasen candidatos.

—Tú tampoco estás nada mal. —Le guiñó un ojo—. Mantuve varias relaciones, un par de ellas serias, pero no funcionaron. Con el último llevaba cuatro años, uno de ellos conviviendo. Un día llegué temprano para sorprenderlo y me encontré con sus maletas en la puerta. Planeaba escabullirse mientras yo seguía en el trabajo.

—¡Menudo cobarde!

—Al exigirle una explicación, me soltó el típico discursito de «no eres tú, soy yo»: no estaba

preparado para el compromiso, se sentía atrapado, le apetecía explorar con otros... —relató, componiendo un mohín irónico—. No me tragué su sarta de tonterías ni por un segundo. Lo presioné hasta que confesó que se tiraba a un compañero del gimnasio. Me aseguró que se amaban. Habían acordado romper con sus parejas para disfrutar del idilio sin ningún obstáculo.

—¡Qué gilipollas! Te hizo un favor.

—Sí, opino igual que tú. Echando la vista atrás, me doy cuenta de que no habríamos durado porque teníamos demasiados problemas —admitió, y casi vació su jarra—. En ese momento, me deprimí bastante. A pesar de mis esfuerzos, él consideraba que no mereciera la pena luchar por lo nuestro. Un desengaño socava la autoestima de cualquiera.

—Te entiendo mejor de lo que crees —suspiró con tristeza—. Aunque nunca anduve sobrado de autoestima, *Sueños Húmedos* se la cargó por completo. Desconfío de las intenciones de cada hombre que me dirige la palabra. Siempre dudo de si les intereso realmente o solo buscan darse un revolcón con el actor porno. Ya me ha pasado. A los seis meses de trabajar en la productora, se me acercó un chico que parecía majo y acepté tomarme unas copas con él. Íbamos por el primer cubata cuando me espetó que fantaseaba con que lo atara, le propinase una paliza brutal y lo violara con mi puño.

—¡Joder! —exclamó, boquiabierto—. Hay un montón de chálados sueltos por el mundo.

—En cuanto le aclaré que no practicaba BDSM fuera del estudio, recurrió a una excusa ridícula para largarse. —Dibujó una sonrisa melancólica y acabó su consumición—. Al poco tiempo, me encontré en una tesitura similar con un perturbado. Se puso violento, me gritó e incluso amenazó con agredirme. Decidí ahorrarme el mal trago y no he vuelto a salir con nadie. Hasta el día de tu prueba estaba convencido de que odiaba la intimidad. Fue la primera vez que experimenté placer en años. Me rompiste los esquemas. Supongo que por eso me asusté tanto y me puse a la defensiva contigo.

—Gracias por contármelo. Me alegra que por fin seamos capaces de hablar sin tapujos —celebró, alargando el brazo para tomar su mano por encima de la mesa y darle un firme apretón—. Como quiero ser honesto al respecto, te diré que solía masturbarme con tus vídeos. No soñaba con tener tu puño incrustado en el trasero, pero la chulería de Mark me ponía cachondo. Luego te conocí y me sentí fascinado por la dulzura y la timidez que se ocultaban bajo la fachada. A Ryan no solo me lo follaría, también lo abrazaría el resto de la noche.

—Intuía que eras un tipo decente —murmuró, turbado por las impactantes palabras.

—¿Pedimos otra ronda?

—Buena idea.

Contra todo pronóstico, compartieron una velada muy agradable. A medida que Ryan se relajaba, comenzó a mostrar su auténtica personalidad que nada tenía que ver con el chico taciturno y arisco del principio. En la compañía adecuada, era divertido, ingenioso y un gran conversador. Liam estaba tan a gusto que empleó cada medio a su alcance para retrasar el temido momento de la separación. Entre risas, confidencias y cervezas, las horas iban transcurriendo sin que ninguno se percatase. Cuando les comunicaron que se disponían a cerrar, ambos estaban bastante ebrios. Pagaron las últimas consumiciones y se marcharon a regañadientes.

—No deberías conducir así —aconsejó Ryan en la puerta del local.

—Llamaré a un taxi —resolvió Liam con indiferencia.

—¡Qué estupidez! Mañana necesitarás otro para venir a recoger tu coche. Dudo que te sobre el dinero y es una chorrada que lo malgastes de esa forma. Quédate a dormir en mi casa. Solo tardaremos cinco minutos en llegar andando.

—No creo que sea recomendable —objetó, indeciso.

—¿Qué piensas que voy a hacerte?

—¿Violarme con tu puño? —Curvó las comisuras de los labios con socarronería.

—¡Idiota! —El hispano se carcajeó—. Si sigues empeñado en cortejarme como a una dama del siglo XIX, hay un sofá en la salita.

—¿Y si me asalta la tentación de colarme en tu cama a hurtadillas en plena madrugada?

—Te esperaré desnudo o cerraré con llave. Lo que prefieras.

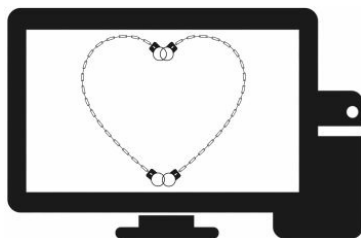
—Lo que prefiero no es lo correcto —replicó con un gesto pícaro.

—Somos dos hombres adultos, Aiden. Estoy convencido de que podremos pasar una noche bajo el mismo techo sin trastocar tu plan maestro de convertirte en el perfecto dom.

—¿Tu madre no se molestará?

—Ella está fuera.

—De acuerdo —accedió tras meditarlo un instante—. Me apetece ver el hogar donde creciste.



Capítulo 10

El corto paseo hasta la casa de Ryan le sirvió para despejarse un poco. Subir cinco plantas por las escaleras terminó de espabilarlo. El viejo edificio no contaba con ascensor. Liam jamás se alegró tanto de haber dejado el tabaco como aquel día. No era un apartamento demasiado espacioso, pero saltaba a la vista que estaba muy limpio y ordenado.

Mientras Ryan encendía las lámparas, se dedicó a curiosear por la salita con cocina abierta. Le llamó la atención que no hubiera fotos ni recuerdos familiares. Las baldas estaban repletas de libros, CD de estilos variados y una extensa colección de juegos de consola. Completaban el mobiliario una mesa con cuatro sillas, un sofá de tres plazas, una mesita auxiliar y una estantería baja sobre la que reposaban una televisión grande, un equipo de música y una Playstation.

—¿Te apetece tomarte la última antes de irnos a dormir? —propuso Ryan, abriendo la nevera.

—¡Claro! Nunca le digo que no a la cerveza —aprobo Liam, y se derrumbó en el sofá, agotado.

—Se nota que no soy una cerveza.

—¿Cuándo te he dicho que no? —Esbozó una sonrisa de lado y lo observó con un brillo travieso en los ojos.

—Siempre que nos encontramos —recalcó, mordaz, entregándole un botellín y acomodándose cerca—. Empiezo a pensar que no te gusto.

—Por supuesto que me gustas. Me vuelves loco.

—¿Y por qué sigues rechazándome?

—No te rechazo. Lo pospongo. El BDSM me asusta y no quiero hacer algo que te lastime de verdad.

—Perdona. Soy un egoísta —se disculpó con una punzada de vergüenza—. Estaba tan centrado en mis problemas que olvidé que para ti también es la primera vez.

—Honestamente, tampoco me fío un carajo de mi autocontrol. Si te toco, no podré detenerme.

—Tócame —imploró sin apartar la mirada.

—Eres un niño muy descarado —se burló, abandonando la cerveza en la mesita auxiliar.

—No solía serlo —declaró, y se mordió el labio—, sin embargo, no consigo sacarme tu audición de la cabeza.

—No hagas eso. Me pone a cien.

—¿El qué? ¿Esto? —Repitió el tic.

—¡Joder, Ryan! —se quejó antes de sujetarlo por la nuca y atraerlo para un beso hambriento.

Liam saboreó, chupó y poseyó la seductora boca. Su lengua se deslizó por las comisuras y se abrió camino hacia el interior. Gimiendo bajo sus caricias, Ryan le hundió los dedos en el cabello. La lujuria y la urgencia fluían entre ellos como una corriente eléctrica. En cuestión de segundos, el actor estaba a horcajadas sobre su regazo. Las palmas del policía se aferraron al firme trasero para sostenerlo más cerca. El hispano mecía las caderas, causando una fricción que

casi le arrebató la cordura por completo. Luego mordió una senda desde la mandíbula al cuello y ascendió de nuevo hasta la oreja. Cuando Liam percibió las manos trabajando en su bragueta, apenas le quedaban fuerzas para oponerse. Respirando de forma agitada, masculló:

—Debemos parar.

—¡No! ¿Por qué? —Ryan intentó bajarle la cremallera de los pantalones y el otro no se lo permitió.

—Sabes la razón —adujo con una mueca irónica.

—¿Y si nos limitamos al sexo vainilla?

—Sí, pero ¿es lo que realmente deseas en este momento?

—No. Contigo no —admitió tras un largo silencio. Resopló con rabia y se dejó caer en el sofá—. ¡Mierda!

—¿Prefieres que me marche?

—No, quédate, por favor —suplicó—. Yo... Solo necesito un minuto para serenarme.

—Te garantizo que estoy tan frustrado como tú.

—De todos los hombres que podía elegir para ser mi dom, tuve que fijarme en el único con principios. —Ryan se carcajeó, resignado.

—¿Te arrepientes?

—Al contrario. Ahora me gustas más. —Apoyó la cabeza en su hombro—. Te traeré ropa de cama y una almohada. Supongo que no te apetece dormir conmigo. Aunque hay dos habitaciones libres, siempre evito entrar en la de mi madre y la de Andrew no tiene muebles.

—¿Quién es Andrew? —indagó con la esperanza de que por fin le proporcionase información relevante para el caso.

—Mi hermano adoptivo —dilucidó, tensándose de repente—. Ayer te mentí porque detesto hablar de él. Es un tema complicado.

—¿Murió?

—No estoy seguro. Desapareció hace unos años. —Ryan se removió con incomodidad, dejó escapar un lastimero suspiro y compuso una expresión cargada de dolor al agregar—: En ocasiones, pienso que lo hizo adrede para vengarse. Él me odiaba.

—Dudo que alguien pueda odiarte. Eres una persona maravillosa —sentenció, rodeándolo con un brazo.

—No me conoces. Hay cosas que ignoras de mí —comunicó, apesadumbrado—. Quiero contártelas, pero temo que no volverás a verme del mismo modo.

—Te garantizo que nada de lo que me desvelas cambiará lo que siento. —Besó su sien—. Dame el beneficio de la duda.

—La vergonzosa verdad es que me enamoré de Andrew en la adolescencia. Evelyn acababa de adoptarme —confesó, inmerso en un cruento debate interno—. Ningún chico me había despertado esa clase de emociones antes y estaba confuso. Aún no sabía que era gay. Me despreciaba por desear a mi propio hermano. Traté de reprimir aquella parte de mí, convencido de que me ocurría algo muy malo. Andrew lo descubrió y fingió que me correspondía. Lo único

que buscaba era un cómplice para sus chanchullos. Me nubló el juicio por completo y le obedecí en todo sin importar la gravedad del delito. Al enterarse, mamá lo envió a Phoenix con unos tíos para alejarlo de mí.

—Solo eras un crío, Ryan. No fue culpa tuya —manifestó Liam, compasivo.

—Años después, Andrew regresó a Los Ángeles y me contactó para reunirnos. Nuestros parientes nos habían mantenido al tanto de lo que hacía: su comportamiento no mejoró en Phoenix, continuó infringiendo la ley, terminó por fugarse y le perdieron la pista. Llevábamos mucho tiempo sin recibir noticias suyas y acepté verlo, ya que estábamos preocupados —explicó con un tono amargo—. Nos encontramos en el banco de un parque. A duras penas logré reconocerlo. Tenía un aspecto horrible: vestía ropa sucia, había adelgazado un montón y su rostro parecía demacrado, como si hubiera envejecido varias décadas.

»Me senté con un nudo en la garganta y aguardé a que hablase. Imaginaba que pretendía pedirme dinero; sin embargo, sus motivaciones eran distintas. Me miró a los ojos y afirmó con voz imparable que había esperado una eternidad para decirme que le arruiné la vida. Debí largarme en ese preciso instante. En cambio, me quedé a escucharlo como un imbécil. —Ryan negó con la cabeza—. Consideraba que le robé a su madre cuando me adoptó. Estaba tan centrada en mí que desatendió a su hijo. No importaba lo que hiciera para llamar su atención, Evelyn seguía ignorándolo. Se metió en líos y me arrastró con él en un intento de que reparase en su existencia, pero ella me escogió y lo apartó de su lado.

—Me parece una argumentación bastante simplona para justificar los celos pueriles de un niño mimado —señaló, desdeñoso—. Tu infancia fue realmente dura y no lo utilizaste como una excusa para herir a los demás.

—Sí, pensé algo similar. Uno toma sus propias decisiones y tiene que lidiar con ellas —coincidió sin abandonar el semblante melancólico que lucía desde que mencionó a Andrew—. Luego me relató el calvario que había padecido en Phoenix: mi tío y sus amigos lo drogaban con frecuencia para abusar de él, lo engancharon a la heroína y se aprovecharon de su adicción para prostituirlo. Si trataba de resistirse, lo golpeaban sin piedad. Mi tía se limitaba a fingir ignorancia porque su marido la atemorizaba. Andrew consiguió escapar. Vivió en las calles durante varios meses, durmiendo en cualquier cuchitril, robando o alquilando su cuerpo a tipos repugnantes a cambio de unos pocos dólares. Hasta que ahorró lo suficiente para viajar a Los Ángeles.

»Su historia me conmocionó. Le rogué que me permitiera ayudar y me extrañó que aceptara tan deprisa. Convencí a mi madre para que lo acogiera en casa. Se quedó un par de semanas con nosotros e incluso le buscamos un centro de desintoxicación. De pronto, un día se esfumó, ni siquiera se llevó su ropa. Cuando lo llamé, me encontré con la desagradable sorpresa de que el número ya no estaba operativo. No volví a verlo. —Ahogando un sollozo, Ryan se encorvó hacia delante, se cubrió la cara con las dos manos y apoyó los codos en las rodillas. El llanto que contenía desde hacía demasiado tiempo salió a borbotones y su voz sonó estrangulada al añadir —: Destruí a mi hermano.

—No, nunca fue tu responsabilidad. Eso era lo que pretendía que creyeras. Al no poder castigar a los auténticos monstruos, se ensañó contigo —discutió, categórico, y lo estrechó con fuerza—. Tu único pecado fue querer a alguien que no te merecía.

—Desde entonces, me aterra enamorarme. Temo que sucederá una catástrofe si intento ser

feliz.

—¿Te he comentado alguna vez que los armadillos aguantan hasta seis minutos sin respirar? La mayoría de los seres humanos perdemos el conocimiento a los tres. Por el contrario, existen tribus en Indonesia y Malasia que resisten unos trece minutos bajo el agua. Su entorno los moldeó para desarrollar habilidades superiores al resto de la especie —expuso—. Tus circunstancias te convirtieron en el chico extraordinario que eres hoy. No cambiaría ni un mísero rasgo de tu personalidad.

—¿Hemos pasado del coqueteo de marmotas a las reflexiones filosóficas de armadillos y tribus malayas? —Emitió una risotada perpleja.

—En la variedad está el gusto —bromeó, sonriente—. Llévame a tu dormitorio. No me agrada el sofá.

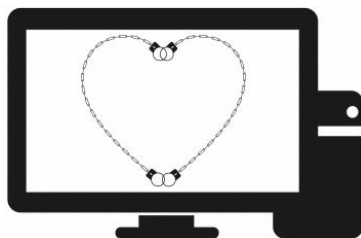
Desconcertado, Ryan aceptó la mano que le ofrecía y lo condujo a su cuarto. No alcanzaba a comprender qué se proponía. Hacía un rato, había interrumpido su beso, pues consideraba que todavía no estaban preparados. Las confianzas diluyeron por completo el ambiente erótico. Ahora no experimentaba ganas algunas de retomarlo. Arrimó la puerta, le dedicó una fugaz mirada y empezó a desvestirse hasta que solo le quedaron los calzoncillos. Aiden lo imitó en silencio, apartó la colcha y se tendió, palmeando el sitio a su lado. Tras unos segundos de vacilación, Ryan apagó la luz y se decidió a seguirlo.

—Gírate —demandó Liam en un susurro. En cuanto el actor obedeció, pegó el pecho a su espalda, metió un brazo por debajo de la almohada y le rodeó la cintura con el otro—. ¿Estás cómodo?

—Sí —musitó Ryan, y cerró los ojos, reconfortado.

—Buenas noches, mi niño.

—Buenas noches, Aiden.



Capítulo 11

Dormido parecía un ángel. Liam contempló el rostro sereno del hombre que yacía a su lado y esbozó una sonrisa tierna. Se encontraba hecho un ovillo, tapado con la colcha hasta la cintura, la mejilla apoyada en la almohada y la boca entreabierta mientras tomaba respiraciones profundas. Presentaba un aspecto pacífico, relajado y feliz, como si fuera ajeno a la crueldad del mundo exterior. Liam sabía lo engañosa que era aquella imagen. Ryan cargaba con un peso descomunal sobre los hombros. No estaba habituado a la amabilidad, ya que la mayoría de la gente solía aprovecharse de él. En cambio, se había quedado traspuesto entre sus brazos a los minutos de meterse en la cama. De algún modo, había logrado que se sintiera a salvo.

Liam, por el contrario, había tardado horas en conciliar el sueño. No cesaba de darle vueltas a la historia de Andrew. Algo no encajaba. Tras años residiendo en Phoenix, regresaba a Los Ángeles y citaba a su hermano para contarle una película de terror. Vivía dos semanas en su casa y volvía a desaparecer. Entretanto, contraía una deuda con la mafia que empujaba a Ryan a dejar los estudios para filmar pornografía. Demasiadas coincidencias. Una desagradable sospecha nació en la mente del inspector. Le urgía localizar a sus tíos si pretendía confirmarla. Se propuso rescatarlo de la horrible pesadilla donde había quedado atrapado.

Apartó un mechón castaño que le caía sobre la frente, le echó un último vistazo y salió de la cama. Abandonó la dependencia descalzo para no hacer ningún ruido que lo delatara y recorrió el corto pasillo. El día anterior apenas había reparado en que tenía otras tres puertas. Una permanecía abierta y se distinguía un pequeño aseo en penumbras. Liam se detuvo delante de la segunda y giró el pomo. Al empujar la hoja, halló un dormitorio amplio. Le bastó una ojeada rápida para deducir que pertenecía a Evelyn. Una extensa colección de bolsos y fulares colgaban de un perchero. También se fijó en las fotografías enmarcadas que estaban apiladas de forma caótica encima de la cómoda y las mesillas.

Evitando detenerse a fisgonear, se encaminó hacia la última puerta. Su sorpresa fue mayúscula al encontrarse con una habitación completamente vacía. Ni siquiera había muebles y, a juzgar por la gruesa capa de polvo que recubría el parquet, nadie había entrado allí en años. De repente, oyó pisadas en el corredor y la voz de Ryan llamándolo. Ahogó una maldición y trató de aparentar inocencia. Un ceño fruncido lo recibió en el umbral.

—Perdona. Estaba esperando a que te despertaras y no resistí la tentación de cotillear —se justificó Liam.

—Era de mi hermano. Metí todas sus pertenencias en un almacén porque no soportaba tener nada que me recordase a él —explicó Ryan, y se alejó de la estancia como si irradiara veneno—. ¿Te apetece un café?

—Mataría por un café —bromeó, siguiéndolo hasta la cocina—. ¿Qué tal estás?

—Mejor. Gracias por lo de ayer.

—No puedo decir que abrazarte me pareciese un gran sacrificio. Quizá lo disfruté un poquito más de la cuenta.

—Eres bienvenido a repetirlo cuando quieras. —Le lanzó una mirada burlona y se puso a

trastear con la cafetera—. Hacía tiempo que no descansaba tanto.

—Siempre estoy feliz de ayudar a un chico atractivo en calzoncillos.

—¿Tostadas?

—Por favor.

—¿Qué harás por la tarde?

—Visitar a mi familia. Intento pasarme por su casa a menudo para que no llamen a los hospitales —se vio obligado a mentir—. ¿Y tú?

—Supongo que un maratón de series —respondió con un leve encogimiento de hombros—. Lo pregunto por si te interesa acompañarme.

—Hoy va a resultarme imposible, pero me encanta el plan. ¿Quedamos mañana?

—Vale. —Curvó las comisuras de los labios—. Acaban de estrenar una serie de policías que me apetece ver.

—¿Te gustan los policías? —Lo observó con curiosidad.

—En realidad, sí. Tengo un fetiche con los uniformes, las esposas y las porras —confesó, luciendo un suave rubor en las mejillas—. Me excita imaginarme a un agente cacheándome, inmovilizándome y dándole un nuevo significado al concepto de brutalidad policial.

—Es bueno saberlo. Me aseguraré de conseguir un disfraz y unas esposas. —Liam se carcajeó.

—Sí, hazlo. Estarías muy guapo.

—Y tú serías el detenido más sexi del calabozo. Me esmeraría buscando drogas en todos los orificios de tu cuerpo con mi polla.

—¿Tu polla detecta drogas? —cuestionó, divertido.

—Sí, hay que meterla hasta el fondo para que funcione y te rellena de lefa si eres inocente —afirmó, lanzándole una sonrisilla perversa.

—¡Idiota!

Ryan se rio y lo contempló con cariño. Aiden le parecía un soplo de aire fresco en medio de la podredumbre que infectaba su vida, un rayo de sol que iluminaba las tinieblas, un refugio que lo protegía de la tempestad. Siempre le levantaba el ánimo y borraba las preocupaciones de su cabeza. Cada segundo que pasaba a su lado le confirmaba que habrían compartido un vínculo duradero si hubiesen coincidido en otra época. Habría sido sumamente fácil enamorarse de un hombre así. Por desgracia, en la actualidad, el amor era un lujo que no podía permitirse. Debía centrarse en sus objetivos.



La base estaba tranquila esa tarde. Los únicos miembros del *Grupo Fantasma* que no habían salido a investigar sobre el terreno eran Rosa y Christopher. Ellos resultaban mucho más útiles frente a un monitor. Liam exhaló, aliviado, pues requería la ayuda de un informático. Ambos lo saludaron con afabilidad; sin embargo, solo la chica hizo una pausa en su tarea para soltarle las pullas habituales. Mantenían una relación especial desde que él se había incorporado a la unidad y la quería como a una hermana pequeña. De hecho, le caía bastante mejor que su propio

hermano pequeño.

—Necesito tus habilidades mágicas de genio barra diosa de los ordenadores —demandó Liam, apoyando el culo en su mesa.

—¿Para qué exactamente? —Rosa entrecerró los ojos, suspicaz.

—Ayer me enteré de un dato nuevo acerca de Andrew. Al parecer, su madre lo mandó a vivir con unos tíos de Phoenix por mal comportamiento. Cuando regresó, contó una historia espeluznante que incluía violaciones, drogas, palizas brutales y prostitución forzada. Lo acogieron y se largó al cabo de dos semanas, arruinando el futuro de Ryan en el proceso.

—¿Piensas que se lo inventó para tenderle una trampa?

—Estoy convencido de que sí —sentenció, lúgubre—, pero hay que confirmarlo.

—¿Qué quieres que haga?

—Búscame información sobre sus tíos. Tengo que hacerme una idea de qué clase de personas son.

—Me pongo a ello ahora mismo.

Liam sonrió, agradecido, y se dirigió a la sala de descanso para servirse el enésimo café del día. De pronto, lamentó profundamente no disponer de un cigarrillo para acompañarlo. El trabajo encubierto lo estaba poniendo a prueba en más de un aspecto. A esas alturas, ya era absurdo negar que se había implicado a un nivel emocional con el hombre que investigaba. Sus sentimientos transcendían a la mera atracción física: Ryan le importaba de verdad, ansiaba cuidarlo, protegerlo y borrar la infelicidad de su vida. Aun así, se resistió a ponerles nombre. No podía permitírselo. Tras lo que le pareció una eternidad, su amiga irrumpió en la dependencia con un puñado de papeles debajo del brazo.

—Te presento a Henry y Regina Jones, con residencia en Downtown Phoenix. Parientes por parte de madre. Sin hijos. —Rosa le entregó una fotografía impresa de una pareja de mediana edad que posaba frente a una pintoresca casa de ladrillo de dos plantas—. Henry es un profesor de secundaria y Regina una maestra de guardería. Él entrena al equipo de fútbol del instituto y ella participa como voluntaria en su iglesia. Henry tiene un equipillo de bolos con varios compañeros y Regina preside un club de lectura. Abstemios, amantes de la comida sana y deportistas. Adoran a los animales; en especial, a Neo, su pastor belga, del que no dejan de colgar fotos en las redes sociales. Son aficionados al senderismo, a la acampada y les fascina el desierto. Además, fíjate en el físico del tipo: medirá un metro sesenta y dudo que exceda los cincuenta kilos.

—Es un tirillas —señaló Liam.

—En cambio, este elemento supera el metro ochenta y posee una constitución más fuerte. —Le mostró una instantánea de Andrew—. Cuesta creer que un sujeto del tamaño de Henry fuera capaz de propinarle palizas brutales.

—¡Buen trabajo!

—Eso no es todo. Ahora viene lo jugoso. Durante los años que Andrew residió con ellos, hubo numerosos altercados en su domicilio. La policía se desplazó hasta allí varias veces, alertados por un vecino que había oído gritos y golpes. En una ocasión, Henry terminó en Urgencias con un brazo roto, una ligera conmoción cerebral y diversos hematomas por el cuerpo. Interpuso una

denuncia contra su sobrino por agresiones y la retiró poco después. Estoy esperando a que el agente que se encargó de tramitarla me devuelva la llamada. Quizá nos aporte algún dato interesante.

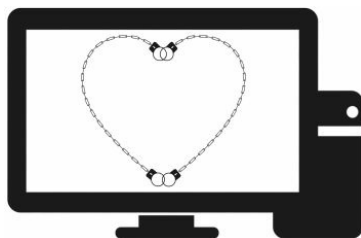
—No me equivocaba al suponer que Andrew volvió a Los Ángeles para hacer daño a Ryan —murmuró, pensativo—. Lo único que no entiendo es cómo encaja Zac Watson en este embrollo.

—Si Andrew tenía vínculos con la mafia rusa, resulta muy posible que también conociese al productor de antes.

—Y vendió a su hermano para que le perdonaran la deuda. No vino a vengarse, sino a comprar su libertad —agregó Liam, llevándose la mano a la cabeza con horror—. Rastrea cualquier cosa en la red que los relacione. Entretanto, seguiré ganándome la confianza de Ryan. Intuyo que sabe algo que nos ayudaría a cerrar el caso y se acaba el tiempo. Planea retirarse del porno y no le permitirán marcharse tan fácilmente.

—¿Sospechas que será la próxima víctima en la *Dark Web*?

—No quiero ni pensarlo.



Capítulo 12

Santa Mónica no habría sido su primera elección para una tarde de sábado tranquila. A Liam le encantaba el paseo marítimo, pero era un lugar demasiado turístico. Siempre estaba abarrotado de gente que acudía en masa a visitar la localización donde se había rodado *Los vigilantes de la playa* o el famoso parque de atracciones situado en el muelle. Fue Ryan quien se lo propuso y él aceptó para complacerlo. No deseaba arruinar los importantes avances que habían hecho últimamente.

Cuando el día anterior le sugirió que pensara un plan divertido para el fin de semana, no esperaba que alguien tan introvertido escogiese un destino bullicioso. Liam se había recobrado del estupor lo bastante rápido para organizarlo. Ahora los dos caminaban juntos por Ocean Drive. El sol calentaba sus caras y una agradable brisa marina les revolvía el cabello.

—Cuéntame qué significa esta ciudad para ti —solicitó Liam, estudiando el apacible rostro de su acompañante.

—¿Por qué supones que significa algo? —cuestionó Ryan, mirándolo de reojo—. Igual me apetece ver el cartel de la Ruta 66 o el banco de Forrest Gump.

—Tu expresión cambió en cuanto nos bajamos del coche. Estás relajado y pareces más joven, como si el peso del mundo aún no te hubiera caído sobre la espalda. Aquí fuiste feliz en algún momento de tu vida.

—¿Nadie te ha explicado que esa manía tuya de leer a los demás es muy molesta? Algunos preferimos guardar nuestros secretos a buen recaudo —señaló sin una pizca de acritud en la voz—. Mi madre me trajo al poco tiempo de adoptarme. Era un niño complicado y no se lo puse fácil. Ella jamás se rindió conmigo. Me demostró que existen personas en quienes merece la pena confiar. Veníamos todos los años hasta que enfermó. No había vuelto desde entonces.

—¿Qué le sucede? —inquirió, fingiendo sorpresa.

—Padece un cáncer terminal. Le quedan meses. Quizá menos —dilucidó con la vista perdida en el horizonte—. Y antes de que me sueltes tus trucos de mentalista habituales, sí, tienes razón, elegí este sitio porque también quiero confiar en ti.

—En realidad, iba a decir que lo lamento de corazón —matizó—, y que me gustaría abrazarte si me lo permites.

—Vale.

—Gracias por contármelo —murmuró, estrechándolo entre sus brazos.

Ryan se aferró al cuerpo cálido que le ofrecía consuelo, apoyó la mejilla en su hombro y cerró los párpados. En aquel lugar tan especial, acompañado de un hombre que lo trataba con amabilidad y respeto, era sencillo olvidar su situación. Podía sentirse como un veinteañero despreocupado que disfrutaba conociendo a un nuevo amor. Habría sido maravilloso experimentar las mariposas en el estómago del inicio, las largas noches de pasión y el entusiasmo al planear un futuro en común. Por supuesto, nada de eso resultaba posible. Solo tenían unas semanas hasta el rodaje y después cada uno seguiría su camino. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, el hispano se permitió el lujo de soñar.

—¿Qué actividades acostumbrabas a hacer con tu madre? —averiguó Liam sin soltarlo.

—Lo típico. Echábamos el día en la playa, montábamos en las atracciones del Pacific Park y ella adoraba presenciar el atardecer desde la noria antes de regresar a casa.

—Escuché que las vistas son espectaculares.

—No estás obligado a subir conmigo. Sé que es una tontería.

—En absoluto. Me parece una tradición preciosa. Ella se alegrará de que la compartas con alguien más. —Depositó un beso cargado de afecto en su mejilla y lo liberó—. ¿Buscamos una zona tranquila para hablar?

—Sí, vamos al Palisades Park. Hay menos follón.

—Buena idea.

Retomaron el paseo en silencio. Ryan permanecía inmerso en sus vacilaciones y Liam meditaba sobre la mejor forma de abordar la charla que habían dejado pendiente. Un agradable parque con el océano Pacífico y las montañas de Santa Mónica de fondo les dio la bienvenida. El policía escogió un rincón apartado bajo la sombra de un árbol y se apoyó en la barandilla. El actor se colocó a su lado.

—Tengo que preguntarte si estás seguro de querer grabar esa película —expuso Liam, circunspecto—. Me aseguraste que únicamente te motivaba el dinero y no le encontraría nada de malo si me lo tragara. No eres el tipo de persona que vende sus principios a cambio de una paga. Sospecho que Zac te chantajea. Puedes decírmelo.

—No insistas —exigió Ryan, frunciéndole el ceño—. Aprecio la preocupación, pero no es asunto tuyo.

—De acuerdo —suspiró—. Si necesitas mi ayuda, no dudes en llamarme a cualquier hora. Siempre estaré disponible.

—¿Me has traído aquí para soltarme eso?

—No. —Sacó una hoja doblada del bolsillo y la desplegó—. Te he traído para acordar nuestras dinámicas y límites en las sesiones. Me he informado bastante sobre el tema. Anoté algunos puntos básicos con los que estaría bien comenzar si es lo que realmente deseas.

—Lo deseo. —«Más de lo que alcanzas a imaginar»—. Gracias por tomarte la molestia. ¿Qué escribiste en esa chuleta?

—Hay cosas interesantes. —Liam curvó las comisuras de los labios—. Por ejemplo, ¿qué opinas de usar ataduras, mordazas y vendas en los ojos?

—Sin problema a las ataduras y las vendas. La mordaza me pondría nervioso —respondió tras pensarlo unos segundos.

—Estoy de acuerdo. Prefiero que seas capaz de avisarme si algo anda mal —coincidió—. ¿Juguetes anales? En plan dildos, bolas chinas, *plugs*...

—¡Dios, sí! —exclamó sin dudar.

—¿Sueles meterte alguno mientras te masturbabas? —curioseó, observándolo con una desbordante lascivia.

—No, solo los dedos.

—Pronto serán mis dedos los que entrarán en ti —prometió, inclinándose para susurrarle al oído.

—¡Joder, Aiden! —resopló, ardiendo de lujuria—. Ya entiendo por qué querías hacer esto en un sitio aislado.

—¿Collares y correas?

—Suena divertido.

—¿Pinzas para los pezones? Leí que son para un nivel avanzado, pero que se pueden utilizar de manera suave al principio.

—Sí —aprobo con las mejillas ruborizadas.

—¿Azotes, fustas, látigos y palas?

—En los rodajes, se emplean con frecuencia. Supongo que deberíamos incluirlos.

—Ninguna objeción a los azotes. Lo demás sería un límite «de tiempo» para mí. Me incomoda pegarte con objetos que causan un daño real si no se manejan correctamente —puntualizó, adoptando un tono serio—. Quizá me anime a probar cuando consiga formarme una idea clara de tu tolerancia al dolor. ¿Te parece bien?

—Sí. —Se humedeció los labios—. ¿Qué más guardas en tu lista de perversiones?

—Restricciones de ropa en privado. Te obligaría a ir siempre desnudo o en calzoncillos.

—¿En serio necesitas consultármelo? —Ryan se carcajeó—. Es un «sí» rotundo.

—Humillación pública y privada. Ya te adelanto que considero la pública un límite «duro». Sería muy desagradable. Estoy abierto a la privada si te apetece.

—La pongo en límites «blandos» para situaciones concretas.

—Perfecto —convino—. Abstinencia sexual y control del orgasmo. Por supuesto, dentro de unos márgenes razonables.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. Llevo una semana practicándolos por culpa de cierto estudioso del BDSM.

—Este estudioso del BDSM procurará que la espera merezca la pena —garantizó, travieso—. Juegos en público. Me refiero a gestos sutiles. No planeo sacar unas esposas en medio de la calle.

—¡Uf! Eso me excita mucho —reconoció, percibiendo cómo la erección entre sus piernas crecía sin control—. Aiden... Necesito un descanso. Estoy jodidamente cachondo. ¿Cuándo dejaremos de hablar y haremos algo?

—Ahora mismo.

—¿Aquí? —Oteó a su alrededor con nerviosismo.

—Sí, voy a darte la primera orden: a partir de este momento, seré el único que se ocupará de tu placer.

—Créeme, no habrá problema.

—Eso te incluye a ti.

—¿Me la pones dura y luego me prohíbes pajearme? —planteó, incrédulo. Liam asintió con una sonrisa perversa—. ¿Hasta cuándo?

—Hasta que yo decida levantarte la prohibición. Si desobedeces, lo sabré y recibirás un castigo —advirtió, adoptando un tono autoritario.

—Sí, amo. —Bajó la mirada al suelo.

—¡Jesús! Esa actitud no debería encenderme tanto —comentó, perplejo ante la reacción de su propio cuerpo—. ¿Regresamos? Nos podemos marcharnos de Santa Mónica sin subir a la noria.

—No solo eres demasiado bueno para el porno. También lo eres para mí. —Lo contempló con ternura—. ¿Te confieso un secreto? Nunca veo mis películas, pero he entrado varias veces en la página de *Sueños Húmedos* para comprobar si Zac ya había colgado tu audición. Está tardando más de lo habitual y es una lástima. Me apetecía revivirla.

—Habría sido memorable si ese imbécil no hubiera soltado un montón de babosadas —apuntó sin esconder su profundo desprecio—. Olvídate del vídeo. Crearemos recuerdos mejores.

—Me muero de ganas.

Liam se debatía entre la emoción de la aventura que se disponía a emprender con Ryan y la inquietud por su hermetismo. A pesar de que empezaba a abrirse, todavía no había bajado las inexpugnables defensas tras las que se parapetaba del resto del mundo. Existían numerosas incógnitas en torno al chico. No albergaba duda alguna de que era una víctima. Lo había creído desde el primer día. No obstante, a medida que indagaba, se convencía de que corría un peligro real. Los planes de Zac Watson no se limitaban a una inofensiva filmación con un cambio de roles. Había un propósito muy oscuro detrás. El hispano poseía las respuestas que se le escapaban y algo terrible sucedería si no lograba que se las desvelara pronto.

Ryan le gustaba mucho y habría preferido conocerlo en circunstancias diferentes. Mentirle sobre su nombre y su trabajo lo hacían sentir tremendamente culpable. Se decía a sí mismo que era por una buena causa y que se sinceraría en cuanto detuviesen a los responsables de las retransmisiones en la *Dark Web*. Sin embargo, no alcanzaba a deshacerse de la impresión amarga de que se estaba comportando como otra de las despreciables sanguijuelas que llevaban años chupándole la sangre para sacar un provecho a su costa. Sospechaba que Ryan también lo interpretaría de ese modo al descubrir la verdad. Ya lo habían traicionado en demasiadas ocasiones. Por eso le resultaba tan difícil confiar en la gente. No le daría una segunda oportunidad.

Solo contaban con el presente y Liam decidió que no malgastaría ni un mísero instante. Lo disfrutaría mientras durase. Pasearon juntos por la playa, charlaron y se rieron sin parar. Absorbió cada anécdota acerca de su madre como si fuera una información transcendental para el universo. Después montó en aquella ridícula noria porque comprendía que era importante para él. Al reparar en su ademán taciturno presenciando el atardecer, echó mano del arsenal de datos inútiles para animarlo:

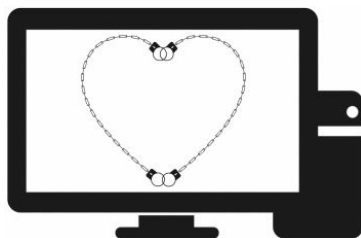
—¿Sabías que algunas especies de hormigas pueden levantar hasta cincuenta veces su propio peso?

—¡Rápido! Vomita las revistas de *National Geographic* que te has tragado —se pitorreó Ryan—. Supongo que me notaste distraído. Pensaba en que a ella le habría encantado estar aquí.

—Sonríe —pidió, y sacó el móvil para tomarle unas fotos—. Te las enviaré y podrás mostrárselas cuando la visites.

En lugar de contestar, Ryan le sujetó la cabeza y unió sus labios con una pasión apenas contenida. Aiden correspondió de inmediato y la puesta de sol se tornó mágica. Había tratado de mantener las distancias, de encerrar su corazón en una jaula donde nadie pudiera herirlo, pero ese hombre poseía la asombrosa facultad de aniquilar sus defensas. Una por una, volatizaría todas las capas de la armadura hasta que no quedase nada más que piel y huesos.

En el fondo, opinaba que cometía un craso error que acabaría lamentando sin remedio. Estaba coqueteando con el espejismo de una felicidad fuera de su alcance y sufriría un dolor atroz al perderla. No obstante, en lo alto de la noria, ante las preciosas vistas de Santa Mónica, Ryan abrazó la certeza de que deseaba pertenecer a Aiden en cuerpo y alma. No importaba que únicamente durase unas semanas.



Capítulo 13

Tras un fin de semana idílico, el lunes llegó como un mazazo de realidad en la cara. Cuando el capitán le ordenó que se personara en la base para asistir a una reunión de equipo, Liam se vio obligado a poner los pies en la tierra. Tendría que informar de sus inexistentes avances y aclararles la razón de que llevara días centrándose en uno de los sospechosos e ignorando al otro. El BDSM mejor ni mentarlo. Intentaba convencerse de que continuaba comprometido al cien por ciento con el caso, pero Ryan había añadido un inestable componente emocional a la ecuación que nunca debió consentir. Perder la cabeza por el hombre que investigaba no podía acabar bien.

Al entrar en el centro de operaciones, casi esperaba tropezarse con cinco miradas acusadoras. En cambio, el ambiente no distaba mucho del acostumbrado. Rosa y Christopher seguían con las narices metidas en sus ordenadores. Aera estaba inmersa en la hercúlea labor de buscar víctimas que presentaran mutilaciones similares a las que detectaron en el cadáver de la bahía. Harold y Fred conversaban delante de un expediente con el grosor de un tomo de enciclopedia. Liam inspiró hondo, se puso una sonrisa postiza y profirió un saludo general.

—¡Hola, comecocos! ¿Qué tal va tu carrera en el porno? —se mofó Rosa, levantando la vista del monitor.

—Catapultada al éxito, *minifriki* —repuso el aludido, y se acomodó en su sitio habitual.

—Ahora que ha llegado Liam, podemos comenzar —propuso Harold—. Rosa y Christopher, contadnos qué habéis descubierto.

—Estoy rastreando los movimientos de Nikolay Petrov por la red y el tipo es prácticamente un fantasma. Se nota que le gusta mantener un perfil bajo —afirmó Rosa, y frunció los labios con fastidio—. Su único nexo de unión con Zac Watson consiste en el flujo de dinero que termina en *Sueños Húmedos*. Tampoco he hallado nada que vincule al productor con Andrew.

—Por el contrario, Zac es un libro abierto de mierda. Trato de cribar los delitos relevantes de la típica basura inmoral y la cosa va para largo —agregó Christopher.

—Continuad escarbando a ver qué sacáis —sugirió—. ¿Y tú, Aera?

—Tras un millón de llamadas, he encontrado a una posible víctima cerca de Skid Row: un sintecho al que torturaron de una forma brutal antes de rajarle el cuello —notificó Aera, circunspecta—. Esta tarde me desplazaré al depósito para charlar con la forense al cargo y recoger el informe de la autopsia. Quizá no guarde relación; sin embargo, merece la pena comprobarlo.

—De acuerdo. Mantenme al tanto. —El capitán se apretó el puente de la nariz. Un gesto que delataba su alto nivel de estrés—. ¿Fred?

—Todavía intento localizar a los inmigrantes que llegaron al país con el muerto de la costa. Como esa gente suele moverse fuera del sistema por miedo a ser deportados, resulta bastante difícil dar con alguien que esté dispuesto a hablar —expuso Fred, frotándose la calva—. He pedido a mis antiguos compañeros de *Homicidios* que me llamen si surge algún asesinato asociado a la mafia rusa. Y los de *Crimen Organizado* también se han ofrecido a cooperar.

—¿Qué tal te ha ido a ti, Liam?

—Me temo que no he progresado mucho. Aunque Ryan Clark no está implicado, sabe algo acerca de su hermano que se resiste a decirme. Es un chico extremadamente reservado —relató, esforzándose por mantener un tono neutro—. En cuanto a Zac, hoy me pasaré por su oficina a firmar el contrato y aprovecharé para tantearlo.

—Sí, pero sin husmear demasiado. No queremos alertar a Petrov —recomendó Harold con gravedad—. Por el momento, considero preferible que te centres en Ryan. De algún modo, está en el núcleo de la trama y es el principal nexo de unión entre Andrew, Zac y los rusos. Si consigues que te cuente la verdad, arrojaría un poco de luz sobre este enorme rompecabezas.

—Sí, señor —accedió, disimulando su profundo alivio.

—Eso es todo por ahora. Volved al trabajo.

Liam se tomó unos minutos para despedirse de sus colegas y abandonó el edificio. La reunión había ido mejor de lo que esperaba. Con el visto bueno del capitán para enfocar sus esfuerzos en Ryan, esquivaría el cargo de conciencia y fingiría durante algunas semanas más que se mantenía a su lado por el caso. No guardaba relación con el detalle de que fuera lo primero en lo que pensaba al despertarse y lo último que le venía a la cabeza antes de dormirse. Tampoco con el hecho de que habían estado juntos el día anterior y ya ardía en deseos de verlo. Y desde luego, no se debía a las inoportunas erecciones que crecían entre sus piernas siempre que recordaba las prácticas que habían convenido o la actitud dócil al acatar su orden.

¿A quién pretendía engañar? Ryan no era el único que sufría al posponer la recompensa. Liam también estaba al borde de su resistencia física y ya había perdido la cuenta del número de veces que se había masturbado imaginándolo. Para ser alguien que nunca mostró un interés real por el BDSM, poseía una mente muy creativa a la hora de idear dinámicas con las que complacer y someter a su sumiso. Parecía que había vuelto a la adolescencia. La fechoría definitiva se le había ocurrido revisando la lista de artículos aprobados por el actor. No obstante, antes precisaba garantizarse la colaboración de sus amigos. Por eso telefoneó a Zane en cuanto pisó la calle.

—Línea de asistencia al dom novato. ¿En qué puedo ayudarle? —se pitorreó Zane.

—Me conformo con que no te descojones a mi costa —replicó Liam tras una fuerte risotada.

—¡Imposible! Pides demasiado.

—En ese caso, necesito que me ayudes con otro asunto. Pensé en llevar a Ryan a tu tienda para que me dé su opinión sobre los juguetes que vamos a comprar.

—Aprendes rápido —señaló con orgullo—. Así iniciáis vuestras sesiones con una tarea excitante y divertida.

—Exacto. El problema es que él cree que me llamo Aiden y no sabe que soy policía.

—Mal empiezas si mientes a tu sum —le recriminó, endureciendo el tono.

—Es por trabajo. He procurado ser sincero en todo lo demás; sin embargo, no puedo revelarle datos que pongan en peligro una investigación en curso —se justificó—. Se lo contaré cuando cerremos el caso. Ryan me importa.

—Vale. —Emitió un bufido—. Nos dirigiremos a ti como Aiden, pero que te quede claro que no lo apruebo. Las relaciones se cimentan en la honestidad y más en el BDSM.

—Te prometo que no lo engañaría si tuviera alternativa. Esto me hace sentir fatal —aseveró

—. Y otra cosa: es bastante tímido.

—Le diré a Tris que os atienda. Se le da bien conectar con los clientes.

—Gracias. Te debo una.

—No, hermano. Me debes un cargamento entero y planeo cobrármelo —corrigió, malicioso—. Estamos buscando un modelo masculino con buen cuerpo para lucir nuestros disfraces de sado en la página web.

—Mientras no se me vea la cara... —farfulló con recelo.

—¡Tranquilo! Vienen con unas máscaras monísimas a juego —comunicó entre sonoras carcajadas.

—¡Cabrón!

Liam rio por lo bajo y colgó el teléfono. No le cabía ni la menor duda de que Zane aprovecharía la oportunidad de martirizarlo que él mismo le había puesto en bandeja. Aun así, merecería la pena con tal de ver a Ryan rodeado de juguetitos eróticos. Trató de exiliar las ideas perversas de su mente y volvió a centrarse en el trabajo. El capitán le había advertido que no presionara a Zac, pero la reunión en su despacho le facilitaría la ocasión de estudiarlo sin resultar demasiado obvio. La gente tendía a bajar la guardia en entornos donde se sentía cómoda y su comportamiento aportaba un montón de pistas valiosas. Condujo hacia el Valle de San Fernando mientras repasaba en su cabeza lo que habían averiguado hasta la fecha. Estaba tan inmerso en la lista de preguntas sin respuestas que casi pasó de largo el edificio. Con una maniobra un tanto peligrosa, salió del carril, aparcó el vehículo y se encaminó a la oficina del productor.

—¡Aiden! Gracias por venir —lo saludó Zac, efusivo, en cuanto le abrió la puerta—. Toma asiento.

—Gracias a ti por llamarme —contestó Liam, acomodándose en una silla con un deslucido tapizado negro.

—Tras la escena que protagonizaste con Mark, tenía que hacerlo. —Dibujó una sonrisa repugnante—. Vuestra química se comía la pantalla. ¿Qué impresión te llevaste de él?

—Filmar juntos me pareció agradable. En cambio, fue bastante idiota y antipático detrás de las cámaras. Me decepcionó conocerlo en persona.

—¡Qué curioso! Mark dijo algo similar de ti cuando me confirmó su participación en la próxima película —ironizó—. Cuesta tragárselo después de haber sido testigo de la manera en que os contemplabais.

—Ya... A mí también me sorprendió. Esperaba que nos hiciéramos amigos. Él dejó claro que no le interesaba —alegó, escondiendo su alarma al percibir la suspicacia en el rostro del productor.

—Mark es un chico complicado. No se le da bien socializar. —Agitó una mano en el aire con desinterés—. Confío en que, pese a vuestras diferencias, no te supondrá ningún problema compartir escenas con él.

—En absoluto. Seré un profesional.

—¡Estupendo! Voy a aclararte por encima el concepto general de la nueva grabación y los requisitos que deben cumplir nuestros empleados.

Liam escuchó a medias sus explicaciones. Le preocupaba muchísimo más lo que omitía. Sospechaba que, en sus comentarios acerca de Ryan, se ocultaban unos celos mal gestionados y una enfermiza creencia de posesión. No solo se trataba de ganar dinero a su costa, había sentimientos implicados. El rubio empezaba a comprender el motivo de que el hispano se mostrara reticente a que siguieran viéndose. Zac lo consideraba un juguete de su propiedad y, como cualquier niño caprichoso, no soportaba que otros tocasen sus juguetes. Incluso si se servía de ellos para golpearlos y romperlos. No era la primera vez que eliminaba a un posible adversario. Todos los indicios apuntaban a que Ryan no había acabado en *Sueños Húmedos* por casualidad. Obedecía a un retorcido plan que se había iniciado antes de que Andrew viajase a Los Ángeles.



Jamás imaginó que un breve periodo de tiempo pudiera obrar un cambio así de grande en sus expectativas. Hacía años que Ryan había renunciado a la felicidad. Se conformaba con sobrevivir. La prioridad era cuidar de su madre y evitar que pagara las consecuencias por las insensateces de Andrew. Entonces participó a desgana en una audición y se tropezó con un hombre que no dejaba de romperle los esquemas. Aunque él no se mostraba demasiado accesible, Aiden únicamente le devolvía consideración y respeto. Sabía ver más allá de la fachada del actor porno y valorar a la auténtica persona que se escondía debajo. Una semana atrás, Ryan tenía muy nítido su futuro: filmaría la película, cogería el dinero y se marcharía de Los Ángeles. Ahora ya no estaba tan seguro de lo que deseaba.

—¿Quieres contarme algo? —inquirió Evelyn, risueña.

—No. ¿Por qué? —Ryan la observó con extrañeza.

—Cariño, estás radiante y no veía ese brillo en tus ojos desde... Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez —manifestó con un tono burlón—. ¿Sales con alguien?

—No, solo es un amigo.

—Un amigo que te gusta mucho. A mí no me engañas. —Se rio ante la expresión azorada de su hijo—. No hay nada de malo en ser dichoso, Ryan. Te lo has ganado.

—Me da miedo llevarme una desilusión —confesó tras un largo silencio.

—¡Ay, cielo! Correr riesgos forma parte de la gracia de vivir. Si conociésemos nuestro futuro de antemano, nos aburriríamos como ostras. Nunca se sabe cuánto tiempo nos queda en este mundo. No lo malgastes dudando si crees que la recompensa merece la pena —aconsejó, alargando el brazo para cogerle la mano—. Háblame de ese joven misterioso.

—Se llama Aiden —comenzó, y se humedeció los labios—. Es guapo, inteligente, atento y divertido. El sábado estuvimos en Santa Mónica e insistió en subir a la noria porque le comenté que solía hacerlo contigo. Tomó estas fotos para que te las enseñara. —Le mostró el móvil.

—Suenas como un gran chico. Estoy muy contenta por ti —declaró, emocionada, mientras ojeaba las instantáneas.

—Todavía es pronto para crearme expectativas. Prefiero ser cauto.

—Lo entiendo, pero prométeme que no le cerrarás la puerta sin antes darle una oportunidad.

No permitas que el pasado determine tu futuro.

—Lo intentaré. —Depositó un beso en su mejilla—. Debo irme. Volveré mañana.

Evelyn asintió con un ademán cálido. Su mirada transmitía la resignación de una madre que conocía bien a su hijo y sospechaba que tomaría el sendero incorrecto. En el fondo, Ryan opinaba que ella tenía razón. Se había acostumbrado a evitar las situaciones que lo asustaban para protegerse del sufrimiento. Aiden lo aterraba como pocas cosas en un presente lleno de incertidumbres. Era mejor ceñirse al plan. Sin embargo, cuando su teléfono sonó y vio el nombre del contacto en la pantalla, no alcanzó a reprimir la sonrisa que cada vez surgía con más frecuencia. Estaba en un serio aprieto.

—Hoy llamas temprano. ¿No aguantabas las ganas de oír mi voz? —se mofó Ryan, caminando hacia la motocicleta.

—Eso siempre. —Liam se carcajeó—. Salí de la oficina de Zac hace media hora. Por lo visto, necesito someterme a pruebas completas para detectar ETS antes de la grabación. Me explicó que es un requisito obligatorio para todos los actores.

—Sí, yo también pensaba hacérmelas hoy.

—¿Dónde estás?

—En el aparcamiento del hospital. Visité a mi madre.

—Espérame ahí. Estoy cerca —pidió—. Paso a buscarte con el coche y vamos juntos. Luego hay un sitio al que quiero llevarte.

—¿A dónde?

—A la tienda erótica de unos amigos. Compraremos los juguetes para nuestras sesiones.

—Es que... No sé —murmuró con incomodidad.

—No tienes nada de lo que preocuparte. Los conozco desde hace un montón de años. Son personas discretas y confiables —lo tranquilizó—. Además, ellos practican BDSM. No se escandalizarán.

—Vale...

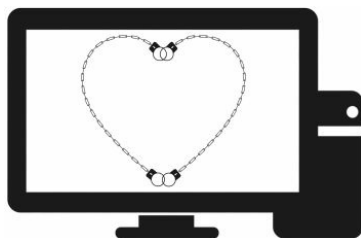
—Será divertido.

—Lo será para ti. A mí me has prohibido masturbarme.

—Sabré recompensarte por tu obediencia —prometió, adoptando una entonación traviesa.

—Más te vale. Estoy a punto de morir por falta de riego en el cerebro.

—¡Qué dramático! —exclamó, socarrón—. Nos vemos en un rato.



Capítulo 14

Nunca le había agradado demasiado someterse a las pruebas que exigía la productora. Ryan sentía que hurgaban en una parcela reservada a su intimidad. Por suerte, la presencia de Aiden suavizó el mal trago e hizo más llevadero el tiempo de espera. Descubrir que ambos estaban limpios les abrió un abanico de posibilidades en sus futuras relaciones sexuales. El actor no se atrevió a sugerirlas. Temía que el otro se horrorizara ante la perspectiva de prescindir de los condones con un hombre que se ganaba la vida follando delante de una cámara. No creía que pudiera soportarlo si percibía un atisbo de desprecio en su cara.

Ahora se disponían a entrar en una tienda erótica. Ryan acostumbraba a evitar esos lugares. Su descaro se circunscribía al estudio de *Sueños Húmedos*. En el mundo real, huía de las situaciones embarazosas como de la peste y odiaba abandonar el confort que le brindaban las cuatro paredes de su casa. Pese a que solo había aceptado para complacer a Aiden, notó un hormigueo de emoción en la boca del estómago al cruzar el umbral. La curiosidad por saber qué tipo de artículos seleccionarían rivalizaba con la ansiedad. Una mano acariciándole la espalda le ayudó a calmar los nervios. Buscó su rostro y se tropezó con una sonrisa alentadora.

—Nadie va a juzgarnos aquí —manifestó Liam, observándolo con calidez—. Zane y Tris son geniales. Te caerán bien.

Como si mencionar su nombre la hubiera invocado, una mujer bajita y menuda, con el pelo teñido de un llamativo rojo emergió de detrás de una estantería y los saludó, cordial. Aiden se adelantó para darle un abrazo y ella se rio de alguna broma privada. Después centró su atención en Ryan.

—Me llamo Tris. Hoy seré vuestra asistente de compras personal. Si os surge cualquier duda, preguntadme sin miedo. He probado la mayoría de los productos que vendemos. —La diversión tiró de las comisuras de sus labios al agregar—: También conozco a este elemento desde hace seis años. Si quieres cotilleos jugosos, soy tu chica.

—Lo tendré en cuenta. —Ryan soltó una carcajada y parte de la tensión que lo perseguía se desvaneció.

—¿Qué os apetece ver primero?

—Hicimos una lista —expuso Liam, entregándole la hoja de un bloc de notas.

—Me parece apropiada para una pareja que se está iniciando —comentó, distraída, mientras revisaba el papel—. Comencemos por los juguetes anales. Es un buen modo de romper el hielo. Venid conmigo. —Echó a andar hacia el fondo del establecimiento—. Ignorad estos. Son para niveles avanzados. Los vuestros están al final.

—¿En serio hay valientes capaces de incrustarse semejante monstruosidad? —curioseó Liam, perplejo, al fijarse en un dildo de proporciones descomunales—. Es más grueso que mi brazo.

—Y cosas peores. Precisas saber muy bien lo que haces para meterlo. Requiere de una concienzuda dilatación previa, como el *fisting* —explicó con tranquilidad—. A vosotros os recomiendo tamaños reducidos. Cumplen con su cometido a la perfección y cualquiera puede utilizarlos. Por ejemplo, este *plug* se vende mucho. —Alcanzó una caja para mostrársela—.

Personalmente, es de mis favoritos. Vibra, trae un control remoto que el dom acciona a su antojo y tiene diferentes velocidades. Dependiendo de cómo lo emplees, es ideal para incluir en una sesión o para impartir un castigo.

—¿Lo añadimos a la cesta? —consultó con un brillo travieso en los ojos.

—Sí —accedió Ryan, sonrojado.

—Buena elección —aprobo Tris, apartándolo—. También gozan de bastante éxito los *plugs* con colas de animales. Hay distintas especies para escoger.

—¿Por qué alguien querría ponerle una cola de animal a un ser humano? —inquirió Liam, pasmado.

—Para juegos de rol sobre todo. Por norma general, la gente suele llevárselos con collares y correas —aclaró—. He visto que están en la lista.

—No sé —murmuró, dubitativo—. ¿Tú qué opinas?

—A mí me gustan —declaró Ryan, y se mordió el labio de manera inconsciente.

—Ponnos uno —se apresuró a pedir.

—Anotado. —Tris no ocultó su risa—. Otro artículo que me encanta son las cuentas anales. El mecanismo es similar al de las bolas chinas. En apariencia, resultan simples, pero según el ritmo, la profundidad y las dimensiones, proporcionan una experiencia muy intensa. Acostumbran a sacarse rápida y bruscamente para aumentar el placer. Os recomiendo este con grosores variables.

—Nos lo quedamos —decidió Liam tras reparar en la excitación del actor—. Faltaría un dildo. ¿Cuál nos aconsejas?

—En dildos, hay docenas de opciones. Depende del uso que planeéis darle: están los pequeñitos que son perfectos para dilatar, algo un poco más grande si pretendes llevar a tu pareja al límite, lisos, rugosos, curvados para acceder mejor a la próstata, con diferentes formas, los transparentes que responden a un propósito estético...

—Enséñanos el transparente —solicitó Liam, interesado. Su semblante se iluminó en cuanto ella le mostró uno de los modelos y susurró en el oído de Ryan—: Me muero de ganas de metértelo y ver cómo desaparece dentro de ti.

—Aiden... —se quejó, encendido, y dio un respingo al sentir una mano en su culo.

—¿Lo tendrías en un tamaño reducido?

—Creo que sí. Déjame comprobarlo —contestó Tris.

Aprovechando que la chica estaba distraída, Liam deslizó un dedo entre las nalgas de Ryan y le tanteó el esfínter por encima de la ropa. Debido a su extrema timidez, imaginaba que protestaría o intentaría alejarse. Por el contrario, cerró los ojos y se quedó muy quieto, apoyando parte de su peso en el cuerpo del policía. Liam sonrió con maldad y aumentó la presión sobre el tentador orificio. Un gimoteo apenas camuflado disparó un irrefrenable torrente de lujuria por sus venas. Lo enloquecía de deseo.

—En realidad, planeo estrenar todo lo que hemos elegido. Jugaré durante horas con tu trasero hasta que esté abierto para mi polla —prometió Liam sin detener sus caricias. Ryan despegó los párpados y le dirigió la mirada más lasciva que había presenciado jamás. Incapaz de contenerse,

el inspector le robó un beso antes de que Tris regresara con su hallazgo—. Ese es perfecto. ¿Pasamos al siguiente punto de la lista?

—Sin problema. —Ella los estudió con socarronería. Era obvio que se había percatado del tonto, pero fue lo bastante discreta para no mencionarlo—. Acaban de llegarnos unas esposas forradas en terciopelo negro que son una delicia. En cuanto a los collares, no sé si estéis al tanto de que poseen un significado especial dentro del BDSM.

—Algo he leído. Hay varios tipos, ¿no? —apuntó Liam.

—Exactamente —asintió—. Los principales son tres: «de consideración», «de entrenamiento» y «de esclavo». Los sumisos tenemos la obligación de llevarlos siempre que nuestro amo lo estima oportuno. El primero ha caído en desuso y era una propuesta para iniciar una relación. El segundo se ofrece cuando aún se están conociendo y resolviendo sus dudas. Y el último representa un mayor compromiso. El momento de recibirlo se llama la «Ceremonia del collar» y, en ocasiones, supone la imposición de una marca en el cuerpo, como *piercings* o tatuajes. Esta fue la mía. —Señaló con orgullo un intrincado dibujo compuesto por cadenas y grilletes que formaban la letra «z» en su muñeca—. También existen los collares de inmovilización que se encuadrarían dentro del *bondage*.

—Nosotros necesitamos el «de entrenamiento». Por favor, que sea cómodo y funcional.

—Comprendo a lo que te refieres. —Tris se puso en marcha para buscarles lo que mejor se adaptaba a sus preferencias—. ¿Incluimos una correa?

—Sí.

—Faltarían las pinzas de los pezones —indicó—. ¿Puedo sugeriros una pala sado? Son ideales para principiantes porque, al incrementar el área de impacto, se suaviza el golpe. Contamos con un modelo que trae una cara blanda de acolchado en cuero y la otra dura que os permitirá alternar.

—No estoy convencido de que haya una vena sádica en mí —objetó Liam con aprensión.

—Como en todo, tú controlas la fuerza. Su propósito no tiene que ser obligatoriamente infligir un gran dolor. Tampoco me considero masoquista. Sin embargo, unos azotes ligeros son muy satisfactorios en ciertos puntos de la sesión.

—Me apetece probarla —aseveró Ryan con tanto aplomo que sorprendió al rubio—. Es decir, si tú estás de acuerdo.

—Añade la pala.

—Adoro a los dominantes que consienten a sus sumisos —si pitorreó Tris—. Cuesta creer que hace menos de un mes eras el individuo más vainilla del planeta.

—Se te ha pegado el horrible sentido de humor de Zane —replicó Liam, jocoso—. ¿Dónde se ha metido ese mal bicho?

—Lo recliné en el almacén por miedo a que espantara a tu chico. Nos preocupaba que te convirtieras en un solterón con la casa repleta de gatos. Y para uno que pica, no queríamos estropearlo —contraatacó ella con un gesto irónico.

—Iré a saludar. ¿Te quedas con esta resabida y escoges unas pinzas?

—Vale —accedió Ryan, divertido.

—Enseguida vuelvo. —Deslizó la palma por su brazo—. Grita si intenta venderte un coche usado.

—Ni caso. Solo vendo coches los jueves. —Tris agitó la mano con desdén—. ¿Qué tal lo llevas? Airear tu vida privada delante de una extraña resulta abrumador —indagó mientras lo conducía a otra zona de la tienda.

—Bien. Eres superprofesional —remarcó Ryan—. Aiden también me lo pone fácil.

—Sí, es una de las mejores personas que conozco. Tiene un corazón tan grande que no le cabe en el pecho.

—¿Ahora me amenazarás para que no me atreva a rompérselo? —bromeó.

—¡Dios, no! No soy su madre y puede cuidarse solito. —La dependienta se carcajeó a conciencia—. Pensaba regalarte un kit de lubricantes. Incluye algunos de sabores, el resistente al agua y los de efecto frío y calor que le harán cosas muy bestias a tu cuerpo.

—Últimamente, mi cuerpo ya hace cosas muy bestias sin alicientes externos. —Dirigió la vista hacia la puerta por la que Liam había desaparecido.

—Lo supongo. Estaba igual cuando empecé con Zane. —Le lanzó una mirada cómplice—. ¿Sabes qué? Tú y yo deberíamos comer juntos algún día. Los sum tenemos que apoyarnos entre nosotros. Intercambiaremos trucos y pondremos verdes a nuestros dom.

—Me encantaría —aceptó sin dudar. No solía ocurrirle a menudo, pero aquella chica le había inspirado una confianza instantánea—. ¿Puedo preguntarte algo personal?

—¡Por supuesto!

—¿Cómo logras que una relación de este tipo funcione a la larga?

—Cielo, esa es una conversación para mantener con tranquilidad delante de un buen plato de tallarines. Por el momento, te adelantaré que los ingredientes fundamentales ya los tenéis: apoyo, respeto y comunicación. Siempre he opinado que Li... Aiden sería un gran dominante y está claro que te considera especial para atreverse a dar el paso.

—Gracias.

A Ryan le habría gustado consultarle un millón de dudas. Entonces vio salir a Aiden junto a otro hombre y el retraimiento se impuso de nuevo. Al menos hasta que los ojos turquesa cargados de dulzura lo contemplaron como si fuera lo más preciado para él. Por unos segundos, el resto del universo se desvaneció y solo quedó ese instante congelado en el tiempo mientras los dos avanzaban para encontrarse a mitad de camino.

—Empaquetaré vuestra compra y meteré unas pinzas regulables —anunció Tris, curvando las comisuras de los labios con picardía.

—¿Pagamos a medias? —propuso Ryan.

—Ya pagué. —Al ver su semblante mortificado, Liam se apresuró a matizar—: Tranquilo. Conseguí un descuento jugoso.

—Aun así, son demasiadas cosas. Preferiría que me dejases contribuir.

—Lo harás. Planeo cobrártelo con intereses —garantizó, bajando la voz—. Quiero presentarte a mi mejor amigo. Nos soportamos mutuamente desde la facultad.

—Me alegra conocerte por fin, Ryan —declaró Zane, afable—. Aiden me ha hablado maravillas de ti.

—Lo mismo digo. Tenéis un negocio genial.

Al contrario de lo que había esperado, fue una velada amena. Tris y Zane le parecieron una pareja muy simpática. Ryan se marchó del establecimiento con una sensación agradable en el pecho. Su mente voló hacia los artículos que transportaban en las bolsas y el calor regresó a su piel. Cuando entraron en el coche, se abalanzó sobre la boca de Aiden con toda la urgencia que llevaba un buen rato conteniendo.

—Vamos a mi casa —imploró Ryan, repartiendo besos húmedos a lo largo de su cuello—. No aguanto más.

—Todavía no. —Liam le rodeó la cintura con un brazo—. Necesito organizarlo apropiadamente.

—¿Es una puta broma? Casi abres un agujero en mis pantalones con tu maldito dedo. Para no ser un sádico, te chifla torturarme —refunfuñó, irritado—. Estoy al borde de un ataque de nervios y a ti no te afecta.

—¿De verdad crees que no me afecta? —Le cogió la mano para guiarla a su erección—. Se me puso dura en cuanto entramos en la tienda y me imaginé utilizando esos juguetes contigo.

—¿Y por qué continúas posponiéndolo? —interpeló con desconcierto—. Estoy listo, Aiden. Confío en ti. Sé que jamás me lastimarías. Quiero... te quiero encima de mí... Sometiéndome y haciéndome sentir a salvo, como en la audición. Nadie me había hecho sentir así antes. Por eso te escogí para ser el primero.

—No te obligaré a esperar mucho más, mi niño —ofreció, conmovido—. Quedaremos esta noche. Te compensaré.

—Aplazarlo es una estupidez. Ya estamos juntos y podemos pasar el resto del día en la cama. —Le dio un apretón suave en la entrepierna, obteniendo un ronco jadeo que recibió con idéntico gozo que una caricia íntima, y atrapó su labio inferior entre los dientes—. Me fijé en tu expresión al ver el dildo. Te mueres por metérmelo y yo no me resistiré.

—¡Buen intento! —Liam se rio—. Vuelve a tu asiento y ponte el cinturón o te castigaré por desobediente.

—Sí, amo —bufó con exasperación, y siguió sus instrucciones—. ¿Alguna orden suprema más?

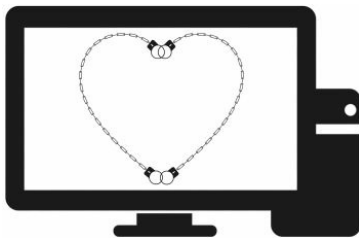
—Espérame desnudo y no cenas.

—No me dejas masturbarme y ¿ahora me prohíbes comer?

—¡No, capullo! Voy a llevarte la cena.

—Mientras el postre sea un orgasmo, me conformo. Tengo los huevos como jodidas sandías.

—¡Eres adorable! —se burló, girando la llave en el contacto.



Capítulo 15

La ansiedad que lo consumía únicamente se comparaba con su impaciencia. A medida que las agujas del reloj se aproximaban a la hora de la cita con Aiden, la presión en el estómago se iba acrecentando. Unos minutos atrás, se había desvestido por completo, como le habían ordenado, y llevaba dando vueltas por el apartamento desde entonces. No comprendía el motivo de su nerviosismo. Estaba a punto de alcanzar lo que siempre había anhelado y lo compartiría con un hombre que le inspiraba una confianza absoluta.

Habían hablado largo y tendido sobre los límites de ambos. Habían manifestado con claridad lo que deseaban de las sesiones. Sabía que podría pararlas en cualquier momento y Aiden lo respetaría. Nunca lo heriría ni abusaría de él. No debería sentir ni el más leve atisbo de miedo y, aun así, lo tenía. Cuando sonó el timbre, dio un respingo, sobresaltado. Con el corazón bombeando frenético, fue a abrir la puerta. Una mirada ávida se paseó por cada recoveco de su anatomía. Incapaz de articular palabra, Ryan se apartó y le permitió la entrada. Apenas alcanzó a registrar que llevaba un par de bolsas en las manos.

—Espero que te guste la comida india —comentó Liam, dejando los bultos sobre la barra de la cocina.

—Sí, me encanta —logró enunciar Ryan con voz temblorosa.

—Ven aquí. —En cuanto el otro se acercó, lo tomó entre sus brazos y preguntó, cálido—: ¿Por qué estás tan asustado?

—No estoy... —empezó a desmentir antes de recordar que podía leerlo como a un libro abierto—. No lo sé.

—¿Prefieres que lo pospongamos?

—¡No! —rechazó, alarmado.

—¿Seguro? —Liam lo examinó con inquietud—. No necesitas demostrarme nada.

—Muy seguro —sentenció, ganando convicción—. Solo estoy nervioso. Se me pasará.

—De acuerdo —claudicó—, pero quiero que mantengamos una comunicación constante. Tienes que decirme cómo te sientes y ser sincero al respecto. Si sospecho que me engañas, pararé. ¿Lo has entendido?

—No te mentaré —prometió, y su ansiedad se diluyó en una oleada de afecto.

—¿Conoces el código del semáforo?

—Verde significa que todo va bien, naranja que debes frenar y rojo para detener la dinámica.

—Serán nuestras palabras de seguridad —decidió, y salvó la escasa distancia que separaba sus caras para atraparlo en un beso interminable—. La comida no es lo único que he traído. —Con una sonrisa perversa, sacó un *plug* y el collar de la bolsa—. A partir de ahora, siempre estarás obligado a llevarlos durante las sesiones a no ser que yo te indique lo contrario. Me esperarás desnudo y con el collar puesto; sin embargo, meterte el juguete es tarea mía. Aún no tienes permiso para tocarte y eso incluye tu pequeño agujero. ¿Me he explicado con la suficiente claridad?

—Sí, amo. —Bajó la vista al suelo.

—Buen chico —aprobó, complacido, mientras ajustaba la cinta de cuero negro alrededor de su cuello—. ¿Te aprieta?

—No.

—Inclínate en la encimera.

Una corriente de lujuria lo atravesó al comprobar que el mandato era cumplido con premura. Liam contempló, fascinado, el sensual cuerpo que se ofrecía para su uso y disfrute particular: el tronco doblado sobre la superficie de mármol, los brazos extendidos y el trasero expuesto. Apoyó una mano en su cabeza y le aplastó la mejilla contra la piedra. Colocó un pie entre los suyos para separarle las piernas. Arrastró una caricia a lo largo de la columna vertebral y deslizó un dedo por la raja. Percibió la contracción del esfínter bajo su yema y un ardiente suspiro escapó de la boca de Ryan. Liam inspiró hondo para no perder el control. Jamás imaginó que el papel de dom lo excitaría tanto.

—¿Cuánto me deseas dentro de ti? —inquirió Liam, sobando los arrugados pliegues.

—Mucho —aseveró Ryan.

—¿Crees que te lo mereces? —Empujó hasta enterrarse unos milímetros en su ano.

—Sí, amo. He sido obediente —adujo con voz roca.

—Eso es verdad —coincidió, retirándose de su interior. Un quejido de frustración lo hizo reír—. Paciencia, mi niño. Vine preparado.

Liam cogió una botella de lubricante, vertió un generoso chorro sobre la palma y se embadurnó a conciencia. A pesar de su total predisposición, no olvidaba que el chico carecía de cualquier experiencia por detrás. Debía ser muy cuidadoso al principio. Ejerció presión con el índice resbaladizo y el orificio fue abriéndose lentamente. Lo metió hasta el nudillo y lo retiró despacio. Al comprobar que los músculos se aflojaban a su alrededor, aumentó la intensidad del bombeo.

Ryan jadeaba y vibraba bajo sus atenciones. Había cerrado los párpados y se mordía el labio con un semblante de entrega absoluta. Resistiendo la tentación de inclinarse para reclamarle un beso, el policía añadió el medio al asalto. Los taladró de una estocada y arrastró las yemas hasta alcanzar el sitio correcto. Al acometer contra en ese punto, el actor soltó un escandaloso gemido.

—¿Te estimulas la próstata al masturbarte? —indagó Liam, ensañándose con la sensible zona.

—A veces, pero prefiero que me lo hagas tú —confesó Ryan, extasiado.

—¿Quieres algo más grande?

—¡Dios, sí!

—Mi niño sucio —se mofó.

Cuando su palpitante agujero quedó vacío, Ryan experimentó unas ganas imperiosas protestar; sin embargo, el sonido de un envoltorio rasgándose lo detuvo. Incapaz de resistir la curiosidad, se incorporó un poco y miró por encima del hombro. Aiden estaba lubricando el *plug*. Sus ojos se encontraron, intercambiando un sinfín de promesas silenciosas, y ya no se apartaron mientras el rubio le introducía el juguete. Un objeto grueso apretó contra su ano y continuó avanzando, implacable, hasta llegar al tope. Aunque no le dolió, la sensación de ser llenado y estirado a esa

velocidad le resultó tan morbosa como abrumadora.

—¿Estás bien? —consultó Liam, amasándole las nalgas.

—Sí —asintió Ryan con un incendio extendiéndose por su piel.

—Estupendo —celebró, alejándose—. Me lavaré las manos y podremos cenar.

—¡¿Qué?! ¿Ahora? —interpeló, atónito.

—Sí, no querrás que se enfríe la comida.

—¿Estás de coña?

—No, hablo muy en serio. Pon la mesa —exigió, adoptando ese tono autoritario que cada vez le salía con mayor naturalidad.

—Aiden, voy a reventar.

—¿Necesitas que te recuerde quién manda aquí y lo que sucederá si desobedeces? La sesión no ha terminado —señaló, imperturbable—. Tienes prohibido correrte sin mi consentimiento.

—¡Joder! —resopló—. Vale.

Las carcajadas de Aiden mientras se dirigía al cuarto de baño le hicieron un flaco favor a su irritación. Tragándose una larga retahíla de improperios, Ryan se enderezó con piernas inestables. En cuanto dio el primer paso, tomó plena consciencia del artefacto que llevaba alojado en el recto. Andar con aquella cosa incrustada era una auténtica prueba de fuego a medio camino entre el placer y la tortura. Si le sumaba una erección descomunal, la incomodidad estaba servida. Aun así, la idea de detenerlo ni siquiera pasó por su cabeza. Ansiaba descubrir qué nuevas perversiones lo aguardaban.

Cuando Liam regresó del aseo, Ryan había colocado los platos en la mesa y estaba desembalando la comida. Se apoyó contra una pared, cruzó los brazos y admiró el lascivo espectáculo con una sonrisa pérfida. Verlo desnudo, con los muslos ligeramente separados y el tope del *plug* asomando entre sus glúteos agravó la tienda de campaña que se le había formado en los pantalones. Era, sin lugar a dudas, la situación más caliente de su existencia y todavía faltaba lo mejor. Había nacido para ser su dom.

—La cena está servida, señor —anunció Ryan con sorna.

—En ese caso, ya puedes sentarte —exhortó Liam, jocoso, acomodándose en la silla de enfrente.

Ryan le lanzó una mirada asesina, pero se abstuvo de discutir. Apretando los dientes, tomó asiento y buscó la postura idónea. Cada pequeño movimiento que realizaba era una odisea. La presión en su esfínter rozaba lo insoportable y un quejido ahogado se le escapó de la garganta. Con los ojos vidriosos y las mejillas ruborizadas, se sirvió un pedazo de pollo. Una leve vibración en su interior lo congeló. Levantó la vista, sobresaltado, y se fijó en que Aiden portaba un control remoto en la mano. Su chico le dedicó un ademán burlón y aumentó la velocidad sin dejar de observarlo. Ryan soltó el tenedor en el plato y se aferró al borde de la mesa con el rostro contraído por el gozo.

—¿Tu palabra de seguridad? —demandó Liam.

—Verde —murmuró Ryan, respirando de manera agitada.

—Come —exigió, severo.

Ryan asintió, inspiró hondo y recogió el cubierto. Pese a que su apetito se había desvanecido con el inicio del cosquilleo, fue cortando pedacitos que masticaba muy despacio y tragaba con abundante cerveza. Entretanto, Aiden le masajeaba los testículos con la suela del zapato y atacaba una *Masala Dosa* como si su sufrimiento no le concerniera. Cuando pensaba que lograría acostumbrarse, la intensidad volvió a aumentar, arrancándole una serie de incontables suspiros. A esas alturas, la dureza de su entrepierna había alcanzado límites dolorosos y chorreaba líquido preseminal. Incapaz de seguir realizando el simple movimiento de alimentarse, desistió y clavó los dientes en su labio inferior, aguardando a que lo liberaran de la sublime tortura.

—¿Ya has terminado? —preguntó Liam, estudiándolo con diversión.

—Sí, amo —musitó Ryan, bajando la cabeza.

—Ven a buscar tu postre —instó, separando su silla de la mesa.

Le temblaban tanto las rodillas que, por un segundo, Ryan estuvo seguro de que se desplomaría en el suelo. Apoyándose en el tablero, rodeó el mueble y fue reunirse con su malicioso amante. Aiden lo agarró por las caderas para forzarlo a sentarse a horcajadas sobre sus muslos. Después le mostró el control remoto, elevó la potencia y le estampó una palma contra la nalga derecha. El actor gritó con una confusa mezcla de tormento y deleite.

—¿Cómo estás? —averiguó Liam.

—Verde —contestó Ryan, y se aferró a su cuello por miedo a perder el equilibrio. De inmediato, un nuevo golpe aterrizó en su cachete izquierdo. Los alaridos precedieron a los sollozos al sumarle media docena más. En cuanto se detuvo con el ceño fruncido de preocupación, se apresuró a decir—: Verde.

—¿Te gustan los azotes? —preguntó Liam, acariciando las zonas magulladas.

—Sí.

—En otro momento, lo haremos en debida forma —prometió—, pero ahora yo también quiero tomarme mi golosina. —Le sujetó las muñecas, se las llevó a la espalda, forzándolo a que las mantuviera allí, y le rodeó la cintura con un brazo—. Tranquilo. No te dejaré caer.

La lengua de Aiden encontró su garganta, se deslizó por su torso, recorrió la areola derecha con movimientos circulares y succionó la tetilla sin piedad. Intercaló pequeños mordiscos con lametones para aliviar la quemazón que causaban los dientes. Cuando Ryan ya la notaba tan sensible que un leve roce parecía un suplicio, el rubio chupó con fuerza, estremeciéndolo de dolor. Su mano libre jugaba con el estirado orificio, tirando del *plug*, que continuaba vibrando a una velocidad desquiciante, y luego introduciéndolo de un brusco empujón. Ryan necesitaba correrse con urgencia; sin embargo, Aiden se lo había prohibido. En ese punto, las sensaciones se tornaron demasiado abrumadoras y comprendió que estaba al límite. Reuniendo las energías que le quedaban, masculló:

—Naranja. —Su chico se detuvo al instante—. Lo lamento, amo. No aguanto más.

—No te disculpes. Estuviste perfecto. —Liam lo contempló con ternura, y empuñó su miembro—. Relájate. Te ayudaré a llegar.

Ryan apoyó la frente en su hombro con una docilidad que encandiló a Liam y permaneció

estático mientras lo masturbaba. Apenas precisó unos pocos tirones para conseguir que se sacudiera encima de sus piernas, gritando de placer y empapándole la mano con un largo chorro de semen. Verlo alcanzar el orgasmo supuso el broche de oro a una situación que llevaba un buen rato consumiéndolo de lujuria. Era tal su excitación que terminó por eyacular sin tan siquiera tocarse. Lo apretó contra su cuerpo y buscó sus labios con urgencia. Se fundieron en un beso que comenzó voraz y fue tornándose más pausado a medida que transcurrían los minutos.

—¿Podrías... podrías apagar el *plug*? Empieza a escocerme —solicitó Ryan, luciendo una mueca tensa.

—¡Mierda, perdona! Lo había olvidado por completo. —Liam pulsó un botón y extrajo el artefacto con sumo cuidado—. ¿Mejor?

—Mucho mejor —asintió—, pero tú no te has...

—Esto resulta embarazoso: me corrí en los pantalones, igual que un puto adolescente cachondo. —Ambos se rieron—. ¿Fue como lo habías imaginado?

—No, superó todas mis expectativas —corrigió, esbozando una gran sonrisa—. Ha sido alucinante.

—Me alivia saberlo —suspiró—. Estuve cerca de interrumpir la dinámica en varias ocasiones. Tenía la impresión de me excedía y no lo disfrutabas en absoluto. Al oírte llorar, casi sufro un infarto.

—No lloré porque me desagradase. Al contrario. El gozo era tan intenso que mis sentidos estaban sobrecargados y los sollozos se convirtieron en la única vía de escape —puntualizó, jugando con los mechones dorados de su flequillo—. Es difícil de explicar. Ni yo mismo lo entiendo bien. Hace años que acepté mis tendencias sumisas; sin embargo, no me atreví a explorarlas hasta que nos conocimos. Ahora me alegro de haber esperado. Nunca olvidaré este día maravilloso. Lo atesoraré sin importar el tiempo que transcurra o la distancia que nos separe.

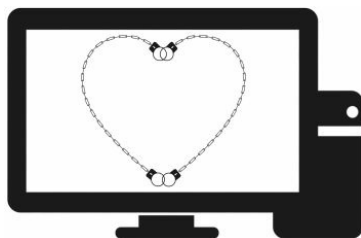
—Admito que para mí fue una sorpresa. Ignoraba que me atraía el rol de dom. Cuando comencé a investigar, hallé lo que siempre les había faltado a mis relaciones. En retrospectiva, supongo que el tipo de porno que consumía debió darme una pista —expuso, causando las carcajadas de Ryan—. Aunque sospecho que te enfadarás, necesito decirte lo que me ronda por la cabeza o jamás podré perdonármelo: no soporto la idea de que grabes esa maldita película y otro hombre ponga sus zarpas sobre ti. Quiero que seas solo mío. Te protegeré hasta mi último aliento, cuidaré de ti y me emplearé a fondo para satisfacerte.

—Aiden... —susurró, enternecido, y le acunó la mejilla—. Nada me haría más feliz que ser tuyo, pero no me encuentro en posición de elegir. Sigo atrapado.

—Lo sé —afirmó—, y ha llegado la hora de que me cuentes qué usa Zac para extorsionarte. Confía en mí, por favor.

—Confío en ti.

—Pues permíteme ayudar.



Capítulo 16

Contempló el semblante inquieto del hombre que lo sostenía sobre su regazo y comprendió que no deseaba seguir transitando en solitario por el mundo. Ryan estaba harto de negarse la felicidad debido a una creencia absurda de que no la merecía. Cansado de renunciar al calor de otro ser humano por miedo. Aburrido de acostarse en una cama vacía cada noche. Lamentablemente, llevaba tanto tiempo repitiéndose que no precisaba a nadie para salir adelante que había olvidado cómo pedir ayuda. Le preocupaba que Aiden se formara una mala opinión de él. Temía que acabase herido si se empeñaba en intervenir. Lo fácil habría sido mantener su silencio, rechazar la propuesta de exclusividad y retomar el plan que había trazado antes de conocerlo; sin embargo, la mera idea le oprimía el corazón y amenazaba con arrancárselo del pecho.

La única oportunidad de conquistar su libertad y conservar la hermosa relación que empezaba a forjarse entre ellos pasaba por ser sincero. Debía tomar las riendas de su vida. Tenía que desembarazarse del monstruo que lo controlaba de una maldita vez. Esbozando una sonrisa cálida, se soltó del abrazo con delicadeza y trató de incorporarse. Sus piernas aún no habían recuperado toda la estabilidad tras la intensa sesión y trastabilló. Al momento, Aiden estaba detrás de él, sujetándolo. Luego, sin previo aviso, lo cogió en brazos y lo llevó al dormitorio.

—¡Bájame, animal! Peso demasiado —protestó Ryan, carcajeándose—. Puedo caminar.

—Nunca dije que no pudieras, pero me encanta cargar con chicos guapos —repuso Liam, jocoso—, y soy más fuerte de lo que aparento.

—¡Idiota! —exclamó en cuanto lo arrojó sobre el lecho—. Desnúdate y ven aquí.

—¿Me estás proponiendo un segundo asalto? —inquirió, pícaro, y se desvistió con celeridad.

—No, solo necesito sentirte cerca. —Se metió bajo las sábanas y apoyó la espalda en el cabecero con aire taciturno—. Voy a confesarte algo horrible y me aterra que te marches. Quiero disfrutar de lo nuestro mientras dure.

—Eso es imposible. Nada cambiará lo mucho que me importas —sentenció, acomodándose a su lado—. Ten un poco de fe en mí.

—La tengo. Sé que tú eres diferente, pero me he acostumbrado a las decepciones y no resulta fácil desprenderse de los viejos traumas —explicó, cabizbajo—. Por favor, no te rindas conmigo. Lo estoy intentando.

—Jamás, mi niño.

—Me preguntaste qué utilizaba Zac para controlarme —comenzó, armándose de valor—. La respuesta corta sería dinero. Una deuda que Andrew me legó al desaparecer.

—¿Y la larga?

—La larga es la que me da miedo. —Apretó los párpados un instante y prosiguió—: Te hablé de la relación que mantuve con mi hermano durante la adolescencia. En esa época, conocimos a Zac. Nosotros éramos unos críos y él estaba en la treintena. Antes de fundar *Sueños Húmedos*, incursionó en el porno grabando escenas con menores de edad que vendía a un montón de pederastas. Andrew me propuso que le dejáramos filmarnos mientras se la chupaba. Al principio, me opuse; sin embargo, el cabrón siempre encontraba el modo de manipularme para que

obedeciera. Como un imbécil, accedí y fue una experiencia muy desagradable. Cuando Zac nos pagó, pensé que se había terminado. Pronto descubrí que me equivocaba.

»Al cabo de unos días, Andrew me comentó que le había ofrecido más dinero a cambio de llevarle a otros chavales. De nuevo, caí en la trampa y lo ayudé a captar a mis compañeros de instituto —relató, lleno de remordimientos—. Uno de ellos se lo contó a sus padres y alertaron a la policía. A mí me arrestaron y lo único que evitó que ingresara en un reformatorio fue que no hallaron pruebas al registrar la vivienda de Zac. Andrew se libró, ya que en ningún momento había dado la cara. Al enterarse, mi madre tomó la decisión de enviarlo a Phoenix para erradicar la nociva influencia que ejercía sobre mí. Tardé en entenderlo.

—¿En serio pensabas que me largaría al escuchar tu historia? —cuestionó Liam, pasándolo un brazo por los hombros y atrayéndolo hacia su cuerpo para reconfortarlo—. Tú fuiste una de las víctimas. Andrew era un psicópata y Zac un puto degenerado. Si pudiera, los colgaría a ambos de los huevos.

—Sería digno de ver. —Sonrió con una desgarradora melancolía—. A raíz de aquel suceso, Zac se obsesionó conmigo de una manera enfermiza. Me acosó durante años. Incluso me ofreció tres mil dólares si le permitía grabarme metiéndome un vibrador. A pesar de mis reiteradas negativas, no paraba de insistir. Cuando tomé la decisión de denunciarlo, me interceptó delante de la comisaría y me advirtió que iba a difundir el vídeo entre los alumnos de mi clase si lo delataba. Un chico con el que salía me comentó que un individuo mayor lo había intimidado para que se alejara a mí. No era la primera vez que uno de mis amigos me rehuía sin ninguna explicación y me habitué a que sucediera con frecuencia. Llegó un punto en que evitaba encariñarme con la gente.

»En la universidad, creí que por fin había desistido. Llevaba meses sin molestarme y empecé a pensar que sería capaz de tener una vida normal. Entonces Andrew regresó a Los Ángeles y precipitó los acontecimientos. Al desaparecer, averigüé que se había metido en líos con la mafia. Unos tipos rusos se presentaron en mi casa y me informaron de que les había robado un cargamento de drogas valorado en cien mil dólares. Si no les pagaba enseguida, matarían a Evelyn. Esa tarde Zac reapareció interpretando un papel de salvador que le venía grande. Me aseguró que se había enterado de la noticia a través de sus socios y se ofreció a comprarles la deuda a cambio de que trabajase para él en la productora hasta saldarla. Aunque la idea me repugnaba, acepté porque carecía de opciones y el cerdo obtuvo lo que siempre había buscado. Lo más extraño es que nunca me ha puesto la mano encima. Se conforma con experimentar sus asquerosas fantasías detrás de una cámara.

—Igual es impotente —apuntó Liam, tratando de digerir la información—. ¿Te has planteado que quizá Andrew y Zac estaban compinchados desde el principio para tenderte una trampa?

—Muchas veces, pero no me valdría de nada probarlo. Sus socios son reales y extremadamente peligrosos. Durante mi primer año en *Sueños Húmedos*, me hice amigo de uno de los actores. Se llamaba Enrique Santos y era hijo de inmigrantes mexicanos. Tras grabar juntos varias escenas, se desvaneció sin dejar rastro. Lo conocía bien y sé que jamás habría abandonado a su familia. Sospecho que lo asesinaron por acercarse demasiado a mí. —Guardó silencio, inspiró hondo y le lanzó el interrogante que había temido desde el inicio—: ¿Todavía quieres estar conmigo?

—Por supuesto. No me moveré de tu lado —aseveró, sorprendiendo a Ryan con su férrea

determinación—. Voy a sacarte de esa mierda.

—¿Cómo? —interpeló, alarmado—. Si te enfrentas ellos, acabarás muerto.

—Encontraré la forma.

—Aún no he decidido si eres un iluso o un loco. —Apoyó la cabeza en su hombro.

—Tendrás que tomarte tu tiempo para averiguarlo.



Por la mañana, se despertó con su polla dentro de la boca de Aiden y el culo invadido por un dedo travieso. Sin alargarlo con juegos ni torturas sexuales, lo llevó de prisa al orgasmo y se tragó cada gota de semen. Cuando Ryan le preguntó a qué se debía su arranque de pasión, le contestó que era un premio por confiar en él. Después de insistir bastante, logró que le permitiera devolverle el favor en la ducha. Pese a que el sexo que compartieron fue muy vainilla, percibió que el vínculo entre dom y sum se fortalecía.

Le costaba asimilar que continuase allí tras su confesión de anoche. Estaba tan habituado al abandono que ni siquiera sabía cómo comportarse. Por suerte, Aiden era un experto haciéndolo reír y aligerando el ambiente. Desayunaron juntos, charlaron un rato y se despidieron con un beso apasionado y la promesa de que se verían más tarde. Una sonrisa enorme se dibujó en el rostro de Ryan mientras cerraba la puerta. Apenas recordaba la última vez que había experimentado una dicha así de plena. Aiden había dejado una marca imborrable en su alma.

La llamada de Tris terminó de redondearle el día. Ella le propuso que salieran a comer y Ryan aceptó sin dudar. Se había hartado del aislamiento. Anhelaba la vida de un joven de veintiséis años normal; contar con una pareja y amigos en los que apoyarse. Se citaron en un pequeño y acogedor restaurante de comida asiática. Cuando entró, la dependienta ya estaba sentada a una mesa. Él curvó las comisuras de los labios y fue a su encuentro.

—¡Hola! ¿Llevas mucho esperando? —indagó Ryan, acomodándose en una silla.

—No, llegué hace un par de minutos —aclaró Tris—. ¿Qué tal va todo?

—Genial.

—A juzgar por tu cara de felicidad, te lo compro. —Se rio con malicia—. Déjame adivinar: Aiden.

—Sí —asintió, ruborizándose—. Digamos que ayer estrenamos algunos de los juguetes que nos vendiste.

—Era tu primera vez sesionando, ¿cierto? —Lo estudió con interés—. No tengo por costumbre entrometerme en la intimidad de la gente. Lo que sucede es que tu chico le pidió consejo a Zane y no hay secretos entre nosotros.

—Sí, lo era para los dos —confirmó, jugando de manera nerviosa con la servilleta—. Aún estamos midiendo los límites y descubriendo qué nos gusta, pero fue increíble. Nunca me había sentido tan libre y protegido.

—Precisamente, eso es lo que consigue un buen dom. Eres muy afortunado de haberte iniciado con Aiden. Por desgracia, hay demasiados narcisistas disfrazados de dominantes. Nuestra

comunidad es un campo abonado para los maltratadores. Personas que utilizan la manipulación, el miedo y la culpabilidad para suprimir o viciar el consentimiento de sus víctimas.

—Aunque no practicábamos BDSM, me ocurrió algo similar hace años —desveló, asombrado por lo acertada que había sonado su descripción—. Ahora soy consciente de que existía una jerarquía entre nosotros y que se aprovechaba del control que ejercía sobre mí.

—Cielo, me temo que la mayoría de los sumisos hemos pasado por situaciones de esa clase en algún punto del camino —señaló, dedicándole una mirada compasiva—. No siempre resulta fácil identificarlas. En ocasiones, la información que nos llega es confusa y no ayuda a distinguir el abuso del auténtico BDSM. Nos venden que hay unas normas de obligado cumplimiento en lugar de dinámicas deseadas por los dos. Algunos se sirven de tu ignorancia para coaccionarte.

»En mi caso, entré en este mundo muy joven y cargada de ingenuidad. Conocí a un hombre que aseguraba tener mucha experiencia. Como una idiota, me tragué todas sus patrañas. Me convenció de que yo estaba únicamente para servirlo. Sosteniendo que era el deber de una buena sumisa, me presionaba para someterme a juegos que no disfrutaba en absoluto. No respetaba mis límites. No me permitía detener los castigos. Dejó de consensuar las sesiones. Si intentaba explicarle que me hacía daño, recurría al chantaje emocional, me culpaba o amenazaba con abandonarme. Sin remedio, mi autoestima se resintió, me llené de tristeza y fui alejándome de mis seres queridos. —Una chispa de rabia brilló en sus pupilas—. Mi mejor amiga detectó los síntomas del maltrato y me sacó de allí por una oreja. Quedé tan hecha polvo que prometí no regresar a la comunidad. Hasta que Zane irrumpió en mi vida. Te garantizó que no se lo puse nada fácil. El pobre sudó tinta para ganarse mi confianza. Decidí darle una oportunidad y jamás me he arrepentido. Me demostró que el BDSM no implica sufrimiento real. Puede ser reconfortante y satisfactorio si lo compartes con el dom adecuado.

—Tenemos más cosas en común de lo que imaginaba.

—¿Por qué crees te invité a comer? —cuestionó, socarrona—. Lo intuí en cuanto entraste en la tienda. Se me da bien encontrar a las almas torturadas e incorporarlas al club de sum alegres.

—Seguro que tú eres la presidenta —se carcajeó.

—¡Pues claro!

—En mi caso, no dudo de Aiden. Me asusta no ser lo bastante bueno para él —admitió, poniendo en palabras un miedo que lo había afligido desde el principio.

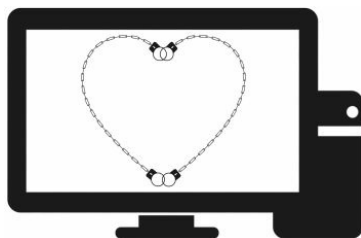
—¡Qué tontería! Ambos sois personas maravillosas y solo hay que veros juntos para saber que estáis locos el uno por el otro —argumentó—. Además, Aiden lucha contra sus propios demonios. Se vio obligado a cortar los vínculos con los miembros de su familia porque se empeñaban en imponerle metas que él no estaba dispuesto a cumplir. Hace años que no habla con ellos.

—Me comentó que los visitaba con frecuencia —contradijo, desconcertado.

—Ah... —farfulló, repentinamente nerviosa—. ¡Qué raro! Se habrán reconciliado hace poco y por eso todavía no le ha dado tiempo a contárnoslo.

Ryan la observó con el ceño fruncido. Su expresión culpable la delataba. Mentía y no alcanzaba a comprender el motivo. Si Aiden no se relacionaba con sus padres, ¿a dónde iba cuando le resultaba imposible quedar? ¿Y por qué lo engañaba? Sin que pudiera evitarlo, los

traumas reaparecieron para colmarlo de dudas. Quizá no era el hombre que pensaba y se había equivocado al fiarse de él. De repente, la felicidad que lo había acompañado durante todo el día empezó a desvanecerse y, en su lugar, se instaló una profunda decepción. Había sido un necio al convencerse de que su amarga existencia cambiaría. Estaba condenado a la soledad.



Capítulo 17

Un buen día podía torcerse muy rápido. La llamada de Tris para alertarlo de su metedura de pata fue el detonante. Liam contuvo a duras penas el imperioso deseo de subirse al coche y correr a suplicar el perdón de Ryan. Imaginaba que estaría confuso y enfadado. Acababa de descubrir que le mentía. Era lógico que pensara lo peor. El inspector esperaba con angustia ese momento desde que comprendió que se había prendado de él. Dudaba que le concediera la oportunidad de explicarse, pero al menos lo intentaría. Después de todo lo que habían compartido, le debía honestidad. No obstante, primero tenía otro asunto del que ocuparse. El *Grupo Fantasma* había hecho nuevas averiguaciones.

Tras despedirse de Ryan, los había telefoneado para notificarles la última revelación del actor. A pesar de que se sentía como si violara su confianza, resultaba crucial para el caso. Les había facilitado un valioso cabo del que tirar y, según le había asegurado el capitán, ya empezaba a dar frutos. Ahora se dirigía a la base para que lo pusieran al tanto. Con suerte, la farsa concluiría pronto y podría construir algo duradero con Ryan que se basara en la sinceridad absoluta. El ambiente era frenético en el centro de operaciones. Sus colegas estaban exaltados.

—¡Menuda tarde de locos llevo! —bufó Rosa a modo de saludo—. No he descansado ni cinco minutos para tomarme un mísero café.

—¡Qué espanto! Necesitas ingerir cafeína o te vuelves más desagradable de lo acostumbrado —se mofó Liam frente a la cara de circunstancias de su amiga—. Te traeré una taza tamaño industrial si me haces un resumen rápido antes de la reunión.

—Para ser gay, sabes cómo tentar a una mujer —señaló, guasona—. El policía que tramitó la denuncia de Henry Jones me contactó. Oficialmente, Andrew terminó en el calabozo tras propinarle una paliza a su tío y la persona que pagó la fianza no era de su familia, sino un ciudadano de nacionalidad rusa: Pavel Kuznetsov. Según los de *Crimen Organizado*, se trata de la mano derecha de Nikolay Petrov. Cuando le pregunté qué podía contarme de forma extraoficial, mencionó sus sospechas de que la mafia había amenazado a Henry para que se echara atrás. Estaba tan asustado que se negó en redondo a hablar con las autoridades de nuevo. Aunque no consiguieron probarlo, también sostenía que, en aquella época, Andrew colaboraba con una red de tráfico de menores. Secuestran o compran a niños en zonas pobres de Rusia y los traen a Estados Unidos para prostituirlos.

—La historia que le contó a Ryan era cierta, pero no relataba sus experiencias, sino las de sus propias víctimas —manifestó, lúgubre.

—Pensé lo mismo. Las retransmisiones de la *Dark web* son la punta del iceberg. Hay un negocio de índole sexual muy turbio en marcha. No solo abarca Los Ángeles; sus tentáculos se extienden por todo el país —coincidió con tristeza—. Eso nos lleva a Zac Watson. A raíz de tus pesquisas, hurgué un poco en las circunstancias que rodearon a la detención de Ryan en su adolescencia. Al saber dónde escudriñar, resultó más fácil. El chaval que lo delató se llamaba Kai Keahi, tenía quince años y era de procedencia hawaiana. Sus padres declararon que un compañero de clase lo había escoltado hasta una tienda de fotografía en Pasadena para que un hombre adulto lo grabase masturbándose a cambio de dinero.

»Los agentes comprobaron que Zac era el arrendatario del local. Solicitaron una orden de registro para el negocio y su vivienda; sin embargo, no hallaron absolutamente nada que apoyase el testimonio del chico. Por lo visto, Kai estaba en tratamiento psiquiátrico por una esquizofrenia y atribuyeron sus acusaciones a un brote psicótico. Apenas hay constancia de ese suceso en las bases de datos, ya que no se presentaron cargos. No obstante, pasaron por alto un detalle fundamental: el edificio donde se ubicaba el estudio pertenecía a Nikolay Petrov.

—¡Eres un puñetero genio! Has encontrado la conexión entre el productor y los rusos — celebró, pletórico.

—La hemos encontrado. No habría llegado hasta ahí si tú no me hubieras indicado el camino —corrigió, curvando las comisuras de los labios con simpatía—. En conclusión, Zac no guardaba el material pedófilo porque trabajaba para ellos. Su único cometido era filmarlo. La organización de Petrov se encargaba de distribuirlo. Debieron de ascenderlo por sus servicios y, en la actualidad, se dedica a lavarles el dinero sucio a través de *Sueños Húmedos*.

—Andrew entró en la mafia a los dieciocho años. —Arrugó la nariz para exteriorizar su repulsa—. Sabía que no le convenía jugar con esa gente. El tipo me parece un psicópata, pero no era tan imbécil como para robarles un cargamento de drogas. Ansiaba herir a Ryan a toda costa y se aprovechó de que Zac estaba obsesionado con él para involucrar a sus socios comunes. Le tendieron una trampa. ¿Puedes localizarlo ahora que tenemos nuevas pistas? Me encantaría verlo entre rejas.

—Puedo intentarlo —ofreció—. En cuanto al resto, Christopher ha rastreado a Enrique Santos sin suerte. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Aera ha descubierto varios casos sin resolver de mendigos asesinados de una manera brutal en las inmediaciones de Skid Row. Todos de nacionalidad extranjera. Fred se ha desplazado hasta la zona para interrogar a los testigos. El contacto en *Crimen Organizado* del capitán nos ha alertado de que sospechan que van a traer otro cargamento de ilegales pronto. Es probable que entre esos pobres desdichados viaje la siguiente víctima de la *Dark Web*. Si crees que Ryan posee información útil acerca de las actividades delictivas de Zac, ha llegado la hora de que lo presiones. Nos quedamos sin tiempo.

—Entiendo que estéis de los nervios.

—¿Me he ganado ya el café?

—Sí, iré a buscártelo y me serviré uno para mí. Intuyo que será un día muy duro.



Era mala señal que no le cogiera el teléfono. Liam estaba desesperado. Se había pasado veinte minutos pulsando el timbre de Ryan sin obtener respuesta. Entonces se le ocurrió que quizá había salido a visitar a Evelyn y puso rumbo al hospital. No cesó de llamarlo por el camino. El manos libres de su coche echaba humo; sin embargo, sus tentativas de comunicarse con él siempre terminaban en el buzón de voz. Desistió de implorarlo que descolgara al tercer mensaje lastimero. No precisaba ser demasiado avisado para percatarse de que lo evitaba. Liam se resistía a aceptar que lo había perdido.

Aparcó el vehículo en una plaza reservada al personal médico y recurrió a un uso cuestionable de su placa para que la recepcionista le facilitase el número de habitación. Esprintó por los

corredores y se detuvo frente a la puerta, agitado. Al abrirla, lo localizó sentado junto al lecho de una mujer extremadamente delgada, lívida y ojerosa. Se apreciaba que había sido guapa en otra época, pero la enfermedad la consumía. Ella lo observó con curiosidad. Ryan giró la cabeza y su semblante mudó de la calma a la furia en cuestión de segundos, comunicándole que era el último ser humano en la tierra al que deseaba ver. Aun así, realizó el esfuerzo de contenerse delante de su madre para no alterarla.

—¿Qué haces aquí? —interpeló Ryan con un rictus tenso.

—Necesito hablar contigo —expuso Liam.

—Estoy ocupado.

—Esperaré.

Ryan lo fulminó con la mirada. Su rostro se crispó, su cuerpo se puso rígido y abrió la boca con la intención soltar un comentario desagradable. Luego pareció recordar dónde se encontraba y relajó la postura. Emitió un débil resoplido y optó por ignorarlo. No tenía interés alguno en escuchar sus explicaciones. Una profunda congoja se apoderó de Liam. Su mayor miedo acababa de cumplirse.

—¿No vas a presentarme a tu amigo? —intervino Evelyn, estudiando con atención la peculiar escena que se representaba ante ella.

—No es mi amigo y ya se iba —escupió Ryan.

—¿Y tus modales? Te eduqué para tratar mejor a las personas —lo reprendió con dureza—. Entra, cielo.

—No pretendo molestar —formuló Liam, acercándose con pisadas vacilantes.

—¡Tonterías! Las visitas son bien recibidas. —Esbozó una sonrisa cálida—. Supongo que eres Aiden, ¿verdad?

—Sí.

—Ryan me ha hablado mucho de ti —desveló, ignorando la expresión suplicante del aludido—. Adoré las fotografías que tomaste en Santa Mónica. Fue un detalle precioso.

—Me alegro de corazón. Comprendo que le guste la noria.

—Ryan, ¿me llenas la jarra de agua? —demandó, manteniendo una silenciosa batalla de voluntades con su hijo—. Tengo sed.

—Sí, mamá. Regreso enseguida —claudicó, taciturno, y abandonó el cuarto sin echarle ni un breve vistazo al otro hombre.

—Siéntate a mi lado, Aiden. —En cuanto su invitado ocupó la butaca que el hispano había dejado libre, ella suspiró con melancolía y dijo—: ¿Sabes lo que me encanta de tus fotos? En ellas, Ryan parece feliz. Era un niño retraído la primera vez que lo llevé a Santa Mónica. Lo había pasado muy mal y no le resultaba fácil abrirse. Cuando montamos en la noria, se relajó al contemplar el atardecer. Había esperanza en sus ojitos asustados. Por eso siempre insistía en subir. Para mí el espectáculo más bello era presenciar cómo iba recuperando su infancia. Durante los últimos días, he percibido alegría en él de nuevo. Hasta hoy. Aunque se guarda sus problemas para no preocuparme, noto que ha vuelto a encerrarse en sí mismo. ¿Qué sucede?

—La he cagado —admitió, agachando la cabeza.

—¿Con mala fe?

—No, jamás lo heriría aposta —aclaró de inmediato—. Yo lo... Él me importa.

—En ese caso, todavía puedes arreglarlo. No te rindas —aconsejó, leyendo entre líneas lo que Liam no se atrevía a pronunciar en voz alta—. A Ryan le cuesta confiar, pero es una persona leal. Me ha apoyado desde que los médicos detectaron mi cáncer e hizo lo imposible para que recibiera los mejores tratamientos. Por desgracia, el pronóstico no es alentador. Moriré pronto y no quiero que se quede solo. Merece tener a un hombre decente en su vida que lo ame. Prométeme que cuidarás de él.

—Lo prometo —aseveró con un nudo en la garganta.

—Gracias. Me has sacado un gran peso de encima.

En ese instante, Ryan irrumpió en el dormitorio. Los observó, extrañado, antes de recuperar su actitud distante. Llenó un vaso de agua y ayudó a su madre a incorporarse para que bebiera. Al terminar, la recostó y comenzó a arroparla como si los papeles entre ellos se hubieran intercambiado. La inmensa ternura que demostraba atendiéndola conmovió a Liam.

—¿Por qué no sales a hablar con tu amigo? —sugirió Evelyn, sosteniendo su mano—. Estoy cansada y necesito dormir un rato.

—Vendré mañana.

Ryan la besó en la mejilla y se marchó. Sabía que ella pretendía forzar una reconciliación. Incluso postrada en la cama de un hospital, continuaba velando por su felicidad. Tenía buenas intenciones, pero ignoraba que Aiden no era digno de sus esfuerzos. Al reparar en que lo seguía, aceleró el paso. Experimentaba el imperioso deseo de huir y esconderse del sufrimiento.

—¿Puedes pararte un minuto y escucharme? —suplicó Liam, exasperado, mientras corría detrás de él.

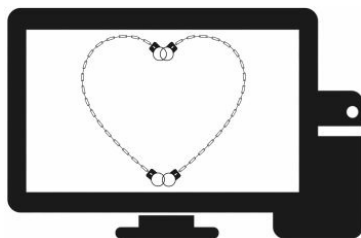
—No me interesan tus mentiras —rezongó Ryan.

—Se acabaron las mentiras. Voy a contarte toda la verdad.

—Empieza —exigió, deteniéndose de forma abrupta para arrojarle una mirada desafiante—. Explícame a dónde vas cuando supuestamente estás visitando a una familia con la que no te hablas desde hace años. Convénceme de que no eres un cabrón embustero.

—Aquí no. Acompáñame y te lo enseñaré. —Ante el ademán reticente de Ryan, añadió con pesar—: Si después prefieres que me mantenga alejado, te garantizo que no volveré a molestarte.

—De acuerdo.



Capítulo 18

Subir al coche de Aiden fue un error. Ryan se maldecía por su estupidez. Estaba tan desesperado por convencerse de que, en el fondo, compartían un vínculo auténtico que no pensaba con claridad. Si le había mentido acerca de su familia, significaba que escondía algo. Se sentía decepcionado, triste y dolido. A pesar de sus miedos, se había esforzado por confiar en él y le había confesado secretos muy vergonzosos. En cambio, el otro no había sabido corresponderle con la misma franqueza. Recibir menos de lo que daba era una trágica constante en su vida.

No le explicó a dónde iban. Él tampoco preguntó. Hicieron todo el trayecto en silencio. Aiden conducía con el entrecejo arrugado, los brazos rígidos y la vista clavada en la carretera. Parecía perdido en sus pensamientos, como si intentase tomar una decisión extremadamente difícil. Ryan no cayó en la cuenta de que lo llevaba a su casa hasta que vio el cartel de Silver Lake. Para su sorpresa, accedieron a una urbanización lujosa de las colinas y aparcaron frente a una impresionante construcción de dos plantas. Le había comentado que sus padres presumían de una elevada posición social, pero no esperaba tanta fastuosidad. ¿Por qué alguien que vivía en un lugar así había acabado pidiendo trabajo en *Sueños Húmedos*? Carecía de lógica.

Entonces leyó «Liam Hall» en el buzón y pensó que quizá se había equivocado al suponer que estaban en su residencia. Cuando Aiden abrió la puerta y lo invitó a entrar, la extrañeza dio paso a un gran desconcierto. Su desenvoltura al guiarlo hacia la salita indicaba que conocía bien el sitio. Empezaba a sospechar que su secreto guardaba relación con una tercera persona. Aunque sabía que no tenía derecho a enfadarse, pues él le había asegurado que solo buscaba un compañero sexual, le molestó que jamás lo hubiese mencionado y que mostrara la desfachatez de pedirle exclusividad.

Por su parte, Liam trataba de reunir el valor para sincerarse. No resultaba sencillo. Temía que supondría su final y no estaba preparado para perderlo. Sin embargo, seguir acumulando lastres en el gigantesco montón de embustes que se interponía entre ellos no era una opción. Cuanto más esperase, peor reaccionaría. Además, la coyuntura se había vuelto crítica y el tiempo conspiraba en su contra. Pronto ejecutarían a una nueva víctima. Si Ryan poseía datos relevantes que ayudasen a salvar vidas, su decisión de desobedecer una orden directa no sería completamente egoísta. Podría decirse que lo había hecho por el caso. Ya lidiaría después con la furia del capitán. Disimulando su angustia, consultó:

—¿Te apetece una cerveza?

—¿Quién es Liam Hall? ¿Sales con él? —interpeló Ryan, demasiado ansioso para los formalismos.

—Siéntate, por favor —lo invitó, resignado, antes de acomodarse en un elegante sofá de diseño.

—Prefiero quedarme de pie —declinó, y cruzó los brazos.

—No, no salgo con nadie. —Dejó escapar un suspiro y se levantó—. Liam es mi nombre real.

—¿Qué?! ¿De qué cojones hablas? —Lo observó con estupor.

—Pertenezco a una unidad de la policía que persigue crímenes relacionados con la *Dark Web*

—desveló tras una tensa pausa—. Sospechamos que la mafia rusa es la responsable de unas retransmisiones *snuff*. Andrew y Zac también están implicados. Me ordenaron infiltrarme en *Sueños Húmedos* para sonsacarte información acerca de tu hermano. Lo lamento muchísimo, Ryan. Me habría gustado conocerte en mejores circunstancias.

—¿Me tomas el pelo? —cuestionó en medio de un ataque de risa nerviosa—. ¿Pretendes que me trague que eres una especie de 007 gay?

—James Bond es un agente encubierto con licencia para matar que viste de traje. Yo soy un inspector con un doctorado en *Psicología Criminal* y un irónico sentido de la moda —corrigió, y le enseñó su placa para probarle que hablaba en serio.

—¡Joder! ¡No puedo creerme que haya caído de nuevo en la misma trampa! —exclamó, cambiando la incredulidad por la histeria—. Nuestra relación fue una tapadera para ti. Me utilizaste.

—¡No! Comenzó de ese modo, pero luego descubrí al chico maravilloso que se oculta tras la fachada del actor porno. Nunca pretendí herirte.

—Aclárame una duda: ¿Compartiste mis confidencias humillantes con los miembros de tu unidad?

—Sí —admitió, asimilando que aquella charla no terminaría bien—. Necesitábamos encontrar el nexo de unión entre Andrew, Zac y los rusos. —Al percibir el desengaño que transmitía la cara de Ryan, se llenó de miseria—. Aunque no debería contártelo hasta que cerremos el caso, estoy harto de que haya secretos entre nosotros y de que cargues con un peso injusto sobre tus hombros. Mereces saber la verdad.

»Te tendieron una trampa. La historia de Andrew acerca de vuestro tío no era cierta. Jamás lo violó ni le pegó. De hecho, él lo agredía a menudo e incluso lo mandó al hospital. Ha trabajado para la mafia desde los dieciocho años y andaba metido en temas turbios. La supuesta deuda no existe. Regresó a Los Ángeles para aliarse con Zac y empujarte a la pornografía.

—Ojalá me sorprendiera —farfulló, desplomándose en el sofá—. Siempre he sido una marioneta en manos de individuos sin escrúpulos. Hasta en las tuyas.

—Entiendo que ahora estés muy confuso y molesto; sin embargo, yo no he cambiado. Soy el mismo hombre que te abrazó y te hizo temblar de placer.

—No te atrevas a mencionarlo —advirtió con un gesto de dolor—. Ignoraba a quién me entregaba en realidad. Todo fue un engaño.

—No todo. Los detalles que te conté sobre mi vida personal eran auténticos —aseveró, batallando contra la desesperanza—. La primera noche que te dormiste entre mis brazos comprendí que no sería capaz de separar mis emociones de la investigación. Cuando volví a casa, comencé a reunir algunos recuerdos y fui añadiendo más a lo largo de la semana. —Recogió una caja del suelo y la colocó encima de la mesita auxiliar—. Sabía que mantendríamos esta conversación y que acabaría suplicándote una segunda oportunidad.

—¿Una segunda oportunidad? —repitió, perplejo—. No tengo ni puñetera idea quién eres, Aiden, Liam, o cómo mierda te llares. Ya he oído suficiente. Me marchó.

—Espera —imploró con desesperación—. Al menos, permíteme mostrártelos. Solo serán unos minutos

—Nada de lo que guardes ahí dentro reparará el sufrimiento que me has causado. Confíe en ti y me manipulaste —le recriminó y, aun así, una extraña emoción que no logró identificar lo empujó a quedarse.

—Mis padres, Jonathan y Melisa Hall, se enamoraron en la facultad de psiquiatría y abrieron juntos una prestigiosa clínica —relató, entregándole un recorte de periódico—. A Noah y a mí nos presionaron desde niños para que siguiéramos sus pasos. Pretendían que tomáramos el relevo. Mi hermano obedeció sin rechistar, pero yo sentía que no era el camino correcto. Pese a que intenté explicárselo, se negaron a escucharme. Me matriculé en la carrera de psicología en secreto para sublevarme. Al descubrirlo, se encolerizaron. «La psicología es la pseudociencia de los charlatanes», solían decirme. —Le mostró su diploma—. Lo cierto es que mi elección no me interesaba más que la suya. Me esforzaba por sacar buenas notas para demostrarles que no podían controlarme. En la universidad, conocí a Zane y nos volvimos inseparables. —Sacó unas fotografías de su época de estudiante—. Él me animó a hacer un doctorado en *Psicología Criminal*. Ahí me reclutaron para incorporarme a la *Unidad de Delitos Informáticos de Alto Perfil*.

»Estos son los parientes a los que visitaba. —Le enseñó una instantánea donde posaba junto a cinco personas vestidas con uniformes de policía—. La madre de Rosa llegó de Guatemala con lo puesto cuando ella era pequeña y superó un montón de penurias para ofrecerle un futuro digno. En el colegio, la marginaban por no hablar correctamente el idioma y por sus acentuados rasgos indígenas. Hoy es una de las mejores informáticas del país. A Christopher lo llamaban perdedor y le pegaban a diario, ya que no cumplía con el prototipo de deportista popular. Él prefería los libros, el ajedrez y los ordenadores. Concluyó sus estudios en la mitad del tiempo y las empresas privadas aún se lo rifan.

»Fred lleva veinticinco años con su esposa y tiene tres hijas. La larga etapa que pasó en *Homicidios* casi le cuesta su matrimonio. Es el detective con más olfato que conozco. Aera vino desde Corea del Sur para completar su formación en medicina. Al quedarse embarazada, el imbécil con quien salía la dejó tirada y sus padres la repudiaron. Sacó adelante al niño sin ayuda de nadie mientras terminaba la especialización. Su hijo acaba de darle un nieto y a ella se le cae la baba con el bebé. Harold, nuestro capitán, atravesó un infierno por ser un agente afroamericano abiertamente homosexual a finales de los ochenta. Muchos de sus compañeros se negaban a trabajar con él. Ahora está casado con un hombre encantador y dirige una unidad de élite. Ellos son la familia que he escogido.

—Y luego estás tú: un *hipster* que se metió en una carrera que no le gustaba para desafiar a sus padres y le encontró un propósito —añadió a medio camino entre el sarcasmo y la admiración.

—Sí, supongo que es un buen resumen.

—Con estos objetos solo me demuestras que fuiste honesto en los pequeños detalles. Mentiste en lo importante: tu identidad y las motivaciones que te llevaron a acercarte a mí. Pensé que intentabas ayudarme porque eras un tipo decente.

—Deseo ayudarte —declaró, sosteniéndole la mirada—, sin embargo, también debo encerrar a los monstruos que se lucran torturando y matando a seres humanos. Han muerto personas inocentes y van a morir más si no los detenemos. La historia que me contaste sobre Andrew nos resultó útil para establecer las conexiones. Agradeceré cualquier otra información que me

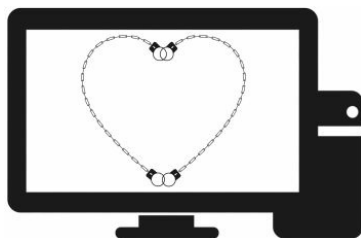
facilites. Entiendo que me odies, pero sus víctimas no tienen la culpa de mis errores.

—No sé nada de Andrew. Cuando desapareció, metí sus cosas en un almacén. Había un ordenador portátil protegido por una contraseña. Rebusqué entre sus papeles por si estaba anotada en alguna parte y no logré hallarla, así que me di por vencido —manifestó, distante—. A lo largo de los años, usé el trastero para esconder varios *pendrives* que contienen copias de los archivos de Zac. Prueban que blanquea el dinero de los rusos a través de la productora. Los guardaba como un seguro por si no me permitía marcharme al finalizar la película. Te llevaré y podrás cogerlo todo. Quizá haya algo que te sirva.

—Gracias.

—Después no quiero volver a verte. Hemos terminado.

—Lo respeto —afirmó, y encorvó los hombros, acongojado.



Capítulo 19

El viaje hasta el almacén se le antojó incluso más tenso que el anterior. Ryan decidió que no les quedaba nada por decirse y Liam se vio obligado a aceptarlo. Siempre había temido que reaccionara de esa forma al contarle la verdad. Los maravillosos momentos que vivieron juntos fueron tiempo prestado. Tocaba poner los pies en la tierra y empezar a comportarse como un inspector. Debía ignorar su corazón roto y sobreponerse. La prioridad era atrapar a un grupo de asesinos sin escrúpulos. Resolvió informar al capitán de lo que se disponía a hacer. No podía registrar el sitio sin ayuda. Su tono de voz le indicó que se avecinaba una dura reprimenda. Cuando llegaron al guardamuebles, Rosa ya aguardaba en la puerta.

—¿Viniste sola? —inquirió Liam, extrañado.

—No, Fred y Christopher están de camino. Harold se quedó atendiendo una llamada en el coche —dilucidó Rosa—. Me pidió que te enviara a hablar con él.

—¿Está muy cabreado? —consultó, aprovechando que Ryan se había adelantado para entrar en el trastero.

—En una escala del uno al diez, estimo que cincuenta —expuso, ceñuda—, y no le faltan motivos. ¿Cómo se te ocurre rebeldarle tu identidad en medio de una investigación? ¿Qué mierda se te pasó por la cabeza?

—Sabes la respuesta.

—¡Hombres! Pensáis con la polla. Espero que el polvo haya merecido la pena. Van a suspenderte por esto —bufó antes de cruzar el umbral con un semblante airado.

No lo cogió por sorpresa. Liam conocía los riesgos. Los había valorado uno por uno durante el trayecto a Silver Lake. Comprendía que su error había sido no mantener las distancias con Ryan desde el comienzo; sin embargo, ya no tenía remedio. Había perdido a la persona que amaba, porque sí, la emoción que se resistía a nombrar era amor, y ahora su empleo también pendía de un hilo. Apretó los párpados unos segundos, respiró profundamente e irrumpió en el almacén detrás de la chica. Lo que halló lo dejó sin palabras. El hispano había trasladado el dormitorio al completo: cada mueble y cada objeto que pertenecieron a Andrew estaban amontonados en un espacio reducido, como si de ese modo pretendiera exiliar de su mente el terrible dolor que le había causado.

—Guardé el ordenador y los *pendrives* aquí —informó Ryan, señalando una cómoda.

Rosa se apresuró a abrir el cajón para sacar un portátil con aspecto ajado. Lo apoyó sobre una mesilla, levantó la pantalla y pulsó el botón de encendido. A pesar de que conservaba una línea de batería, no le permitió entrar sin contraseña. Ella chistó, jocosa, y se mofó:

—Como suponía, las medidas de seguridad son de risa.

—¿Puedes acceder? —indagó Liam, esperanzado.

—Sí, pero necesito llevármelo a la base para trabajar con tranquilidad.

—Tardaremos bastante en revisarlo todo —comentó, ojeando el contenido de una caja—. Ojalá Fred y Christopher no se retrasen.

—Me estoy acordando de la mañana que te pillé en la habitación de Andrew y me soltaste que no habías resistido la tentación de cotillear. Era esto lo que buscabas, ¿no? —le recriminó Ryan, dolido—. Pues aquí lo tienes. Que te aproveche. Yo me largo.

—Tú no vas ninguna parte, guapito de cara. Son órdenes del capitán —decretó Rosa, dirigiéndole una fiera expresión de advertencia—. Zac ejerce demasiado control sobre ti. No nos arriesgaremos a que lo alertes y arruines un caso en el que hemos invertido semanas.

—¿Planeas detenerme? —cuestionó, sarcástico.

—Lo haré si es necesario.

—¿Con qué cargos? No he infringido la ley.

—Con los que me salgan del coño.

—¡Ya basta! Nadie detendrá a nadie —protestó Liam, incómodo—. Hablaré con Harold y aclararé el malentendido. Dame unos minutos. Te prometo que lo solucionaré.

—Vale —refunfuñó, esquivándole la mirada.

Liam abandonó la dependencia sin añadir nada más. Se alejó cabizbajo y arrastrando los pies. Al instante, Ryan lamentó haber sido tan desagradable con él. Luego se amonestó por experimentar remordimientos. Le había mentido y lo había utilizado. Estaba en todo su derecho de enfadarse. Si llevaba razón, ¿por qué sentía que se equivocaba?

—¡Eres gilipollas! —gruñó Rosa.

—¿Disculpa? —Ryan la observó con incredulidad.

—Liam se ha jugado el cuello por ti y actúas como si fueras la víctima. —Lo apuntó con un dedo acusador—. ¡Madura! Ha muerto gente. Él solo hacía su trabajo y corrió un gran riesgo al rebelarte su identidad.

—No creo que lo que suceda entre nosotros sea asunto tuyo.

—Me importa una mierda si os liais a puñetazos o folláis hasta perder la consciencia, pero si lo veo sufrir por tu culpa, tendremos un problema. Lo considero la persona más íntegra que conozco y no se merece que lo trates como al malo de la película. ¿Comprendes que los policías acatamos órdenes? No es el criminal degenerado de tu hermano.

—¡Joder! Tú no te callas nada, ¿eh? —farfulló, atónito.

—Perdona si soy demasiado directa. Me preocupo por Liam —ofreció, suavizando el tono—. Desde que se incorporó a la unidad, siempre ha apoyado y respetado a sus compañeros. Me sorprendería que hubiera actuado de manera diferente contigo.

—No, por eso duele tanto. Pensé que había encontrado a mi alma gemela.

—O sea, en lugar de a un tipo sin aspiraciones, has cazado a un hombre decente con un trabajo encomiable. ¡Qué tragedia!

—No he cazado a nadie. Él recababa información sobre mi entorno.

—Sí, y por el camino se enamoró de ti. Estás muy ciego si no eres capaz de verlo.

—Es mucho que procesar —suspiró, decaído.

—Pues medítalo con calma, pero concédele un respiro. El pobre ya se siente bastante culpable.

—No logro decidir si me odias o intentas que sigamos juntos —manifestó sin esconder su desconcierto.

—Lo aprecio y quiero que sea feliz. —Se encogió de hombros—. No tuvo una vida fácil y, por lo que he oído, tú tampoco. Quizá la forma en que coincidisteis no fuese la idónea; sin embargo, podéis consideraros afortunados. Algunos no tenemos tanta suerte.

Ryan enmudeció al escuchar sus últimas palabras. No cabía duda de que Aiden, Aiden no, Liam contaba con buenos amigos. Todavía le resultaba extraño referirse a él con ese nombre. ¿Cómo iba a convencerse de que lo suyo fue auténtico si ni siquiera sabía con quién había estado? Ahora desconfiaba de cada pequeño gesto o comentario. Se preguntaba si eran honestos o solo buscaba sonsacarle. ¿Dónde terminaba el amante y comenzaba el policía? Hasta que resolviera todas sus incertidumbres no conseguiría avanzar. Guardó silencio y se quedó en un rincón mientras Rosa analizaba y clasificaba los retazos de su vergonzoso pasado. Tras lo que le pareció una eternidad, Liam regresó al trastero. A juzgar por la gravedad de su rostro, la charla no había marchado como deseaba.

—Me temo que traigo malas noticias —anunció Liam con pesar—. Lo lamento profundamente. Al rebelarte información confidencial, te he puesto en serio peligro. No dejarán que vuelvas a tu apartamento hasta que detengamos a Zac. Planean instalarte en un sitio seguro y ponerte escolta policial. He convencido al capitán para que me permita encargarme. Te trasladarías a mi casa y nos asignarían un par de agentes de refuerzo para que vigilen el exterior. No obstante, me mantendré alejado si es lo que quieres.

—Prefiero irme contigo —determinó, y fue el primero en sorprenderse por su impulsiva elección.

—De acuerdo —murmuró, aturdido. No era la respuesta que imaginaba. Después se giró hacia la informática y enunció—. Fred y Christopher están fuera. Entrarán enseguida para ayudarte. Nosotros nos marchamos.

—En una escala del uno al diez, ¿cómo de graves son las consecuencias? —averiguó Rosa, inquieta.

—Depende de lo que halléis aquí, *minifriki*. De momento, me ha apartado del caso —desveló con tristeza—. Llámame si surgen novedades.

—Descuida.

A Ryan no le pasó inadvertida la mirada que le lanzó Rosa antes de volver a centrarse en su labor. Transmitía un «te lo dije» tan alto y claro que resultaba imposible no captarlo. De pronto, entendió la auténtica envergadura de lo que acababa de ocurrir. Liam cumplía órdenes al mentirle; sin embargo, las transgredió al contarle la verdad. Ryan estaba desesperado por aferrarse a la dicha y se habría tragado cualquier excusa. En cambio, el otro prefirió arriesgar su empleo para que no existieran secretos entre ellos. Era el tipo de decisión que tomaría el hombre que lo consoló en su cama y se subió a la noria de Santa Mónica para homenajear a su madre. Había conocido a la persona real bajo la tapadera.

—Intuyo que a tu colega no le caigo bien —apuntó Ryan con un deje burlón.

—¿Fue borde cuando salí? —curioseó Liam.

—Bastante.

—Eso es que le gustas. —Curvó las comisuras de los labios—. Al resto del mundo lo trata con indiferencia.

Ryan se sumió de nuevo en el mutismo y Liam optó por no presionarlo. Al menos, había aceptado quedarse con él hasta que se resolviera el problema. Suponía un punto de partida, aunque no se hacía ilusiones. No tenía motivos para sentirse optimista. Si el contenido del almacén no les aportaba pruebas relevantes, era probable que lo suspendieran o lo trasladaran. Harold se había mostrado inflexible al respecto. Un inspector que consentía que sus emociones lo controlaran y le nublasen el juicio representaba un alto riesgo para la unidad que no estaba dispuesto a tolerar. Resultaba doloroso, ya que el *Grupo Fantasma* era su familia. No obstante, admitía su culpa y asumiría el castigo. Con Ryan había tomado una resolución similar: no podía pretender que lo suyo continuase inalterable tras haber destapado el engaño ni tampoco forzar una reconciliación. Dependía por completo del actor.

—Mañana pasaremos por tu apartamento para coger lo que necesites —comunicó Liam al cruzar el umbral de su residencia—. Hoy te prestaré algo de ropa y prepararé el cuarto de invitados.

—Cuando me mostraste el artículo, estaba demasiado enfadado para preguntar, pero me fijé en que mencionaba un incidente. ¿Qué sucedió? —planteó Ryan.

—Fue hace años. Yo tenía ocho y Noah iba a cumplir los cinco —comenzó, perdiéndose en sus recuerdos—. Mis padres habían asistido a una fiesta y nos dejaron a cargo de la niñera. Se llamaba Kate, era una chica agradable, estaba en el instituto y se sacaba un dinerillo extra cuidándonos los fines de semana. Un paciente de mi madre se coló en nuestra casa mientras cenábamos. Por lo visto, se había obsesionado con ella y llevaba días acechándola.

»El sujeto estaba fuera de sí, gritaba frases sin sentido e incluso sacó una navaja. Al verla, el miedo me petrificó. En cambio, Kate intentó dialogar con él. Pretendía disuadirlo para que se marchara. La hirió en un brazo y creí que nos mataría a los tres. Al oír llorar a mi hermano, fui capaz de moverme. Lo agarré de la mano, echamos a correr y nos ocultamos. Afortunadamente, mi padre llegó a tiempo. Logró reducirlo, avisaron a las autoridades y lo detuvieron —relató—. Pese a que se quedó en un susto y Kate no sufrió daños graves, la indefensión que experimenté aquella noche me marcó. No cesaba de repetirme que si hubiera contado con los recursos y la fuerza física, podría habernos defendido.

—Solo eras un niño. Tomaste la decisión correcta al esconderte —remarcó, comprensivo.

—Mi madre opina que el trauma originó un complejo de salvador. —Compuso una mueca irónica—. No anda muy desencaminada porque fue una de las razones que me animó a ingresar en la policía.

—Seguro que has hecho mucho bien en el mundo llevando una placa.

—Acostumbraba a sostener que sí —expresó, abatido—, sin embargo, he fallado a mis compañeros y te he complicado la vida.

—Mi vida ya era un desastre antes de que aparecieras. En realidad, te la he complicado yo a ti. Apuesto a que ahora te arrepientes de haberte infiltrado en *Sueños Húmedos*.

—No importa cómo terminen las cosas entre nosotros o lo que ocurra con mi trabajo. Jamás lo lamentaré. En medio de la podredumbre de aquel lugar, conocí a un hombre bueno, dulce y

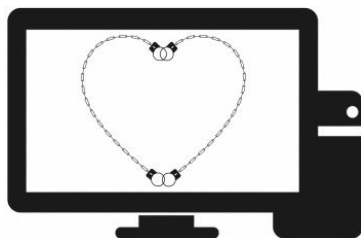
tímido que me encandiló desde el primer día. Quería convencerme de que mi deseo de mantenerte cerca guardaba relación con el caso. Me resistía a admitir mis sentimientos y tuve que perderte para comprender que estoy enamorado de ti. Sé que es pronto para decirlo y que he escogido un momento de mierda, pero es la verdad —aseveró, y esbozó una sonrisa amarga. Como Ryan se limitó a estudiarlo con asombro, prefirió darle espacio para que digiriese su confesión y se encaminó hacia el pasillo mientras anunciaba—: Voy a cambiarte las sábanas.

—Liam —lo llamó con un hilo de voz.

—¿Qué? —Se giró.

—Yo también te amo —declaró, acortando la distancia entre ellos—, y no soporto la idea de alejarme de ti.

—Me encanta escucharte pronunciar mi nombre —celebró, aliviado, y se abalanzó sobre él.



Capítulo 20

La angustia, el miedo y la impotencia que Liam había experimentado se desvanecieron para hacer sitio a una nueva emoción más poderosa que las anteriores: esperanza. La sencilla declaración de Ryan había borrado el dolor de un plumazo. Lo abrazó, impetuoso, y buscó sus labios. En cuanto el objeto de sus desvelos le correspondió con idéntica vehemencia, perdió la cabeza. Sin dejar de asaltarle la boca, lo estampó contra una pared y adelantó el muslo entre sus piernas, frotando un pene que comenzaba a despertarse sin remedio. El actor gimió, se aferró a su espalda y le permitió manejarlo a su antojo.

—Debería calmarme —comentó Liam, trazando un camino de besos por su mandíbula—. Tenemos mucho de lo que hablar. Imagino que seguirás muy confuso.

—No me apetece hablar —rebató Ryan con voz ronca—. Los últimos días fueron maravillosos. Conocerme es lo mejor que me ha ocurrido. Cuando pensé que lo nuestro formaba parte del engaño, me sentí más solo que nunca. Necesito que me demuestres que todavía eres mi amo para superarlo. Trátame con dureza. Usa la pala y fóllame.

—¿Estás seguro? —cuestionó, descolocado—. Acabamos de reconciliarnos y se trata de tu primera vez. Sería conveniente posponerlo un tiempo hasta que recupere tu confianza. Odiaría que lo vivieras como una experiencia tensa o desagradable.

—A pesar de todo, confío en ti —sentenció, mostrando una fuerte convicción—. He deseado que me penetraras desde que hicimos la prueba juntos.

—De acuerdo —accedió, y lo tomó de la mano para llevárselo al dormitorio—. Si cambias de idea, tienes que decírmelo. ¿Entendido?

—No cambiaré de idea.

—Desnúdate y espérame en la cama. Regresaré en unos minutos.

—Sí, amo —respondió, bajando la mirada al suelo.

Tras asistir a la muestra de sumisión que tanto lo encendía, Liam realizó un gran esfuerzo para darse la vuelta y abandonar la dependencia. Precisaba un instante a solas para serenarse. De lo contrario, lo lanzaría boca abajo sobre el colchón y se enterraría en su culo hasta la empuñadura. No lo descartaba en un futuro, pero ahora debía hacer las cosas bien. Aquella sesión era importante para Ryan. Ambos necesitaban olvidar el pasado y empezar a construir una vida en común. Retomar lo justo donde lo habían dejado suponía un magnífico punto de partida.

Entró en aseo para mojarse la cara y la nuca. Se secó con una toalla, apoyó las palmas en el lavabo y estudió su rostro en el espejo. Parecía tan nervioso como se sentía. La perspectiva de pegarle con un objeto le generaba aprensión. Había practicado con la pala cuando la compraron y la había probado en su muslo para medir el nivel de dolor. Sabía que era más inofensiva que un látigo o una fusta y que podía emplearla con suavidad. Aun así, dudaba que el sadismo se incluyera entre sus fetiches. No lo movía el ansia de causar daño. Prefería las dinámicas de dominación y mantener el control sobre el cuerpo del sumiso. No obstante, Ryan se excitaba con los azotes y él estaba dispuesto a cruzar sus límites para satisfacerlo. Inspiró hondo y regresó a la habitación. Su miembro dio un respingo al hallarlo recostado en el centro del lecho.

completamente desnudo.

—El collar está en mi casa —se disculpó Ryan.

—No importa. Hoy no lo necesitamos. —Liam admiró la tentadora piel expuesta. Sacó varios juguetes de un cajón del armario, descolgó una corbata y mandó con una expresión perversa—: Ponte a cuatro patas y adelanta los brazos hacia el cabecero.

Ryan obedeció presuroso. Al notar el colchón hundiéndose a su lado, lo inundó una oleada de impaciencia. Ardía en deseos de entregarse a Liam y demostrarle que siempre le había pertenecido. Luego reparó en la esposa que se cerraba en torno a su muñeca izquierda y un suspiro emergió de su garganta. Los momentos previos a las sesiones le generaban una gran expectación. La cadena rodeó un barrote y su muñeca derecha corrió la misma suerte que la primera. De pronto, se encontró inmovilizado y con su trasero vulnerable ante cualquier asalto que decidiese perpetrarle. Emitió una nueva exhalación en cuanto la corbata cubrió sus ojos, privándolo de la capacidad de ver. Sus otros sentidos se agudizaron para tratar de inferir que sucedería a continuación.

—¿Quieres que maltrate tu sucio culo y me lo folle? —inquirió Liam, rozándolo con la pala. El hispano se apresuró a asentir—. Pídemelo adecuadamente y quizá te complazca.

—Por favor, amo, azótame —imploró Ryan en un murmullo.

—Más alto. —Deslizó la punta del juguete por su raja y presionó contra el esfínter—. O te quedarás así hasta que considere que te lo has ganado.

—¡Azótame, por favor! —insistió, elevando la voz.

—Está bien —aprobó—. No olvides tus palabras de seguridad.

Ryan apoyó la frente en el colchón y se mordió el labio. Un objeto duro se estrelló contra su nalga. La potente combinación de tormento y gozo se adueñó de sus terminaciones nerviosas. Dio un respingo, tensó la mandíbula y aguardó al siguiente golpe. De inmediato, el artefacto impactó en el cachete ileso con saña. En esa ocasión, aulló de dolor y sus lágrimas humedecieron la venda.

—Verde —masculló Ryan al captar el titubeo a su espalda.

Escuchó cómo Liam tomaba una respiración profunda antes de proseguir. Contó una decena de palazos, los cuales alternaban la parte rígida con la blanda, martirizando sus glúteos sin compasión. Cuando se detuvieron, ya estaba en el filo. Los comentarios de consuelo le llegaron amortiguados a través de las brumas del placer. Después percibió una boca cálida besando su carne magullada y el cosquilleo de la barba en la piel. Una lengua trazó un camino húmedo hacia su orificio y las manos le separaron las posaderas. Recorrió la circunferencia del ano, provocándolo y abriéndolo con cada lametón. Empujó con insistencia hasta adentrarse unos centímetros en su recto. Ryan se aferró al cabecero, gimiendo.

—Estuviste espectacular, mi niño —elogió Liam, y sopló en el agujero mojado—. Me toca divertirme. ¿Serás un esclavo servicial y me permitirás jugar un ratito con tu trasero?

—Sí, amo. Haz lo te plazca conmigo. Soy tuyo —declaró Ryan con docilidad.

—¡Jesús! Si continuas hablándome así, volveré a eyacular en los pantalones —manifestó, causando las risitas de Ryan.

Liam dejó pasar la burla. Apostaba a que no tendría tantas ganas de mofarse cuando acabara con él. Se había percatado de que someterlo a una larga espera y restringirle el clímax lo atormentaban muchísimo más que un puñado de golpes. Tomaba buena nota para futuros castigos. Sin embargo, ahora su motivación no era imponerle una penitencia, sino prepararlo de manera adecuada para que pudiese recibir su polla sin ningún problema.

Vertió un chorro de lubricante sobre las cuentas anales y lo extendió con cuidado. Colocó la primera bola contra su ano y se la clavó. Observó, fascinado, cómo iban desapareciendo en su culo hasta el tope. Los suspiros de Ryan se transformaron en escandalosos jadeos al retirarlas de un brusco tirón. Dibujando una sonrisa depravada, lo hizo todo de nuevo. Una y otra vez, las metía para luego arrancarlas. Entretanto, al actor gimoteaba y se estremecía bajo sus frenéticos movimientos. Liam se detuvo y las frustradas quejas llegaron enseguida.

—¿Debo recordarte que tienes terminantemente prohibido correrte sin mi consentimiento? —indicó Liam, cambiando las cuentas por el dildo—. No me obligues a aplicarte un correctivo.

—Perdóname, amo. No te desobedeceré —se disculpó Ryan sin aliento.

—Eso está mejor.

Le pareció buena señal que su esfínter lo aceptase con facilidad. Significaba que ya había dilatado. Como suponía, el material transparente aportó un morbosos estímulo a una práctica que ya de por sí le despertaba una inconmensurable lascivia. Contemplar las paredes internas apretando al intruso era un espectáculo magnífico. No tardó en encajarlo entero. Se inclinó y lamio a su alrededor, codicioso. Lo retiró hasta la mitad y volvió a incrustarlo. Ryan lloriqueaba de puro deleite. Al límite de su paciencia, Liam decidió que no aguardaría ni un segundo más. Estaba a punto de enloquecer. Se desvistió con celeridad y regresó a la cama. Sacó el juguete, abrió las esposas y le quitó la venda de los ojos.

—Gírate —exigió Liam. Su chico siguió las instrucciones con movimientos torpes, las pupilas dilatadas y las mejillas rojas por el deseo—. Abre las piernas.

—La frase que lo comenzó todo —bromeó Ryan.

—Lo más inteligente que he dicho en mi vida —repuso tras una carcajada, y se instaló entre sus muslos separados—. ¿Uso condón? Solo me he acostado contigo desde que nos hicimos las pruebas, pero me lo pondré si lo prefieres.

—No, me apetece sentirte sin ninguna barrera.

—Estamos de acuerdo.

Ryan retuvo el aire cuando una erección lubricada presionó contra su orificio. Sus bocas se unieron y sus lenguas se enredaron mientras Liam irrumpía despacio, hundiéndose poco a poco hasta entrar por completo. En cuanto el grueso pene traspasó el anillo de músculos, el hispano notó una débil molestia que se fundió con la impactante sensación de ser estirado. Aunaba el gozo y el tormento como jamás los había conocido. Entonces el rubio se quedó muy quieto y regresó a sus labios. Sin detener el ardiente beso, se balanceó con delicadeza, saliendo hasta la mitad antes de embestir. Ryan le rodeó el cuello y jadeó sin contenciones.

—¿Te gusta? —consultó Liam, adorándolo con la mirada.

—Sí, me gusta mucho —musitó Ryan, extasiado.

—Di mi nombre.

—Liam.

—Otra vez.

—Liam.

—No pares de repetirlo.

Liam le mordió el lóbulo de la oreja y dejó un reguero de saliva por su garganta mientras se impulsaba de nuevo. El miembro se abría camino sin descanso, aumentando la velocidad con cada estocada. La habitación se llenó con los sonidos de sus cuerpos al chocar y los gemidos de ambos. Le folló la boca con la lengua al ritmo que marcaban las caderas. Sus pieles estaban cubiertos de sudor, los corazones enardecidos y sus respiraciones sofocadas. Ryan arqueó la espalda y le clavó las uñas en los hombros al percibir la corriente eléctrica que se acumulaba en sus testículos.

—Liam, necesito... —imploró Ryan, desesperado.

—Córrete. Quiero verte llegar al orgasmo con mi polla dentro de ti.

Empezó a masturbarlo y le propinó una última acometida, profunda, brutal, golpeándole el trasero sin contemplaciones. Ryan echó la cabeza hacia atrás, levantó el tronco del colchón y se sacudió con violencia antes de caer laxo en la cama. Un chorro de semen le salpicó el abdomen y su esfínter se contrajo en torno a la barra de carne que lo atravesaba. Al instante, el policía salió de su recto y se arrodilló frente al hombre saciado. Tras empuñar su erección, le bastaron un par de tirones para eyacular, mezclando el fruto de sus culminaciones en el torso de su amante. Se tendieron en el lecho, abrazados, las piernas entrelazadas, y sus besos se fueron tornando más dulces y lentos.

—He fantaseado con esta práctica cientos de veces, pero nunca imaginé que resultaría tan jodidamente placentera —expresó Ryan, y le recolocó el flequillo—. Me alegro de que tú seas el primero.

—Lo considero un privilegio —afirmó Liam con una sonrisa radiante—. La sesión de hoy fue increíble. Al principio, azotarte con la pala me ponía nervioso. Cuando comprobé que lo disfrutabas, también me divertí bastante.

—¿Me he ganado una mamada de buenos días? —averiguó, burlón.

—Mejor aún. ¿Qué opinas de despertarte con mi polla en tu interior?

—¡Uf! —resopló—. La idea me pone supercachondo.

—En ese caso, te despertaré así todas las mañanas.

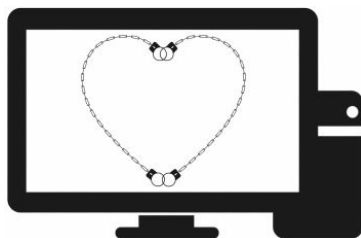
—Liam... —comenzó, indeciso. Se tomó unos segundos para buscar las palabras adecuadas con las que plantear su duda y continuó—: En la audición, mencionaste que eras versátil. ¿Lo decías en serio o formaba parte del papel que interpretabas?

—Es cierto —confirmó con un tono jocoso—. ¿Por qué? ¿Quieres follarme, Ryan?

—Sí, me gustaría —admitió—, pero no estoy seguro de que encaje en nuestras dinámicas.

—La dominación no tiene nada que ver con quién se la mete a quién. Me he encontrado pasivos muy dominantes y activos que eran lo más sumiso que te puedas echar a la cara. Nosotros lo haremos a nuestra manera.

—Me encanta cómo suena eso —aplaudió, y mimó su boca de nuevo.



Capítulo 21

Después de una vida repleta de sinsabores, Ryan jamás imaginó que podría experimentar tanta dicha. Aún le costaba asimilarlo. Tenía la impresión de que se despertaría en cualquier momento para descubrir que todo había sido un sueño. Al despegar los párpados y notar los dedos de Liam dilatándolo, no reprimió una exhalación de profundo alivio. En cuanto fueron sustituidos por una polla erecta, los suspiros adquirieron connotaciones de gozo. El inspector lo sujetó por la cintura, hundió la nariz en su cuello y lo llevó al orgasmo con empujones lánguidos. Fue una experiencia muy diferente a la anterior, más sosegada e íntima, pero igual de placentera.

Holgazanearon en la cama, charlando y riéndose de infinidad de temas, hasta que el hambre los obligó a abandonar su refugio entre las sábanas. Tomaron una ducha juntos, prepararon el desayuno e hicieron planes para el resto del día. El vehículo de Ryan continuaba en el aparcamiento del hospital y debía recoger algunas cosas en su piso. También le apetecía visitar a su madre. Liam le propuso encargarse de los recados por la mañana y disfrutar de una tarde relajada en el Parque Griffith. No había olvidado que le fascinaba aquel sitio.

Pasaron un par de horas con Evelyn, quien se mostró encantada de que se hubieran reconciliado y aprovechó para hacerles un millón de preguntas. Luego Ryan cogió la motocicleta y Liam lo siguió con el coche. Tras aparcarla en su plaza de garaje, el actor preparó una maleta pequeña con ropa y artículos de aseo. Estaba guardándola en el automóvil de su chico cuando recordó que se había dejado el cargador del móvil.

—Regreso enseguida —anunció Ryan, sonriente.

—¿Te acompaño? —se ofreció Liam, devolviéndole el gesto.

—No, solo tardaré unos minutos —repuso, y entró en el edificio.

Ni siquiera llegó a poner un pie en el ascensor. Antes de que las puertas automáticas se abrieran, su teléfono comenzó a sonar. Al leer el nombre de Zac en la pantalla, el brillo de felicidad abandonó sus ojos, sus labios se fruncieron y una pronunciada arruga se le formó en el entrecejo. Estuvo seriamente tentado a enviar la llamada al buzón de voz; sin embargo, le preocupaba que resultara sospechoso. Nunca había ignorado al productor porque no podía permitírselo. Liam arriesgaba su trabajo por él y no deseaba empeorar la situación.

—¿Estás ocupado? —inquirió Zac con sorna.

—La verdad es que sí. Me disponía a visitar a mi madre —mintió Ryan.

—¡Qué raro! Te vieron en el hospital con Aiden. Por lo que me han contado, no os sacabais las manos de encima. Parece que no lo detestas tanto como decías —replicó, y soltó una carcajada espeluznante—. ¿En serio pensabas que no iba a enterarme de que quedáis a escondidas?

—¿Qué quieres? —interpeló, asustado.

—Tienes dos opciones: o vienes aquí ahora, o le ordeno a mi hombre que coloque una almohada sobre la cara de Evelyn —lo amenazó con una entonación siniestra—. La pobrecita está muy débil. Podría morir pronto.

—Haré lo que me pidas, pero a ella déjala en paz.

—¡Excelente elección! —aprobo, satisfecho—. Me alegro de que no hayas olvidado a quién perteneces realmente.

—No lo he olvidado.

—Te espero en el estudio. Por cierto, si no deseas que ese guaperas corra la suerte de Enrique, te sugiero que le des esquinazo.

Sintiéndose miserable de nuevo, Ryan colgó, apagó el teléfono y tomó el elevador. En lugar de dirigirse a su planta, accionó el botón del garaje. No consentiría que el cerdo de Zac dañase a las dos personas más importantes de su vida. Aquello debía terminar de una maldita vez. Había llegado la hora de enfrentarlo. Pese a que lamentaba escabullirse sin alertar a Liam, sabía que jamás le permitiría ir por su cuenta. Si lo acompañaba, moriría. Las autoridades no podían luchar contra la mafia. Era demasiado poderosa. Se subió a la motocicleta, abandonó el aparcamiento por una calle paralela y aceleró a fondo.



Empezaba a inquietarse. Liam llevaba quince minutos aguardando junto al portal y Ryan aún no había aparecido. Presa de un creciente temor, marcó su número y descubrió que no se encontraba disponible. Continuó intentándolo mientras irrumpía en el edificio a la carrera. Tras un buen rato presionando el timbre y aporreando su puerta, aceptó que se había marchado. No tenía ninguna lógica que se comportara de una forma tan extraña después de lo que habían compartido. La única explicación plausible era que Zac estaba detrás de su misteriosa desaparición. Quizá había ordenado que lo secuestraran o lo había amenazado.

—¡Mierda!

Liam se enfureció consigo mismo por haber pecado de exceso de confianza. Hecho un desastroso manojo de nervios, regresó al coche y se dirigió a la productora. Si lo retenían allí, pasaría por encima de quien hiciera falta para salvarlo. Imaginaba que necesitaría refuerzos y decidió hablar con el capitán. Admitir que había perdido al testigo que supuestamente vigilaba supondría el último clavo en el ataúd de su carrera; sin embargo, a esas alturas, no podría preocuparle menos. Solo le importaba hallar a Ryan ileso. Harold no se mostró complacido por la noticia, pero conservó la calma. Dada la gravedad de la situación, pospuso la reprimenda para organizar un operativo de rescate. Repartió instrucciones entre los miembros de su unidad y contactó con los SWAT. Liam lo oyó todo a través del manos libres de su vehículo.

—Ven a la base de inmediato —ordenó Harold.

—Quiero ayudarlos a buscarlo —discrepó Liam, afligido.

—Estás demasiado implicado y no piensas con claridad —alegó, recurriendo a un tono paternal que no empleaba a menudo—. ¿Cómo crees que reaccionará ese monstruo si te ve aparecer con la policía? Sospechará que Ryan era tu confidente y le colocarás una diana en la cabeza antes de que entremos. Ahora lo mejor que puedes hacer por él es mantenerte al margen. Escucha, hijo, de verdad que comprendo lo que sientes. Estaría igual si se tratara mi marido, pero debes confiar en tus compañeros. Te prometo que lo liberaremos.

—De acuerdo.

A pesar de que se había comprometido a no involucrarse, Liam fue incapaz de dar media

vuelta. No podía desentenderse cuando sabía que Ryan corría peligro. Siguió la ruta al Valle de San Fernando y aparcó en la calle donde se ubicaba el estudio de *Sueños Húmedos*. No obstante, tomó la precaución de escoger una plaza lo bastante alejada para no alertar a Zac. Esperó con el corazón en un puño a que el capitán llegará con un equipo de *Armas y Tácticas Especiales*. Presenció cómo irrumpían en el edificio y salían al cabo de un rato. Entonces Harold lo llamó para comunicarle que el local estaba desierto. No había ni rastro de Ryan o Zac. Planeaban intentarlo en el domicilio del productor y, esta vez, lo mandaría detener si se acercaba a la zona. A Liam no le quedó otro remedio que poner rumbo a las instalaciones del *Grupo Fantasma*. Rosa era el único miembro la unidad que continuaba allí.

—Por favor, dime que has encontrado algo —imploró Liam, rebosante de angustia.

—En realidad, sí, pero no sé si es bueno —expuso Rosa con notable incomodidad—. Logré entrar en el portátil de Andrew. No hay ningún documento relevante. Sin embargo, tiene un navegador especializado para la *Dark Web* y una lista con tres direcciones. La primera es la que ya conocíamos. En la segunda, hallé una sala de chat privada que nunca había visto. Pide una contraseña para ingresar y las medidas de seguridad son brutales. Probé con la tercera y sucedió lo mismo. Como parecía un callejón sin salida, opté por revisar los *pendrives* de Ryan. En una carpeta que contenía datos financieros, me tropecé con un archivo oculto, donde Zac llevaba un registro exhaustivo de las retransmisiones *snuff*. No solo blanquea el dinero de los rusos con la productora. La página fue idea suya. Una versión más sofisticada de las escenas con menores que solía grabar.

—¿Y por qué dudas que sea positivo? —cuestionó sin variar ni un ápice el tono amargo—. Hemos obtenido pruebas que lo relacionan directamente con el delito que investigamos. Va a pasarse un montón de años a la sombra.

—También encontré una clave de acceso. Al introducirla, pude colarme en los dos sitios. La última contiene un banco de vídeos con todas las personas que han asesinado hasta la fecha. Había unos cincuenta. Y en el chat se realiza una especie de subasta. La gente ofrece dinero a cambio de que los verdugos inflijan las torturas que sugieren. Los postores más altos ganan —prosiguió con la mirada esquivá—. Hace cuarenta minutos lanzaron una puja.

—¿Qué tratas de explicarme? —interrogó, atemorizado.

—Llevo monitorizándolas desde ayer. Antes de que aparecieras, se inició una retransmisión. Sale un reloj con una cuenta atrás de seis horas junto a su próxima víctima —rebeló, componiendo un ademán cargado de lástima—. Es Ryan.

—¡No! —gritó, y sus rodillas temblaron tanto que estuvo a punto de desplomarse en el suelo—. Muéstramelo.

—Liam, tienes que calmarte.

—¡Que me lo enseñes, joder! —exigió, perdiendo los estribos.

—Vale.

Rosa abrió el navegador y, al instante, la pantalla se llenó con la imagen de Ryan atado a una silla de hierro oxidado. Le habían puesto una mordaza de bola y una venda en los ojos. Su cabeza colgaba hacia delante y un fino hilo de saliva se escapaba de sus labios separados. Aunque su pecho se movía al respirar, el resto de su cuerpo permanecía estático. Parecía que lo habían

drogado. Al verlo, Liam sintió que el peso del mundo le caía encima. Aquello era culpa suya por no haber sabido protegerlo. Se tapó la boca para silenciar un alarido de dolor y sus mejillas se empaparon de lágrimas.

—¡Dios mío! Mi niño... Debe de estar tan asustado —sollozó, presa de la histeria—. ¿Los demás lo saben?

—Sí, los he avisado —respondió, ofreciéndole un abrazo de consuelo—. Te garantizo que nos hemos volcado en rescatar a tu chico.

—¿A dónde han ido?

—Harold está con los SWAT. Christopher lo acompañó al Valle de San Fernando para revisar el ordenador de ese cerdo. Fred y Aera siguen una pista en Skid Row. Buscan a un mendigo de nacionalidad rusa que entró en el país con el cadáver de la bahía. Yo me he quedado para vigilar la actividad de las páginas —relató sin soltarlo—. Las instrucciones del capitán son que aguardes conmigo.

—No puedo sentarme sin hacer nada mientras él muere de una manera atroz. Me voy a volver loco —arguyó con desesperación.

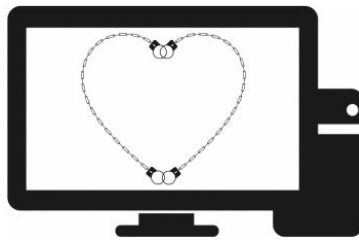
—Comprendes lo que significa desobedecer una nueva orden, ¿verdad? Será tu final en la policía. Se terminaron las oportunidades.

—Me da igual. Solo me preocupa Ryan. Lo amo más de lo que he querido a nadie en toda mi vida. Es lo que siempre he sentido que me faltaba.

—En ese caso, dirígete a Skid Row —instó, y regresó a su asiento—. Fred y Aera te ayudarán y yo te mantendré informado.

—Gracias.

—No me lo agradezcas. Para eso está la familia —declaró, abatida—. Espero de corazón que lo localicemos.



Capítulo 22

Al este del Downtown, se situaba Skid Row, un barrio informal que no aparecía en los mapas. El sitio más peligroso de Los Ángeles y uno de los más pobres del planeta. Refugio de mendigos y marginados. Miles de personas se hacinaban sin agua potable ni aseos. Entre bolsas de basura, pilas de trastos rotos, cartones y tiendas de campaña, la gente vagaba empujando carritos de la compra con sus exiguas posesiones. El asentamiento surgió en los setenta al mover los programas sociales a esa zona para forzar la localización de los indigentes. Era el resultado de décadas de políticas fallidas, escasez de recursos y desidia acumulada.

Allí la policía no estaba bien vista. Liam, Fred y Aera procuraban pasar desapercibidos al atravesar sus destartadas calles. Rastreaban a un hombre que podría conocer a la víctima que había aparecido flotando en la costa y arrojar un poco de luz sobre lo sucedido. Iban contrarreloj. Apenas faltaban tres horas para que la cuenta atrás llegara a cero. Tras una serie de averiguaciones erróneas y un montón de rodeos infructuosos, creían haber dado con una pista legítima. Alguien les había asegurado que el sujeto que buscaban acampaba frente al centro de asistencia.

Lo único que mantenía en pie a Liam era la obcecación por alcanzar su objetivo. Mientras todavía hubiera tiempo no dejaría de intentarlo. Se negaba a contemplar la posibilidad de que sus esfuerzos fracasaran. Si lo hacía, acabaría derrumbándose y no estaba en posición de permitírselo. El amor de su vida corría un grave peligro. Si se lo arrebatan, jamás lograría sobreponerse del golpe. Fred le propinó un suave codazo para llamar su atención sobre un individuo que coincidía con la descripción que les habían facilitado. El pulso de Liam se aceleró al tropezarse de frente con la primera oportunidad real de hallar a Ryan.

—Esperad aquí. Yo me ocuparé. Estoy acostumbrado a moverme en estos ambientes —murmuró Fred, y adelantó a sus compañeros.

Liam luchó contra el impulso de seguirlo. Confiaba en el inspector veterano y sabía que contaba con habilidades de las que él carecía por completo. Observó al tipo sucio y vestido con harapos que bebía de una botella de vodka barato junto a su tienda de campaña. Su rostro reflejó alarma al fijarse en Fred. Por un segundo, el rubio estuvo seguro de que huiría; sin embargo, su colega consiguió tranquilizarlo sacando unos dólares de la cartera y entregándoselos. Tras mantener una larga conversación, les hizo señas para que se acercaran.

—No habla ni papa de inglés. Chapurreo un poco el ruso, pero me ha costado una barbaridad entenderlo —expuso Fred—. Se llama Sergei. Entró en Estados Unidos con un grupo de ilegales hace seis meses. Los traficantes apartaron a las mujeres y a los niños antes de llegar a Los Ángeles. A los hombres los dejaron en un albergue próximo, sin dinero ni documentación. Ignora el paradero de su esposa e hijos desde entonces.

—¿Conoce al muerto de la bahía? —consultó Liam, impaciente.

—Sí, eran amigos. Estuvieron juntos en el albergue. Me comentó que desapareció de pronto y que no fue el único. Allí ocurren cosas muy raras. Se escapó porque tenía miedo. Considera la calle más segura.

—¿Cuál es la dirección?

—Llevo un rato tratando de averiguarla —manifestó con una mueca de fastidio—. No comprendo sus indicaciones. Es como si las complicara adrede. Necesitamos un traductor.

—No hay tiempo. Tardarían una eternidad en asignarnos uno y habría que trasladar al testigo. Nadie en su sano juicio se desplazaría hasta aquí —discrepó Liam, inmerso en una cruenta guerra contra la desesperanza que estaba destinado a perder—. A Ryan le quedan menos de tres horas.

—Lo acompañaré a una comisaría y solicitaré un traductor —se ofreció Aera—. Vosotros preguntad por la zona.

—No es buena idea que te marches sola. Estamos en un barrio peligroso —objetó Liam, intranquilo.

—No te preocupes por mí. Llevo arreglándomelas por mi cuenta desde que aterricé en este país con ventipocos años y ya peino canas. —Le dio una palmadita maternal en la espalda—. Rescata a tu novio. Os contactaré si averiguo algo.

Setenta minutos después, Liam y Fred continuaban igual de desorientados que al principio. La mayoría de la gente se negaba a hablar con ellos y los pocos que aceptaban salían corriendo en cuanto mencionaban el albergue. Parecía que aquel sitio les infundía terror, como si formara parte de alguna leyenda urbana. La determinación de Liam comenzaba a tambalearse. Cada vez le resultaba más difícil ignorar el hecho de que era muy posible que no volviese a abrazar a Ryan. Se estaba ahogando en un mar de incertidumbres y la llamada de Rosa supuso el salvavidas que requería.

—Tengo novedades —anunció la informática sin rodeos—. Andrew fue una de las primeras víctimas. La grabación de su asesinato está en el banco de vídeos. Nuestras teorías eran erróneas. También ejecutaron a Enrique Santos.

—La situación se complica por momentos —afirmó Liam, desolado.

—No he terminado. Christopher detectó una referencia al albergue que buscáis en el ordenador de Zac. Lo investigué y el local pertenece a una asociación sin ánimo de lucro administrada por el mismo fondo que transfería dinero al productor. En otras palabras, el propietario es Nikolay Petrov. Ya he informado al capitán y está de camino.

—Envíame la ubicación —demandó con energías renovadas.

—Prométeme que esperarás a Harold.

—Sabes que no lo haré. Le quedan menos de dos horas.

—De acuerdo —suspiró, resignada—. Acabo de mandártela. Ten cuidado. Si mueres por actuar como un imbécil, va a pesarme en la conciencia por el resto de mis días y soy demasiado joven para llevar semejante carga.

—Gracias por todo, *minifriki*. Eres la mejor hermana postiza que cualquier comeocos podría desear —declaró, y colgó el teléfono.

Para su desesperación, tardaron media hora en cruzar el terreno a pie y localizar el edificio que les interesaba, pues carecía de letreros que lo identificasen como un servicio público. Únicamente un conteo irregular de hombres accediendo a las instalaciones les indicó que había alguna clase de establecimiento. Sin embargo, lo que más captó su atención fue que no vestían ropa ajada como los habitantes de Skid Row. Los inspectores permanecían ocultos tras una pila

de basura mientras vigilaban sus movimientos.

—Si pretendes montar un estudio para retransmitir torturas y asesinatos, ¿cómo decides el lugar? Eliges un barrio tan peligroso que ni siquiera las autoridades se atreven a pisarlo y donde la población recela de la policía de manera sistemática —reflexionó Fred con una entonación lúgubre—. Se esconden a plena vista. Si no fuera una mierda muy retorcida, hasta me parecería brillante.

—Aquí nos separamos —comunicó Liam, consultando su reloj—. No puedo esperar.

—¿Crees que te dejaré meterte solo en la boca del lobo? —cuestionó, componiendo un rictus de horror—. ¡Ni de coña!

—No quiero que arriesgues tu seguridad por mi culpa —se alarmó—. No sabemos cuántas personas hay ni el tipo de armas que usan.

—Razón de más para que te acompañe. Sin ofender, chico, pero aún vas en pañales.

—Tienes esposa e hijas. Mi familia está ahí dentro.

—La unidad también es tu familia y nos mantendremos a tu lado hasta el final —alegó, decidido—. Además, echo en falta los tiroteos. A veces, el *Grupo Fantasma* resulta demasiado tranquilo para mi gusto.

—Si no me mata la mafia, lo hará tu mujer —bromeó, esbozando una sonrisa de agradecimiento—. ¿Algún consejo?

—No te pongas delante de las balas.

A Liam le pareció un gran consejo. Difícil de cumplir dadas las circunstancias. No obstante, tras unas horas infernales, la perspectiva de fallecer lo asustaba menos que tropezarse con la ejecución de Ryan en la videoteca de los horrores. Revisó su pistola, inspiró hondo y asintió hacia Fred para transmitirle que estaba listo. Apenas avanzaron unos pasos antes de que dos furgones de los SWAT se interpusieran en su camino. De inmediato, un grupo de hombres equipados con trajes y rifles de asalto bajaron de los vehículos en perfecta formación. El último en salir fue Harold, quien les lanzó una mirada severa y apuntó:

—Confío en que no planeáis empezar la fiesta sin nosotros.

—No impedirás que entre —advirtió Liam.

—Me he dado cuenta —señaló con una irritada conformidad—. Fred y yo iremos contigo para evitar que hagas más estupideces. Mantén la cabeza fría y piensa como un inspector. No salvarás a Ryan si te revientan la tapa de los sesos.



Las tinieblas lo rodeaban. Ryan llevaba una eternidad a oscuras. Sus muñecas dolían al forcejear con las bridas, continuaba aturdido por la droga que le habían inyectado y notaba la garganta seca. Se había despertado solo, atado a una silla incómoda, amordazado y con los ojos cubiertos. Nadie se había tomado la molestia de dirigirle la palabra en ese tiempo; sin embargo, no lo necesitaba para saber que estaba a punto de convertirse en el nuevo protagonista de una retransmisión *snuff*. El verdugo sería Zac. Le había tendido una trampa y él había caído como un gilipollas.

Al amenazar a su madre, Ryan había corrido a su encuentro con la ingenua convicción de que lograría detenerlo. No pisó el estudio. En el aparcamiento, fue abordado por un grupo de sujetos que lo metieron en una furgoneta gris a la fuerza. Zac lo esperaba en la parte trasera y se encargó de clavarle una jeringuilla en el brazo. Justo antes de que las brumas del sueño se lo tragarán, el productor divagó sobre un montón de locuras.

Estaba harto de sufrir su indiferencia mientras él continuaba encaprichándose de cualquier cretino que se le cruzaba. Andrew había tratado de comprar su libertad y abandonar la organización entregándole a Ryan en bandeja de plata, pero Zac tuvo que cargárselo porque no soportaba la idea de que lo hubiera querido en el pasado. Luego apareció Rodrigo. Lo cabreaba sobremedida que le abriese su corazón a un «espalda mojada» y disfrutó extrayéndole el suyo del pecho. Aiden había agotado su paciencia. Apostaba a que no le parecería tan guapo cuando le arrancase la piel de la cara a tiras. No obstante, Ryan nunca llegaría a verlo, ya que al fin cumpliría sus macabros deseos. Grabarlo manteniendo relaciones sexuales ya no le bastaba.

Ryan había asumido que iba a perecer. Aunque se arrepentía de muchas cosas, lo que más le dolía era no haberse despedido de Liam. A su lado, había conocido la felicidad por un instante efímero. Aquel hombre maravilloso le había demostrado que todavía quedaban seres humanos decentes en el mundo, lo había animado a salir de su burbuja y le había devuelto la autoestima que consideraba extinta. Se dijo que si al menos le permitieran contemplar su sonrisa radiante una última vez, conseguiría marcharse en paz. Entonces retumbó un fuerte estruendo seguido por una interminable sucesión de disparos. Inmovilizado y ciego, Ryan únicamente pudo aguardar con impotencia a que alguien se decidiera a terminar con su miseria. En cuanto oyó pisadas aproximándose, estuvo seguro de que había llegado el final y un miedo que creía desterrado regresó con mayor intensidad.

—Tranquilo, mi niño. Soy yo —lo calmó una voz familiar antes de retirarle la mordaza y la venda.

—¿Liam? —murmuró Ryan, confuso—. ¿Qué ha ocurrido?

—Llevo horas buscándote. —Cortó las bridas y lo ayudó a incorporarse—. Irrumpí con un equipo de los SWAT. Detuvimos a Nikolay Petrov y a varios de sus lacayos. Aquí hay pruebas suficientes para encerrarlos de por vida.

—¿Y Zac?

—Muerto. Intentó abatirme y me vi obligado a devolver el fuego —respondió, adoptando una actitud evasiva—. ¿Ese cabrón te hirió?

—No, me inyectó alguna clase de somnífero y sigo un poco mareado, pero ya se me está pasando el efecto.

—Solicitaré que te trasladen a un hospital para examinarte —resolvió, y lo guio hacia la salida.

—No es necesario. Me siento bien.

—Prefiero que me lo confirme un profesional.

Escuchando su tono distante, Ryan cayó en la cuenta de que no lo había abrazado ni besado al reencontrarse. Liam lo sacó de aquel infierno casi a cuestas, permaneció a su lado mientras la policía lo acibillaba a preguntas y no se movió de la sala de espera durante sus pruebas médicas;

sin embargo, no volvió a abrir la boca. Su silencio se prolongó en el coche de regreso a Silver Lake, bajando del vehículo frente su casa y abriéndole la puerta para que entrase. Cuando se metió en la cocina y empezó a preparar la cena sin mediar palabra, el actor no pudo soportarlo más.

—Liam, por favor, háblame —imploró Ryan, desesperado—. Si estás molesto conmigo, prefiero que me grites a que continúes ignorándome.

—No te ignoro. Me limito a concederte espacio —puntualizó Liam, entretenido en su tarea de trocear una zanahoria—. Me dejaste claro que era lo que deseabas al largarte sin avisar.

—Zac amenazó con asesinar a mis seres queridos si no acudía solo. Trataba de protegernos.

—¿Pensaste en nosotros en algún momento? Si hubieras muerto, ¿cómo crees que habría afectado a la salud de tu madre? ¿Y yo? ¿De dónde mierda habría sacado las fuerzas para reponerme? He pasado la tarde más angustiante de mi vida, deambulando de un sitio a otro en una batalla imposible contra el reloj. Incluso arriesgué la seguridad de mis compañeros para localizarte. Aunque sostenías que confiabas en mí, a la hora de la verdad no supiste demostrármelo. Fuiste incapaz de pedirme ayuda —le reprochó, dedicándole una mirada herida—. Disparé a un hombre a bocajarro que ni siquiera me estaba apuntado porque sospechaba que siempre correrías peligro mientras él respirase. Y lo peor de todo es que no me arrepiento, lo haría de nuevo.

—Perdóname. Cometí un grave error —masculló con los ojos brillantes por las lágrimas—. ¿Te he perdido?

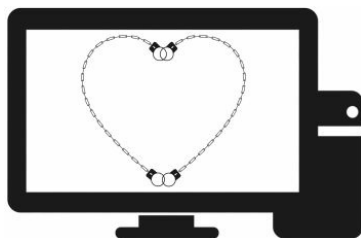
—¡Dios, no! Jamás —se apresuró a matizar—. Estoy nervioso. Ha sido un día estresante. Se me pasará.

—¿Regreso a mi piso para darte un tiempo a solas?

—No, no me separaré de ti bajo ningún concepto. —Lo tomó entre sus brazos—. En el fondo y a pesar de mi cabreo, tengo muy presente que fuiste quien más sufrió de los dos. Nos recobramos juntos del mal trago y saldremos fortalecidos.

—Te amo, Liam.

—Y yo a ti, mi niño.



Capítulo 23

Tres semanas no eran suficientes para sanar las heridas de años; sin embargo, Ryan sentía que se encontraba en el camino correcto. Liam suponía un gran apoyo. Jamás olvidaría que había arriesgado su vida, el trabajo, la libertad y a su familia escogida para rescatarlo. Las interacciones entre ellos fueron un poco tensas los primeros días, ya que les quedaban algunos problemas por solucionar. Aun así, el rubio se opuso tajantemente a que abandonara su casa. Pasaron mucho tiempo juntos, hablaron durante horas y aprovecharon para conocerse mejor sin el fantasma de *Sueños Húmedos* sobrevolándolos. Con paciencia y empeño, consiguieron que su relación volviera a la normalidad. O casi.

La escasa intimidad que compartían era muy vainilla. Sin más preliminares que los típicos, Liam siempre lo penetraba de una manera cariñosa y tierna en extremo. A Ryan le encantaba que le hiciera el amor, pero echaba de menos al amo. Cada vez que intentaba proponerle una sesión, el otro se mostraba incómodo y cambiaba de tema deprisa. No se atrevía a insistir, pues comprendía que tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza. Había una investigación en marcha por el fallecimiento de Zac y estaban evaluando su permanencia en la policía. Esa mañana había salido temprano para reunirse con sus oficiales superiores y aún no sabía nada de él. La ansiedad lo consumía. Cuando escuchó unas llaves en la puerta, corrió a recibirlo.

—¿Qué te han dicho? —interpeló Ryan a modo de saludo.

—Hola a ti también —se burló Liam, y depositó un beso corto en sus labios antes de dirigirse al sofá—. Le dieron carpetazo al asunto del productor porque Fred apoyó mi versión sobre su muerte. Ignoraba que lo había hecho. Es el inspector más íntegro que conozco y mintió para salvarme el culo. Tampoco van a expulsarme. Mis compañeros amenazaron con dejar la unidad si me echaban. Incluso el capitán destacó que mi trabajo había sido crucial para resolver el caso. Las pruebas y el testigo que hallamos en Skid Row bastaron para incriminar a Nikolay Petrov. Nunca habríamos llegado hasta ahí sin las pistas que nos facilitaste.

»Nosotros hemos terminado. La página de la *Dark Web* ya no existe. Ahora les toca a los de *Crimen Organizado* indagar en la trata de personas. Hay niños desaparecidos y familias separadas. Confío en que les hemos allanado lo suficiente el camino para que logren reunirlos. A solas, Harold me reprendió por mi comportamiento y me obligó a cogerme un mes de vacaciones forzosas para que me reincorpore con las ideas claras. Podría haber sido mucho peor.

—Es un alivio —suspiró, y se derrumbó a su lado.

—¿Qué has hecho tú?

—Estuve en una cafetería con Tris. Todavía me sorprende que le apetezca quedar. No fui una buena compañía cuando se le escapó la verdad acerca de tus padres. Supuse que se habría molestado.

—Créeme, con el único que está enfadada es conmigo por haberla puesto en una situación incómoda. Tú le caes genial o no te habría invitado a comer. Ni Zane ni yo se lo sugerimos —aseguró, acariciándole el muslo—. ¿Buscaste la información sobre las universidades de Los Ángeles que te pedí?

—No, lo olvidé por completo.

—Ryan... —Le lanzó una mirada severa—. Debes tomarte tu futuro en serio. Tienes que acabar la carrera.

—Pues castígame por mi desobediencia —trató de provocarlo—. Sé despiadado. Humíllame.

—Recurrir a las sesiones como venganza no nos beneficiará —desechó, poniéndose rígido de repente.

—No es una venganza —discutió, ansioso—. Es una catarsis. Ambos la necesitamos.

—Me parece demasiado pronto. Después de lo que sufriste, no creo que ese tipo de juegos sean recomendables. Date tiempo para sanar.

—¿Sabes cuál es la principal diferencia entre los abusos de Zac y nuestra relación? Contigo elijo libremente y sin coacciones entregarte el control de mi cuerpo. Deseo pertenecerte, confío en ti y estoy convencido de que nunca me dañarás —expuso, perdiendo la paciencia—. Si quieres tomártelo con calma, lo aceptaré, pero no me uses de excusa. Ya lo he superado.

—Imagino que me frena el hecho de que ya no me fío de mí mismo —confesó tras un tenso silencio—. Asesiné a un hombre a sangre fría y ni siquiera tengo remordimientos.

—No era un hombre. Era un monstruo al que solo se le ponía dura violando y torturando a personas inocentes delante de una cámara y le disparaste para salvarme.

—Eso es lo que me asusta —murmuró, agachando la cabeza—. Igual mi madre llevaba razón acerca de mí.

—He investigado sobre el dichoso síndrome en internet y ella se equivoca por tres detalles cruciales: jamás has intentado sentirte bien a mi costa, no buscabas mi aprobación, tampoco pretendías reafirmar tu autoestima. Te limitaste a proteger a alguien que era importante para ti. Lo considero un comportamiento muy humano —adujo, y le acunó la mejilla.

—Te olvidas de las universidades, pero ¿encuentras un hueco para husmear en mi complejo imaginario? —Liam enarcó una ceja—. Te estás ganando el castigo a pulso.

—¡Joder, sí! ¡Por fin llegamos algo! —celebró, exultante—. Y aún no te he contado lo peor: hoy me tocaba ocuparme de los platos del desayuno y no me apetecía lavarlos. Continúan en el fregadero, con restos de comida reseca. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Primero abrazarte —declaró, atrayéndolo hacia su pecho—, y luego iré a por tu collar. Espero encontrarte desnudo cuando vuelva o, de lo contrario, no haber lavado los platos será el menor de tus problemas

—Sí, amo.

De algún modo, exteriorizar sus temores había ayudado a Liam a superar el bloqueo y liberarse. Durante las últimas semanas, había estado tan frustrado como Ryan por reprimir esa parte de él. También percibía que su chico necesitaba lo que le estaba negando. No obstante, cada vez que se proponía dar rienda suelta a sus anhelos compartidos, las inseguridades y el miedo a no ser mejor que Zac lo detenían. Ahora se habían esfumado. Con una sonrisa malvada, cogió algunos juguetes en el dormitorio y regresó al salón. Experimentó un chute de adrenalina al comprobar que el otro había acatado su orden y aguardaba con una postura sumisa. Se acercó, parsimonioso, y le puso el collar alrededor del cuello. Después enganchó la correa.

—Todavía no hemos probado el *plug* con cola del que te encaprichaste —le recordó Liam, lubricándolo con cuidado—. Esta noticia te va a encantar: resulta que vibra y trae un control remoto. He reparado en que eso te exaspera bastante, así que será perfecto para tu castigo. Inclínate y apoya las manos en la pared.

Ryan le dedicó una mirada ardiente antes de seguir sus instrucciones. Encandilado, Liam empujó el objeto contra su esfínter hasta que solo quedó visible el tupido rabo. Meneó la mata de pelo sin compasión y lo encendió. Al instante, su amante sollozó de felicidad al ver cumplida su ansia de ser sometido. Estaban de nuevo en sincronía.

—De rodillas —mandó Liam, y tiró bruscamente de la correa para conducirlo al sofá—. Eres mi perro y andarás a cuatro patas.

—Sí, amo —accedió Ryan, excitado, mientras gateaba detrás de él.

—Los perros no hablan. Ladran y lamen —lo reprendió, desvestiéndose. Tomó asiento y agregó—: No quiero que ladres, pero sí que me lamas la polla y los huevos de arriba abajo. No te dejes ni un rincón sin limpiar.

Suspirando de pura anticipación, Ryan pasó la lengua por el glande y sus pupilas gustativas captaron el sabor salado de las gotas de líquido preseminal. El fuerte olor a hombre que desprendía hizo estragos en sus hormonas. Recorrió la ranura y la piel del prepucio. Trazó un camino de ida y vuelta por el tronco. Le empapó los testículos de saliva. Entretanto, el cosquilleo en su recto continuaba aumentando de intensidad. Incapaz de contenerse, cerró los labios en torno a la punta. Una violenta sacudida lo detuvo.

—No te he dado permiso para metértela en la boca. Cómeme el culo —indicó Liam, echándose hacia delante y recostándose contra el respaldo.

Ryan ronroneó de gozo. Se deslizó al fruncido agujero y serpenteó por los pliegues, memorizando cada arruga y aflojando la resistencia de los músculos. Penetró en él, sondeó su interior y lo degustó, voraz. Escuchar gemir a Liam por las atenciones lo hizo sentirse poderoso. Disfrutaba muchísimo y le habría encantado que le permitiera llevarlo al orgasmo de esa forma; sin embargo, su novio tenía otros planes. Sujetándolo por el pelo, lo obligó a retirarse. De rodillas en el suelo, Ryan observó como maniobraba para darse la vuelta, extendía un chorro de lubricante por su ano y recuperaba la correa para atraerlo hacia su espalda.

—Sé un buen perrito y fóllate a tu amo —decretó Liam, echándole un lascivo vistazo.

Ryan se puso de pie tan deprisa que, de no haber estado los dos sumamente cachondos, la situación incluso les habría parecido cómica. Lo sujetó por los muslos y rozó su orificio con el glande. Cuando Liam lo apremió con un nuevo tirón, comenzó a presionar, irrumpiendo despacio. A pesar de la actitud de dom implacable, fue incapaz de contener un jadeo en cuanto lo empaló hasta el fondo. Se incrustó por completo en él, lo abrazó por la cintura y embistió, fuerte, rápido, inmisericorde. El rubio se masturbaba mientras lo jodía con un salvaje vaivén de caderas. Le mordió el hombro, porque los perros también muerden, y el clímax sacudió todo su cuerpo, precipitando el de su amante. Ambos se tensaron y se estremecieron antes de caer relajados en el sofá. El dildo fue desechado en un rincón. Ryan apoyó la cabeza en su torso, Liam lo estrechó entre sus brazos y entrelazaron las piernas.

—Y así, señores y señoras, se le funden las neuronas a un hombre —se rio Ryan, borracho de felicidad.

—De nada. Ha sido un placer —repuso Liam, socarrón.

—Estuve meditando sobre el futuro —desveló, acariciándole el pecho con aire distraído—. ¿Sigues queriendo que viva aquí?

—Por supuesto. No irás a ninguna parte. Eres mío.

—En ese caso, venderé el piso de mi madre. A ella le queda poco tiempo y está repleto de recuerdos amargos. Con el dinero, terminaré de saldar las deudas del hospital y pagaré la matrícula de la universidad. Buscaré un trabajo a media jornada para contribuir con los gastos domésticos —resolvió—. Te mentí un poquito. Hoy solicité plaza en la UCLA.

—¡Eso es genial! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Te habías vuelto tan vainilla que estaba enloqueciendo. Tris me sugirió que te llevara la contraria para provocarte una reacción.

—No sé si me gusta que seas amigo de esa lianta —se carcajeó.

—Como ha funcionado, ahora les debemos una cena.

—Luego llamaré a Zane para ponernos de acuerdo. —Enredó los dedos en su cabello—. En cuanto a ti, planeo darte tu merecido por engañarme.

—¿En qué habías pensado?

—Me apetece comida india.

—¿Tendré que tomármela con un *plug* vibrándome en el trasero? —Liam asintió, malicioso—. Asumiré el castigo con obediencia.

—Espera aquí. Vengo enseguida.

Liam se dirigió a su habitación a paso ligero y regresó con una cajita que le entregó, sonriente. Al abrirla, Ryan halló una fina pulsera de cuero negro trenzado. Los enganches eran de plata y de un extremo colgaba una pequeña placa con la letra «L» grabada. Miró a su chico con incredulidad y le plantó un apasionado beso en los labios antes de ponérsela en la muñeca.

—Te la compré hace semanas. Buscaba el momento adecuado para dártela —confesó Liam—. Se me ocurrió la idea a raíz de lo que Tris nos explicó sobre los tipos de collares. Me apetecía regalarte algo para formalizar lo nuestro que pudieras llevar siempre.

—Es preciosa, Liam. Me encanta —aseveró, emocionado—. ¿Qué debo hacerme para la «Ceremonia del collar»? ¿Un *piercing* o un tatuaje?

—Nada. No quiero que marques tu cuerpo.

—Se supone que tienes que marcarme —señaló con desconcierto.

—Cuando fuimos a la tienda erótica, Zane me comentó que cada relación es diferente en el BDSM. Me aconsejó que lo disfrutáramos a nuestra manera y no intentásemos encajar en los moldes establecidos. Quizá distemos mucho de ser un dom y un sum ejemplares, pero ¿sabes qué? Somos perfectos el uno para el otro —formuló, y se apropió de su boca con una actitud exigente.

La autora

Ana Prego es una pontevedresa locamente enamorada de su tierra. Reparte su tiempo entre sus seres queridos, un perro enorme y bonachón, un trabajo que adora, la lectura y su gran afición por la escritura. Empezó a crear historias cuando era una niña para volcar en alguna parte su exceso de imaginación y ya no pudo dejar de hacerlo. Sus argumentos van desde la romántica, pasando por la novela negra, hasta la ciencia ficción, pero todos tienen un detalle en común: sus protagonistas siempre son hombres que aman a otros hombres, demostrándolo de formas muy variadas y ardientes.

Si os apetece, podéis seguirla en sus redes sociales:

Twitter: @AnaPrego5

Instagram: @anapregoescritora

Grupo de Facebook: Las historias de Ana Prego

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[La autora](#)